BIBLIOTECA DEL ESTUDIANTE UNIVERSITARIO

JOSE MARIA ROA BARCENA

RELATOS



MEXICO 1941

BIBLIOTECA DEL ESTUDIANTE UNIVERSITARIO

28

JOSE MARIA ROA BARCENA

RELATOS

Selección y prólogo
de
Julio Jiménez Rueda

EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
MEXICO 1941

NOCHE AL RASO

(Manuscrito hallado entre papeles viejos)



I

Cuando aún no había caminos de hierro entre nosotros, ni eran fáciles los medios de transporte, y el invento de Fulton solía verse anunciado, como si dijéramos en figura, por un par de bueyes soñolientos que más de una vez reemplazaron a los cansados troncos de mulas en el tiro de carruajes; allá por los años de 1840, para acabar con esta perífrasis, venía de Orizaba a Puebla, con todo y la polvienta funda de manta, de rigor, un coche ocupado por los siguientes personajes:

Un procurador o agente de negocios, de enjuto y avinagrado rostro, de traje negro y algo mugriento, y cuyo desaliño, se sintetizaba, digámoslo así, en las enlutadas y largas uñas, parte integrante de los utensilios de su profesión; y que

chocaban entonces, por no verse, como ahora, en las manos de los más atildados mancebos, y aun de las más bellas damas.

Un militar retirado, con una pierna de menos y muletas y dos o tres cicatrices de más; de los que en tiempo de la insurrección se batieron al lado de Rossains, o acompañaron en la cueva tradicional a don Guadalupe Victoria, fomentándole sus sueños de dicha doméstica y patriótica, cifrados, según lenguas mordaces, en casarse con una india de Guatemala y ser uno y otra coronados rey y reina de América, como entonces se decía.

Un aficionado a la pintura, que desde su juventud había sido almonedero en México, en la calle de la Canoa.

Por último, un hacendado actual, boticario retirado del oficio, con buenos pesos extraídos de la zarzaparrilla y la borraja; cuyo aspecto hacía recordar el ruibarbo, y cuya levita parecía haber probado muchos años atrás todos los ungüentos de la farmacia.

Estos hombres que, probablemente, nunca se habían visto al dar principio al viaje, ocupaban el interior del vehículo, cuya caja, por lo pequeña, con relación a varas, sopandas y ruedas, recordaba exactamente el cuerpo de una araña de las que llaman zancudas, y cuyo nombre técnico omito por ignorarlo. Como caminaban contando con un solo tiro de mulas, eran cortísimas sus jornadas. La del día a que me contraigo debía ser rendida en Puebla. Anochecía ya en el punto intermedio de Amozoc y de la expresada ciudad, cuando el coche —que es fama, trajo a Marquina a México, cuando vino de virrey— dió un salto en una de las ramblas pequeñas

formadas en el camino por las lluvias, y se desarmó, casi por completo, rompiéndose a un tiempo mismo, no sé por qué efecto mecánico, lanza, sopandas y caja, quedando todo ello en estado poco menos que inservible.

Descendiendo al suelo con más prisa y menos compostura de lo que habrían deseado, el militar, el procurador, el farmacéutico y el almonedero, se hallaron en la poco envidiable aptitud de contemplar a todo su sabor, sobre aquel montón de apolilladas ruinas, el brillo de todas las constelaciones del cielo en una noche de diciembre, de aquellas que por lo frías hielan las narices y dificultan la respiración. Componer y volver a armar el coche, no era posible, careciéndose de carrocero y de instrumentos a propósito; y tomar a pie el camino hasta Puebla, no halagaba a aquel cuarterno de cotorrones, más o menos atacados de reumatismo; máxime previendo que al llegar a la garita la habrían de hallar cerrada, exponiéndose a ser tratados como gente sospechosa. Decidiéronse, pues, a esperar el paso de algún otro vehículo y en último caso el día, cuya luz es consuelo de apenados, y cuyas brisas matinales traen a la cabeza ideas frescas y acertadas resoluciones.

Tomada la que acabo de indicar, entraron los ánimos en alguna tranquilidad, como sucede siempre en casos análogos; y los viajeros, comenzando por reírse del enojo y las maldiciones del cochero y del sota, acabaron por hacerse mutuamente más comunicativos y procurarse distracción, cada uno según el giro de sus inclinaciones y costumbres. El almonedero se acercó instintivamente a recoger y examinar algunas piezas del finado coche, hallando que sólo habían quedado

ilesos los picaportes de las portezuelas, que, sin querer, avaluó y tasó allá en sus adentros. El boticario, que había sacado del golpe un brazo maltrecho, se aplicó una cataplasma de lodo, figurándose que lo vendía por triaca a alguno de sus antiguos marchantes. El procurador revolvía en su cabeza leyes y prácticas forenses, con el firme intento de demandar judicialmente por daños y perjuicios, en llegando a Puebla, al dueño del coche; si bien vino a contrariar en cierto modo sus planes, por importar la pérdida del derecho propio y hasta flagrante responsabilidad de perjuicio ajeno, el atolondramiento del militar, que figurándose a la cabeza de su compañía y en tiempo de guerra y de ocupaciones y despojos en nombre del servicio público y sin previa indemnización, como el frío apretara por una parte y él necesitara por otra descargar en alguien su mal humor, juntó los palitroques del deshecho carruaje, hizo con ellos una buena lumbrada y calló a golpes las reclamaciones del cochero, que poniendo desde luego el grito en las nubes, acabó por resignarse, como que al fin, sólo se trataba de los intereses de su amo, y por sentarse en unión de los pasajeros en torno de la hoguera así improvisada, y cuyos reflejos hacían aparecer distintamente en los semblantes la estupidez del auriga, la franqueza y brusquedad del capitán, la indiferencia del almonedero, la avaricia del fabricante de purgas y la natural y reconcentrada malicia y el instinto rapaz del representante de las leyes.

Una carcajada homérica del militar vino a interrumpir el general silencio, sólo alternado con las coces de las mulas, que ni se calentaban ni veían por allí pesebre. "A la verdad, señores —dijo— representamos una escena casi pa-

triarcal que me sería hasta agradable si a esta botella de refino, compañera mía en todos mi viajes, pudiera agregar el cabrito de los israelitas o siquiera los buñuelos de los pastores de Belem o hasta, en último caso, un cuarto trasero de la burra de Balaam bien asado. Pero, falto de tales elementos de conservación y mejora del cuerpo y de esparcimiento del ánimo, heme contentado con comer prójimo mentalmente, riéndome en mi interior de las figuras de ustedes (movimiento de extrañeza y enojo en el concurso) y de la espontaneidad con que todos, en un caso dado, obramos con arreglo a nuestros hábitos y propensiones, sin advertirlo. Antes que el despotismo y la violencia, inseparables de este mutilado servidor de la nación, que comenzó por amarrar en Tehuacán a los miembros del Congreso de Chilpancingo y ha acabado por hacer inútiles reverencias a ministros de Hacienda y tesoreros, en solicitud de alcances que están en el palo ensebado con que nos hemos de divertir el día del juicio; antes, digo, que mi capricho y brutalidad convirtieran en fogata los restos de la apolillada cucaracha que con nombre y humos de coche nos trajo al triste estado en que nos vemos y pusiesen mano airada en el mofletudo rostro de este honrado aunque estúpido muletero, a quien pido me excuse la necesidad de reincidencia, pardiez que no se me habían ocultado ni las pesquisas y los cálculos de este señor que, según nos ha dicho, tuvo o tiene almoneda; ni la maestría con que se vendó el adolorido brazo el farmacéutico; ni las señales de estar revolviendo proyectos de multas e indemnizaciones, que aparecieron en la torva frente del compañero procurador; ave de

presa detenida en su vuelo, cuando acaso tenía que asistir a embargo o despojo; comida sabrosísima para los de su oficio.

"Y puesto que la casualidad o Satanás han tenido la humorada de reunirnos aquí a campo raso y sin víveres ni quehacer, a individuos de caracteres y profesiones tan diferentes, con la perspectiva de una noche verdaderamente infernal, en que dado caso que fuera posible dormir, lo sería que sirviéramos de cena a los coyotes, ¿no habría más cordura en echar todo a broma, perder el encogimiento y la reserva reinantes entre personas que de ayer acá se han conocido y que cada uno cante, ría o hable sin ceremonia, refiriendo, si gusta, alguna o algunas de sus propias aventuras, o de las ajenas de que tenga noticia y que suelen ser más sabrosas de contar? Y como llevo media hora de hacer uso de la palabra, para evitar toda extrañeza debo advertir a ustedes que casi no la he cortado desde que salí de la cueva en que acompañé al general Victoria. Tal efecto causó en mi lengua, antes callada de suyo, el silencio que por espacio de meses y aun de años tuvo que guardar, careciendo de tercera persona con quien comunicarse y no siéndole posible interrumpir las abstracciones del jefe, que de día ideaba un plan de reconstrucción social y política del país y de noche soñaba con cierta beldad de Guatemala o del Soconusco, a quien nunca llegamos ni él ni yo a conocer. Así, pues, compañeros, rienda suelta al buen o mal humor y charlen ustedes, alternando conmigo, o al mismo tiempo que yo, para matar el tiempo, en tanto que este animal (hablo del cochero), si no quiere que yo le vuelva a medir las costillas, se pone en atalaya, por si viniere por esos caminos de Dios, coche o carreta que podamos apro-

vechar o hasta un hatajillo de asnos que, en último caso, embargaríamos sin ceremonia, pues el servicio público es ante todo. Y cuenta que a estas horas y en este desierto, sería yo capaz de encomendarme al santo más famoso del contorno, si tuviera esperanzas de que me oyese y reputaría verdaderamente milagro suyo el que se nos deparara modo de no ver desde aquí salir el sol, cosechando nosotros una o más pulmonías".

Un acceso de tos interrumpió aquí al militar y aprovechando la interrupción, el procurador, como hablando consigo mismo, exclamó con gesto sardónico:

—Milagro y muy milagro sería ello; pero de éstos tan patentes, sólo el Cristo del licenciado Retortillo los hacía.

—Explíquenos el señor procurador, si gusta, qué Cristo era ese —interrumpió el almonedero— que al cabo nada nos corre prisa y algún tiempo mataremos oyéndole.

Y, como los demás circunstantes manifestaron igual deseo, el procurador limpióse el pecho, cual si fuera a cantar y sin fijar la vista en nadie, para no comprometerse, habló en estos términos:



II

EL CRUCIFIJO MILAGROSO

Todo el mundo, al menos el forense —y hablo en términos de mi profesión— ha conocido en México al señor licenciado Retortillo, muerto hace pocos años de resultas de una enfermedad crónica que le sobrevino de un aire colado, estando caliente su merced, después de un informe en estrados.

Educado en la escuela de los Bataller y Gamboa y dotado de inteligencia, viveza y malicia no comunes, llamó muy presto la atención general y amén de recibirse de las agencias y sindicaturas de no pocas cofradías, tuvo a su cargo los negocios judiciales de las casas de comercio más importantes

de la capital y de fuera de ella, no admitiendo jamás empleo público alguno. Con el transcurso del tiempo y el incremento de su fama, multiplicáronsele las ocupaciones de tal manera, que su estudio, por lo numeroso y polviento de los legajos y expedientes aglomerados en estantes, mesas y sillas, parecía oficio de escribano, regocijando la vista y el corazón de la gente de curia que olfateaba allí el germen de demandas y litigios interminables. Y aunque el licenciado trabajaba más cada día, con riesgo de su salud y hasta bajo su nombre y responsabilidad ocupaba a otros abogados que le despachaban los negocios más fáciles de arreglo; como seguíanle cayendo en progresión mayor los de todo género, acabó por atascarse entre aquellos montones de papel, poniendo a prueba la paciencia de herederos y litigantes y dándosele un comino sus hablillas y murmuraciones. Riquísimo estaba ya; y los humos de la riqueza y los dolores del reumatismo habían ido agriando su carácter, que nunca tuvo fama de dulce, especialmente en el desempeño de su profesión en que era excéntrico y claridoso, como decían en presencia suya sus amigos o como aseguraban en su ausencia sus émulos, un hombre verdaderamente malcriado.

Recuerdo su estatura, su fisonomía, su traje y sus modales, cierta mañana del otoño de 1835, en que le vi por última vez, acudiendo yo a su estudio en representación de unos herederos con beneficio de inventario, que murieron sin llegar a ver arreglada la testamentaría respectiva. Frisaba ya en los sesenta mi hombre, y, sin ser alto ni bajo, tenía por cuerpo un verdadero costal en que la naturaleza parecía haberse complacido en vaciar a ciegas la carne y los huesos, sin

dar a una ni a otros la debida colocación. De tez aceitunada que contrastaba con lo cano del cabello, corto y levantado de todas partes, como si el espanto le erizara; de ojos vivos y malignos aunque algo encapotados; de nariz a la Carlos III —que la tuvo más larga que Carlos IV, por más que la fama haya favorecido a éste con daño de aquél— y de excesivamente belfo inferior labio, que cuando se apartaba del superior dejaba ver hasta cuatro piezas entre dientes y colmillos, moviéndose dócilmente al impulso de la lengua, tenía tembloroso el pulso y la voz; metidos ambos pies en sendas bolsas o fundas de paño negro con nombre de zapatos y la mayor parte del cuerpo en un levitón de bayeta, del corte de los que llamaban *redingotes* en nuestro tiempo.

Tal era la estampa del señor licenciado Retortillo aquella mañana en que, sin duda, la digestión del chocolate había sido penosa, pues no disimulaba el viejo su mal humor, del cual era signo inequívoco para los que le tratábamos el echar pestes contra los clientes que se difundían en la explicación o consulta de sus negocios o contra las visitas que sin objeto alguno iban a quitarle el tiempo y cuya conversación suele ser una verdadera calamidad para las personas ocupadas.

Olvidaba decir a ustedes que el licenciado, hombre íntegro y religioso a pesar de su malicia y aspereza, tenía en su estudio, en una de las paredes, precisamente enfrente de su bufete y bajo un doselillo de damasco rojo con candelabros de plata, un Crucifijo de madera que él apreciaba mucho, escultura de Cora, cuya mansedumbre y benignidad, hábilmente representadas por el artífice, formaban más de una vez contraste con el ceño y la iracundia de Retortillo. A pe-

sar de lo expuesto, es indudable que nuestro hombre tenía cariño y devoción a la imagen: solíasele sorprender con los ojos fijos en ella cuando algún cliente le molestaba con la relación de las enfermedades de todos y cada uno de los individuos de su familia o cuando algún enviado de la parte contraria trataba de amedrentarle o de sobornar su lealtad, y hasta había llegado alguna vez a decirme en un arranque de confinza: "Rascón, esta imagen es milagrosa y no extrañaría yo ni que llegaras a ser hombre de bien si te encomendaras a ella".

En la mañana a que me refiero, estaba sumamente atareado Retortillo con el despacho de un expediente en que se interesaba uno de los más altos personajes políticos de aquel tiempo. Había despedido el licenciado a todos sus clientes, citándolos para otro día, por tener que ocuparse de preferencia y con urgencia en el consabido negocio y deteniéndome a mí para que llevase al tribunal el escrito que nos disponíamos él a redactar y yo a escribir. Lista hallábase en la mesa la blanca foja sellada para el bienio corriente y mojada en tinta y aproximada al papel mi pluma, y el abogado se rascaba una oreja para empezar a dictarme, cuando oímos pasos en el corredor; pero en la confianza de que había dado orden al portero de que a nadie dejara subir, no se alarmó Retortillo; y precisamente acabando de emitir la fórmula "como más haya lugar en derecho" y cuando su labio inferior llegaba casi a la forma y las dimensiones de un hongo de los más venenosos, apareció en el umbral de la puerta del estudio, sombrero en mano, camisa y polvero limpios, la sonrisa de la jovialidad en los labios y el comedimiento y la urbanidad en

todos los ademanes, dando "santos y felices días", un honradísimo hacendado del rumbo de Chalma, llamado don Canuto Bobadilla, que había venido a México a pasar Todos Santos y Muertos y que a título de pariente de una cuñada de la difunta esposa del licenciado, no había creído compatible con la observancia de las reglas de buena crianza en que fué educado, regresar a sus paninos sin hacer una visita a Retortillo; en primer lugar, para tener la imponderable satisfacción de conocer a un abogado cuya fama se extendía casi tanto como la del santuario de sus rumbos; en segundo lugar, para darle sucinta noticia de su posición y familia, pedírsela acerca del médico más a propósito para curarle de un mal de piedra que él, equivocadamente sin duda, suponía radicado en el canal de la uretra, debiendo estarlo, según todas las apariencias, en la cabeza; y en tercero y último lugar, para ofrecerle su persona y bienes presentes y futuros, como su más respetuoso, afecto y rendido servidor que le deseaba perenne salud y le besaba entrambas manos.

Y aquel buitre bajo la forma de palomino, sin darse por satisfecho con explicación tan difusa, refirió al licenciado cómo había forzado la consigna dada al portero, quien procuró detenerle a tiempo o en el patio, y sólo franqueó el paso ante el aire de severidad y la mirada de protección con que el payo le dijo ser de la familia. Maldiciendo en sus adentros al visitante y al portero y significando en vano a don Canuto con ademanes de inquietud y con medias palabras lo muy ocupado que estaba y su deseo de que terminara cuanto antes la visita, Retortillo fijaba de cuando en cuando sus ojos verde-alfalfa en el Crucifijo y hasta movía los labios como si

orase, en tanto que Bobadilla seguía hablando del frío y del calor, de las últimas elecciones municipales de Chalma y del *chahuixtle* recién caído a sus sementeras.

Repentinamente y como si Retortillo no hubiese podido resistir más tiempo a los impulsos de su devoción, levantóse del bufete, dejando al payo con la palabra en la boca, y fué a arrodillarse a los pies del Crucifijo, cruzando desde luego los brazos e inclinando la cabeza sobre el pecho y levantando en seguida el rostro y la diestra hacia la sagrada imagen, como si encarecidamente le pidiera alguna merced. Curiosa era la figura del señor licenciado, que, a guisa de rey de baraja, se destacaba sobre el fondo luminoso de un rayo de sol que penetraba en el aposento. Bobadilla, al ver la acción de Retortillo, manifestó extrañeza; pero, imaginándose a poco que el anciano era hombre profundamente piadoso, revistió su semblante con aire de respeto y simpatía, guardando cabal silencio, llevando alternativamente sus ojos del suplicante a la imagen y hasta pareciendo asociarse por medio de la oración mental, a la plegaria del licenciado.

Este se santiguó una, dos y tres veces; púsose en pie y se dirigió al bufete reocupando su asiento y restregándose las manos como en señal de satisfacción y de confianza.

—¡Hermoso Cristo! — dijo el payo, queriendo reanudar la interrumpida conversación.

—¡Y tan milagroso! — exclamó Retortillo.

—¿Conque es milagrosa esta sagrada imagen?

—Usted va a ser juez de su virtud de hacer milagros. Estando yo sumamente ocupado y siéndome excesivamente molesta a causa de ello la visita de usted, acabo de pedir a

ese Cristo que toque a usted el corazón para que se vaya y me deje libre y no tardamos en ver que ha sido oída y obsequiada mi petición.

Por grande que fuese la dosis de tontera y candor del payo, no se le obscureció la bellaquería del licenciado y poniéndose de siete colores, se levantó y despidió mortificadísimo, dando disculpas a Retortillo y tropezones con tapetes y escupideras.

—¡Ya usted ve si la imagen es milagrosa! — observó el licenciado, estrechándole por última vez la mano en la puerta del estudio; y volviendo a su bufete y siguiendo la frase pendiente, aun antes de sentarse, dictó: "...y salvas las protestas oportunas, ante usía, con el respeto debido expongo".

Preocupado yo con lo que acababa de presenciar, en vez de escribir la frase, di rienda suelta, no sin estrépito y contorsiones a la risa que me hormigueaba en el cuerpo. Retortillo me vió con aire grave y me dijo en tono sentencioso: "Milagros de este linaje se obran, a Dios rogando y con el mazo dando".

Recordé estas palabras al oír las últimas del capitán y creo que el milagro que él desea, sería de fácil realización, si alguno de nosotros poseyera la viveza, la travesura y la resolución del licenciado Retortillo para hallar expedientes en lances tan apurados como éste en que nos vemos.



III

LA DOCENA DE SILLAS PARA IGUALAR

Los oyentes hallaron demasiado largo el cuento del procurador, tratándose de tan sencillo suceso y el farmacéutico, que era inclinado a la contradicción, dijo:

—No; pues lo que es en materia de viveza y travesura, yo habría proporcionado al licenciado Retortillo la horma de su zapato en la persona de un don Roque, de célebre memoria; si bien éste solía emplear aquellas dotes en términos mucho menos ajustados al Decálogo.

Don Roque había sido comerciante en San Luis Potosí, con bienes propios considerables y casi ilimitado crédito; pe-

ro el robo de unos cargamentos de mercancías suyas, durante la guerra de insurrección, le atrasó de tal modo, que dió punto a sus negocios entregando a sus acreedores el dinero y los efectos existentes y hasta las alhajas de su mujer; pues decía y con justicia, que usarlas ella cuando su marido aún debía en la plaza, era afrentarse a sí misma. Por raro que hoy parezca este modo de discurrir, era el de don Roque en la época a que me contraigo y lo hago notar a ustedes para que en la conducta posterior de mi héroe vean hasta dónde suele arrastrar la pobreza. Siempre que yo oía hablar de las diabluras de don Roque, recordaba, sin querer, una cuarteta que de muchacho leí en alguno de los romances del Cid y que dice:

¡Oh necesidad infame!
¡A cuántos honrados fuerzas
A que, por salir de ti,
Hagan mil cosas mal hechas!

Aunque la poesía y los versos me han apestado siempre más que la valeriana, quedóseme en la memoria la tal cuarteta y me gusta, por contener una verdad positiva y activa como una onza de purga de Jalapa *(radix Jalapae)*. Y volviendo a don Roque, sucedióle que honrado y favorecido de sus mismos acreedores, al principio de su pobreza, acabó por cansarlos a peticiones y banderillazos y llegó a palpar frío el fogón de su cocina y rajada y vacía la marmita del puchero; situación terrible para el jefe de una familia compuesta de mujer y tres o cuatro hijas pequeñas, que comen con el

buen apetito de la miseria; que rompen zapatos y que no se pueden vestir de hojas de plátano, como Eva antes de la invención de los telares.

Dióse don Roque a la correduría, aunque sin título y con la mala suerte que por lo regular acompaña a los buenos. Diariamente azotaba las calles de la ciudad y de sus cuatro barrios, sin hacer, sino rara vez, algún negocio pequeño, cuyo producto llevaba inmediatamente a su familia. De día en día fuéronsele escaseando más y más los medios de subsistencia y como había sido rico y se había sentado en su juventud al festín de la abundancia, hízose mucho más amargo el pan de la pobreza; o, para hablar con propiedad, se le agrió el carácter y se le endureció el corazón al verse sin pan bueno ni malo. Dió en tratar ásperamente a todo el mundo, cuando de todo el mundo necesitaba y hasta en contestar con grosería a las salutaciones de las gentes, lo cual empeoraba su situación. Por otra parte, ocurría a las casas de juego, a que sus antiguos amigos le corrieran algo en vaca, sin poner él un solo centavo, o a que los conocidos afortunados le dieran el barato y como la dignidad y la decencia casi siempre se pierden muy pronto en los garitos, este pobre viejo que había sido hombre leal y completo, acabó por vivir de una industria que es hoy la de muchos: jugando topillos en mayor o menor escala; pero con viveza y travesura, que le dieron celebridad y que muchas veces caían en gracia a las mismas víctimas.

Advierto, señores, que voy tropezando en el mismo escollo del compañero procurador, quien para referirnos la entrevista de un licenciado y de un payo, nos ha forjado una

historia casi tan larga como la vida de San Alejo. Procuraré de consiguiente, abreviar la naracción de mi anécdota.

Habíamos llegado, don Roque al estado de decadencia moral de que acabo de hablar y yo al apogeo de mi posición como farmacéutico. De humilde origen y huérfano desde muy corta edad, había pasado mis años juveniles machacando raíces y preparando purgantes y clísteres durante el día, en calidad de mancebo y sin más distracción por las noches que el estudio del formulario y la colocación de recetas en los alambres destinados a recibirlas. Mi laboriosidad y mi aptitud para dar punto y el sabor conveniente a jarabes y refrescos, habían llamado más de una vez la atención de mi principal y siendo éste español y teniendo que salir del país a la expulsión de todos los de su nacionalidad, dejóme la botica en traspaso, a que le fuese yo pagando en anualidades su importe. Abrí un nuevo pozo, no pareciéndome suficiente para infusiones y decocciones el agua del que había; rematé una partida regular de azúcar prieta a precio muy bajo y contraté la zarzaparrilla, los claveles y las cáscaras de naranja que fuera posible recoger en un radio de algunas leguas y con estos elementos y la especialidad de platear las píldoras que otros boticarios sólo cubrían con harina o magnesia, mi establecimiento llegó a ser el primero de los de su género en la ciudad. Dueño de mis acciones y poseedor de regulares recursos y conviniendo con el Génesis, en que el hombre no está bien cuando se halla solo, caséme con la hija de un hacendado del rumbo de Tepeyahualco, y a la muerte de mi suegro —que lo fué para mí en toda la acepción de la palabra— por aquello sin duda de que todo está compensado

en la vida, recibí la rica hacienda que hoy poseo, y de que mi esposa resultó única heredera.

Fué y es la tal esposa mía un tipo singular, poseyendo las cualidades buenas y malas de un temperamento linfático y de un carácter de aquellos que no sienten agravio ni agradecen beneficio. Con la misma flema con que cuando éramos novios recibía las pastillas de malva y agua de azahar con que yo la obsequiaba, recibió los catorce hijos con que Dios lleva bendecido nuestro matrimonio y recibiría al verdugo si fuese condenada a la estrangulación. Y aquí voy a entrar en detalles domésticos que temo fastidien a mi auditorio; pero que son indispensables para la inteligencia de lo que refiero.

Yo había puesto a mi esposa una casita, asaz decente y bien amueblada; pero dió y tomó en que la docena de sillas norteamericanas de asiento de ojo de perdiz —de las primeras que vinieron al país— que adornaban la sala, no eran suficientes, atendidas las dimensiones de ésta y que convendría duplicar el número de asientos buscando otros iguales a los ya comprados. Esto, que hoy parecería tan hacedero, no lo era entonces, por la sencilla razón de que sólo había llegado a la ciudad una partida de las tales sillas, que inmediatamente se realizó por haber agradado mucho la calidad y la forma de ellas. Contra su habitual indiferencia respecto de todo, mi esposa perseveró en su antojo y como yo tenía mis barruntos de que iba a hacerme padre, no quise omitir esfuerzo para cumplírselo.

—Don Roque —dije un día a nuestro viejo, que rebozado hasta las narices en el descolorido barragán que había sido

verde, se recostaba contra el mostrador de la botica, con todas las señales de un mal humor más concentrado que de ordinario—; mi esposa desea una docena de sillas iguales a las que tenemos en casa. Pídale usted una de éstas para muestra y vea si consigue a no muy alto precio las que solicito.

El viejo dió por toda respuesta un gruñido y salió de la botica. Me había visto casi diariamente desde que yo era niño; me trataba con familiaridad; daba muy frecuentes jaques a mi bolsillo y ni su persona ni su historia eran desconocidas a mi esposa, que le profesaba algún aprecio por efecto de su triste situación y de las consideraciones que me veía guardarle. Media hora después volvía don Roque, seguido de dos cargadores con la deseada docena de sillas, que él mismo fué bajando una por una de la cabeza de aquéllos y poniendo en doble hilera frente a la puerta de la botica.

—¿Son, o no son iguales a las tuyas? — me preguntó.

Al primer golpe de vista y antes de oír la pregunta, habíala yo resuelto en sentido afirmativo. ¡La misma forma, las mismas dimensiones, el propio asiento de bejuco y hasta las mismas frutas doradas al claroscuro en los respaldos y los pies!

—¿Dónde ha podido usted dar tan presto con lo que buscaba? — le pregunté a mi turno.

—Eso no es de tu cuenta —me contestó—. Las sillas valen sesenta pesos; ni un real menos.

—Las que tengo me han costado cincuenta y cinco. ¿No podría ser que dieran éstas en lo mismo?

—Valen sesenta pesos; y o los cuentas o me las llevo.

—Mías son — me apresuré a decirle, temiendo perder la oportunidad de complacer a mi esposa y puse al viejo en el mostrador de la botica tres montoncitos de a veinte duros.

Don Roque sonó y frotó algunos de éstos después de contarlos, puso la cantidad total en su polvero, fijó en mí una mirada entre dulce y maliciosa y acabó por decirme:

—¿Y yo, trabajo de balde, por ventura?

El corredor exigía su corretaje y era justo dársele, como también pagar a los cargadores. Saldada mi cuenta por completo, sin haber exigido factura ni recibo, por creer que no valía la pena de ello, supliqué a don Roque llevara las sillas a mi casa y las entregara de parte mía a mi mujer; a todo lo cual se mostró dispuesto, partiendo en seguida a hacerlo.

Quedé contento del negocio, fuerza es decirlo. Por una parte, era yo buen marido —como lo son en la luna de miel casi todos— y compartía y saboreaba el gusto de Donaciana al ver cumplido su antojo. Por otra parte, aunque en fuerza de preparar cáusticos y ventosas, habíame vuelto insensible a los padecimientos de la humanidad, me afectaba la miseria de don Roque y me decía que con el corretaje de las sillas tendría su familia para comer un par de días. No sospechaba yo que el bien y buena obra hechos por mí al viejo, habían sido mucho mayores. El muy tuno, conociendo el carácter apático de mi mujer y contando con él, tan luego como yo le encargué que buscara sillas, había ido a pedirle de parte mía las de la sala de mi casa, que ella entregó sin objeción ni pregunta al-

guna. Cuando las hube examinado y pagado de nuevo con la mayor buena fe y confianza, él las volvió a llevar a mi casa, diciendo simplemente con voz de trueno:

—Donaciana, ahí están las sillas.

Y la papa de mi mujer, con la misma flema con que las había entregado, las recibió, sin meterse en inquirir para qué las llevaron, ni cómo las devolvieron. Púsolas en la sala, en el lugar que antes ocupaban y así pasó y terminó el lance que, verdaderamente, no tuvo de divertido sino los siguientes apéndices.

En la noche volví a mi hogar, cansado de elaborar píldoras y de hacer fricgas y al meterme entre sábanas, entablé con mi esposa este diálogo:

—¿Trajo don Roque las sillas?

—Sí.

—¿Te gustaron?

—Sabes que siempre me han gustado.

Donaciana se dormía en aquellos momentos y habituado yo a sus modos y respuestas que se resentían de cierta obstrucción en los órganos de la percepción y de la palabra, dime a roncar a semejanza suya y en dos o tres semanas no me volví a acordar de la compra.

Cerca de un mes después, al entrar un día con Donaciana en la sala, no pude menos de preguntarle:

—Pues, ¿y las sillas?

—¿Qué sillas?

—Las que trajo don Roque.

—Pues ahí las tienes.

—Entonces, ¿dónde has puesto las antiguas?

—¿Qué antiguas?

—Las que había aquí cuando nos casamos.

—Son estas mismas que ves.

—Luego ¿has colocado en otra parte las nuevas?

—¿De qué nuevas hablas?

—De las traídas por don Roque.

—Don Roque no ha traído más que éstas.

Encolerizado ante lo que yo juzgaba la quintaesencia de la tontería en mi mujer, tomé mi sombrero y no volví a casa en todo el día. Las brisas de la noche refrescáronme y entonces reflexioné que Donaciana no tenía la culpa de ser tan negada; aparte de que su estado interesante y lo mucho que a pretexto de él engullía, debían haber acabado de poner el apagador a la escasa luz de su inteligencia. Volví a casa, llegué a casa, llevé a Donaeiana a la sala y para descifrar el logogrifo me propuse ser claro y lógico en mis preguntas y reprimir todo ímpetu de impaciencia o de enojo. Averigüé lo bastante para comprender que había sido víctima de la industria de don Roque, a quien traté de abrumar con reconvenciones más que enérgicas, al presentarse a otro día en mi botica.

Mi hombre ¿lo creerán ustedes? no perdió en lo más mínimo su aplomo.

—Hijo mío —me dijo, dulcificando en lo posible la voz y el gesto—, los tiempos están malos y la ley de la necesidad es muy dura. Si algún día llego a verme en fondos, te pagaré lo que te debo; si no es así, me lo perdonarás.

Vi que los ojos del viejo se humedecían. Recordé que había sido rico, honrado y considerado y me imaginé el cua-

dro actual de su familia, desnuda y hambrienta. Mi corazón de boticario se ablandó, como las resinas a la acción del fuego; y, enteramente desarmado y para ocultar a don Roque mi emoción, volvíle la espalda, so pretexto de colocar un frasco de aceite de lombrices *(oleum serpentorum)* en su lugar respectivo.



IV

EL CUADRO DE MURILLO

Más afortunado que el procurador el farmacéutico, su narración no suscitó murmuraciones, no obstante ser tan larga y difusa como la del primero. Unicamente el almonedero, exhalando un suspiro, exclamó:

—Al menos, usted tuvo en sus manos al verdugo de su bolsillo y le queda la satisfacción de haberle perdonado, mientras que yo, víctima de otra estafa no menos bien urdida, sobre lo perdido directamente a causa de ella, gasté dinero y tiempo en inútiles pasos para descubrir a quienes de mí se burlaron de un modo que dió mucho que reír en México.

Esta semifilosófica reflexión suscitó un tanto cuanto la curiosidad del procurador, y a instancias suyas y aprovechando el sueño del capitán, el almonedero habló en estos términos:

—Si ustedes alguna vez preguntan en la calle de la Canoa por Mateo Repelos —que es mi nombre, para servirlos— sabrán que llegué a distinguirme entre todos los dueños y administradores de almonedas, no sólo por la tirantez con que compraba y la estimación con que vendía, sino por mi tino en la elección y la colocación de las mil y una baratijas y de los inclasificables cachivaches que constituyen lo que en mi tiempo se llamaba almoneda y que hoy, tomando un nombre más oriental, comienza a denominarse bazar. Desde el pobre ajuar del militar retirado a quien no pagan sus alcances, hasta la vajilla de China de la viuda rica que viene a menos; desde los retratos de familias extinguidas, hasta el grabado de Lutero o de Pepe Botella, colocado en su marquito negro de madera; desde la antiquísima jeringa de cobre vaciada en el molde de las primitivas piezas de artillería, hasta la cajita de pino de nuestros abuelos, pintada de verde, y el biombo de lienzo con las aventuras de Pedro Urdemalas, no hay antigualla ni objeto indefinible a que el almonedero por temperamento e inclinación no haga postura, cuyos usos y aplicaciones no estudie y de los cuales no salga, con el transcurso del tiempo, perdiendo o ganando dinero. También dirán a ustedes que mi especialidad favorita son las pinturas; que conozco las nomenclaturas de las famosas existentes en los museos de Europa y en los principales conventos de la capital y de Puebla; así como los caracteres esenciales de las

escuelas flamenca, italiana y sevillana y que a primera vista distingo un cuadro de Jimeno o de Cabrera, de otro de Zendejas o de Juárez.

Mas ¡ay! el conocimiento práctico del ramo de almoneda en general, no se adquiere sino a costa de tiempo, dinero y chascos más o menos pesados, y en cuanto a mis estudios y buen golpe de vista en materia de pinturas, debido a un suceso que me pasó en los primeros seis meses del oficio y que jamás olvidaré, por la sangría que importó para mi bolsillo y por las burlas de que me hizo blanco por espacio de años enteros, entre la gente del ramo.

Acababa yo, repito, de establecerme en mi accesoria, con varios bancos de cama enchinchados, algunas sillas de las que tenían respaldo de lienzo en forma de óvalo, con paisajes al óleo —especie de que no queda ya ni rastro— y otros cuantos efectos del mérito y valor de los referidos. La necesidad me aguijoneaba, pues amén de una madre anciana y enferma a quien atender, tenía yo esposa y dos niños. En mis horas de ocio y de meditación, que eran las más del día, sintiéndome predestinado al giro, pensaba yo en que no podría tardar en presentárseme algún negocio brillante, de aquellos que se entran por la gatera cuando está decretado que sean para uno y que me pondría en aptitud de dar vuelo a mi negociación y auxilios más eficaces a mi familia.

Tal era el tema de mis divagaciones cierta mañana en que, reclinada la mejilla en el diestro brazo colocado sobre una mesita de pino de las de venta, vi entrar a una señora anciana de aspecto reservado, acompañada de un mozo que traía un lienzo con todo y bastidor, cubierto con un trapo

no muy limpio. Cambiadas las salutaciones de rigor, la señora me propuso en venta el cuadro, descubriéndole el criado. Era una imagen de Nuestra Señora del Carmen, que ni por su dibujo, ni por su colorido parecióme sobresaliente, si bien este último abundaba en los tintes oscuros del estofado o del mole; circunstancia que recordé haber oído enumerar como uno de los indicantes de la antigüedad y el mérito en las pinturas. La señora pedía por ésta cincuenta pesos, para que yo ofreciera. Díjele que mis posibles no eran para comprarla ni por mucho menos; y, después de insistir inútilmente cerca de media hora en vendérmela, me propuso dejarla en mi almoneda a la vista, quedando yo en libertad, o de comprársela si más adelante me inclinaba a ello y contaba con los necesarios recursos, o de venderla por cuenta suya si se proporcionaba comprador, limitándome al cobro de una comisión moderada por depósito y venta. Consentí en ello, por tener así en mi establecimiento un objeto más. sin que me costara y no porque abrigase el menor intento de quedarme con el lienzo en propiedad, ni la más remota esperanza de que alguien incurriera en la humorada de hacerle postura; y aunque traté de averiguar cuál era el domicilio de la señora, ésta me dijo que se hallaba en vísperas de mudarse, que no convenía la buscaran en su casa y que cuidaría ella misma de volver a verme, pasado cierto número de días, para saber si se proporcionaba o no marchante.

A los quince o veinte días volvió, en efecto y sabedora de que no le había marchóse desconsolada, diciéndome que se hallaba en la mayor pobreza; pero que aún abrigaba cierta confianza en la venta del cuadro.

Acordándome yo de éste, quitéle con un trapo el polvo y las telarañas que empezaban a cubrirle y hasta frotéle con una muñequilla mojada en aceite de linaza, poniéndole más cercano a la puerta de la calle; todo por falta de quehacer y a fin de matar en algo el tiempo. Y, sin duda por aquello de que trabajo y diligencia siempre logran cosecha, media hora después de tal operación, un individuo de cabello cano y traje decente, aunque algo raído, que pasaba por la calle de la Canoa y que volvió casualmente el rostro, al ver el lienzo detúvose como involuntariamente, contemplóle por espacio de uno o dos minutos y siguió su camino con visibles señales de preocupación y sin causármela a mí en lo más mínimo.

Este incidente repitióse otros dos días y al tercero, mi hombre se recostó contra el marco de la puerta, calóse los anteojos y púsose a examinar el lienzo con todo detenimiento. Más bien por quitarme de encima aquella mosca que por entrar en relaciones mercantiles, díjele con urbana frialdad:

—¿Por qué no entra usted, caballero?

Abstraído en la contemplación del lienzo, únicamente al repetirle mi pregunta se tocó el sombrero y dió dos o tres pasos adentro, sin quitar la vista del cuadro.

—Indudablemente —dijo— tiene usted aquí una joya artística que vale mucha plata.

En seguida y pidiéndome permiso para ello, bajó el lienzo de la mesa en que estaba recostado sobre unas sillas, frotó con su pañuelo ensalivado las dos extremidades inferiores, como en busca de firma y fecha que no halló y examinó, por último, lienzo y bastidor por detrás, diciendo en tono de profunda convicción:

—Acaso yo me equivoque; pero este cuadro debe pertenecer a la escuela sevillana, y ser obra de alguno de sus más insignes maestros.

Oyendo esto, preguntéle —todavía sin dar gran valor a su entusiasmo— por qué no le hacía frente, agregando que le tendría por casi nada, puesto que pertenecía a una familia pobre deseosa de salir de él; a lo cual contestóme con visible desconsuelo, que no se hallaba adinerado y que el lienzo aquel no era para arrancados, por muy barato que le diesen. Por lo que pudiera tronar, indiquéle que venderían en cien pesos la imagen; al oír lo cual abrió tamaños ojos y meneó la cabeza de un lado a otro, como si no diera crédito a mi aserto y contemplando de nuevo un breve rato la pintura, saludóme y prosiguió su camino.

El lienzo continuaba colocado cerca de la puerta y llamando la atención de los transeuntes. Algunos de éstos, inteligentes sin duda, se detenían a verle desde la calle, se le señalaban mutuamente y hablaban entre sí. Dos jóvenes bien apersonados estuvieron a punto de darse de puñadas una mañana, en mi puerta, acalorados con la disputa de si el lienzo era original o copia. Uno de ellos sostenía que de aquella pintura no podía haber ejemplar alguno en México y mucho menos en una almoneda de las de tres al cuarto; mientras su contrincante se fundaba en el vigor y despejo del trazo y las combinadas firmeza y suavidad de luces y sombras, para creer que aquello no podía ser una simple copia. Como se trataban uno a otro de ignorantes y esto en alta voz y con interjecciones algo vivas y comenzaba a agruparse en torno suyo la gente, les supliqué moderaran su

exaltación artística en mi puerta, para soltarle la rienda, si gustaban, en la esquina más inmediata.

A todo esto, yo iba concibiendo ventajosa idea del cuadro, y hasta, haciendo un sacrificio, habría dado por él quince o veinte pesos, si se me hubiera presentado la propietaria; pero ni esto sucedía, ni era posible buscarla, por ignorar las señas de su habitación. Yendo y viniendo días, el primero y más antiguo de los platónicos enamorados del lienzo, colóse de rondón en mi almoneda una tarde, y, llamándome a un rincón de la pieza, con gesto solemne y en voz baja, para que no lo oyeran dos señoras que ajustaban a la sazón unas sillas de asiento de tule, me dijo:

—Ya no es justo que sigamos yo en mi disimulo, ni usted en sus burletas. Comprendí perfectamente la de decirme que el cuadro valía cien pesos, que fué decirme en rigor: "aun cuando te lo dieran por un mendrugo, no podrías tú comprarlo". Acaso pueda yo, si no comprarlo, hacer que lo compren, señor mío; que bajo una mala capa suele ocultarse un buen bebedor. Si usted, en lugar de juzgar por las apariencias y de burlarse de un admirador arrancado, se humaniza y pone en lo racional y posible para salir del lienzo, acaso haga, con intervención mía, si no lo que se llama un buen negocio, atendiendo al mérito de su Virgen, sí una ventecita que le dé a ganar algunos pesos. Tengo un inglés... pero, ante todo, usted debe saber mejor que yo que este lienzo es nada menos que del fundador de la escuela sevillana, Bartolomé Esteban Murillo, célebre pintor español que floreció en el siglo XVII, compañero y amigo del gran Velázquez y a cuyo pincel son debidos el San Antonio de Padua, el San

Isidoro de Sevilla, el Moisés hiriendo la roca y tantas otras maravillas del arte que constituyen la riqueza de los museos y monasterios de Europa. Tengo, repito, un inglés rico, que viaja recogiendo de aquí y de allí cuantas joyas artísticas le es dable comprar a bajo precio, para llevarlas a Londres, donde se venden a como uno quiere, no parándose el gobierno británico en gastos para enriquecer los museos públicos, ni los lores en derramar el oro por adquirir originales para sus colecciones particulares. Mi hombre ha comprado en Puebla y aquí algunos cuadros; actualmente tiene puesto el ojo en este lienzo, mediante indicación mía; pues, aquí donde usted me ve, soy inteligente en el ramo, llámome Martínez, y años atrás he desempeñado una clase de pintura en la Academia de Bellas Artes, donde podrán dar a usted noticia de mi persona. El inglés ha visto el cuadro desde la calle y le ha gustado, por lo cual vendrá mañana conmigo para verlo a la luz meridiana.

Desconfiado de mío y poco susceptible de entusiasmarme, creí que había más de charlatanería que de sustancia en la peroración del señor Martínez, quien se presentó a otro día con su inglés. Aunque tenía éste azafranados el cabello y las patillas, descomunales los cuellos de la camisa y pendiente al pecho el lente de rigor, hablaba el castellano con asaz facilidad y corrección, lo cual debía, según me dijo, a los muchos años que había vivido en España, visitando museos y conventos. Halló que el lienzo de marras era, efectivamente, de Murillo, lo cual no se podía dudar, en vista de lo perfecto del dibujo, de la propiedad anatómica que brillaba en las carnes y de la verdad y naturalidad del colorido,

que así huía de la árida y triste severidad de la escuela romana, como de los colorines de la flamenca. Aquel ambiente o atmósfera entre la forma de la Virgen y los grupos de ángeles que la rodean, sólo el insigne fundador de la escuela sevillana había sabido crearle y constituía una dificultad en que naufragaron y naufragan los demás artistas pasados y presentes. Todo esto y mucho más dijo el inglés, no del modo con que habla un necio para que le crean sabio, sino como habla una persona verdaderamente conocedora de lo que juzga. No queriendo pecar de ligero, díjome que ni entraría en ajuste sino al siguiente día, ni siquiera pretendía saber desde luego el precio del cuadro: que éste era muy bueno y él bastante rico; pero que los tiempos eran malos y no se quedaría con la pintura, sino tomándola a bajo precio. Agregóme que me fijara en el último y definitivo, a fin de volver él a la mañana siguiente a examinar de nuevo el lienzo y a quedarse con él, o a desistir del negocio.

Durante esta primera entrevista, Martínez no habló, sin duda por haberse abstraído completamente en la contemplación de la pintura.

Dióme golpe el inglés y comenzó a dármele el cuadro, en que antes casi ni había fijado la atención y en el que ya creía descubrir todas las perfecciones anatómicas y de tono y colorido y hasta la atmósfera de que acababa de hablar el gringo. Volví a frotarle con aceite de linaza, e instintivamente veía hacia la calle, deseoso de que se apareciera por allí la propietaria, a fin de cerrar trato con ella o, al menos, ajustarle condicionalmente la pintura. En la tarde, al pasar frente a la Academia, ocurrióseme tomar algunos informes,

respecto de Martínez; y no bien le hube nombrado, cuando el conserje me dijo que era persona muy perita en el arte y que, efectivamente había sido muchos años catedrático de pintura en el establecimiento, acudiendo todavía a él a dar su voto, siempre que se trataba de juzgar del mérito de cuadros antiguos y modernos. En la noche soñé que el negocio se redondeaba, dejándome media talega de pesos.

A otro día a las doce, Martínez y su inglés entraban en mi almoneda y, después de examinar de nuevo la Nuestra Señora del Carmen, preguntóme el segundo si le había yo fijado precio.

—No se ha de dar en menos de quinientos pesos — le contesté con aire indiferente y hasta algo brusco.

—Pues decididamente la tomo —me dijo— y, como no me agrada perder tiempo, ni hablar sino lo preciso, terminemos de una vez el negocio.

Sacó de su bolsillo una cartera y de ésta una tarjeta con su nombre, que, si mal no recuerdo, era "Sir James William Cook", y entregándome la tarjeta y una moneda de oro de dieciséis pesos, agregó:

—Aquí tiene usted mi nombre y esta onza, para que inmediatamente haga preparar una caja de madera en que pueda caminar el lienzo, sin estropearse. Una vez lista la caja, coloque usted en ella la pintura, muy bien acomodada; y sin cerrar, o, al menos, sin clavar la tapa, lleve usted tarjeta, caja y factura de venta a la casa de los señores Maning y Mackintosh, donde le entregarán en oro el importe del cuadro. Que esto sea mañana mismo, porque yo debo partir de un día a otro.

Salieron Martínez y el inglés y yo tras ellos en busca de un carpintero conocido, a quien di las dimensiones del lienzo y orden de hacer la caja en el resto del día y como la ajusté en seis pesos, hallé que, por principio de cuentas, iba yo a ganar más de otro tanto en sólo el empaque. Decididamente mi estrella estaba en su zenit y lo único que me inquietaba era no poder dar desde luego con la propietaria de la pintura, exponiéndome a que, si se llegaba a traslucir mi negocio de venta, quisiera ella compartir mis considerables utilidades. Pero estaba yo en el cuarto de hora de ganar todos los albures o así lo creí, por lo menos, viendo entrar esa misma tarde a la bendita anciana en mi establecimiento.

El lienzo no había sido movido de donde llevaba días de estar; ni mi semblante revelaba la menor emoción, cuando entablamos este diálogo:

—¿Aún no se ha vendido mi Madre y Señora del Carmen?

—Ya usted la ve ahí, donde la dejó.

—¡Cuánto lo celebro! Decididamente Dios protege a los pobres. ¡Alabada sea su misericordia! Figúrese usted, señor don Mateo, que yo me había resuelto a dar, acosada de la miseria, por cincuenta pesos esta alhaja de familia, que de generación en generación ha llegado a mí y que ahora, mi primo, el cura de Atlixco, me escribe por conducto de mi comadre Petronila, diciéndome que no vaya a deshacerme del cuadro, porque los padres carmelitas de Puebla le conocen y codician y podrían dar hasta doscientos pesos por él. No, sino muy lucido negocio habría yo hecho malbaratándole, para tener pan hoy y hambre mañana! ¡Alabado

sea Dios en todas las cosas! Me llevo mi Virgen Santísima, señor don Mateo y, como no es justo que usted la haya tenido de balde en su almoneda, le dejo esta tumbaga de oro, que bien vale sus cuatro pesos y que era de mi difunto esposo para que de ella se cobre lo que sea del depósito y me devuelva el resto cuando la haya vendido.

Como ustedes comprenderán, semejante peripecia daba al traste con mi negocio. En vano, con calma y sangre fría, traté de hacer comprender a la anciana que se alucinaba con meras esperanzas, probablemente huecas; acabando por ofrecerle de contado los cincuenta pesos que al principio pretendía por su lienzo. Tomóle el criado, cubrióle y cargó con él y ya en la puerta anciana y mozo, ofrecí sucesivamente a la primera sesenta, setenta y hasta cien pesos por la imagen. La buena señora ateníase a las seguridades de su primo el cura de Atlixco; declaróme terminantemente que no daría el cuadro por menos de doscientos pesos y se marchó con él.

La figura que yo quedé haciendo en la puerta de mi almoneda debe haber tenido mucho de ridícula. Decíame para mis adentros, que la codicia rompe el saco y que, tratando yo de explotar la pobreza de aquella anciana, habíame sucedido lo que al perro de las dos tortas. Pero una idea luminosa cruzó por mi cerebro. ¿No me daba el inglés quinientos pesos por el cuadro? Pues aun pagando por él doscientos, quedábame un sesenta por ciento de utilidad, una suma redonda de trescientos duros, sin contar los ahorros en el empaque. Tomé mi sombrero, fuí a dar alcance a la vieja que ya doblaba la esquina; ofrecíle ciento cincuenta pesos por el cuadro y viendo que ni esta oferta aceptaba, díjela:

"Es mío por los doscientos", y volví en triunfo a mi establecimiento, dando el brazo a aquella estantigua y seguidos ambos del mozo con la pintura.

Propuse a la señora darle a otro día la cantidad y redondamente se negó a ello, diciéndome que de efectuar la venta, había de ser recibiendo en el acto su importe, "porque nosotras las señoras —agregó— nada entendemos en esto de negocios y con mucha facilidad somos engañadas". Nuevo conflicto para mí, que no podía reunir de pronto ni cien pesos y que juzgaba inútil acudir a la casa de Maning y Mackintosh por el dinero antes de llevar empacado el cuadro. Habría ido a ver a Sir James W. Cook para que me diera algo a cuenta; pero, aparte de que esto no sería decoroso, no era tampoco practicable, sin riesgo de que los demás almonederos, que iban ya oliendo el negocio, me le birlaran mejorando a la viuda mi oferta. Decidíme a ocupar a una persona rica que vivía a la otra puerta y me dispensaba alguna confianza, pidiéndole ciento cincuenta pesos que me dió por un par de días, dejándole yo en prenda las escrituras de una casita de mi mujer. Conté sus doscientos pesos a la señora y extendí en papel sellado un recibo que me firmó con agarabatados caracteres; hecho lo cual, yo me quedé con su cuadro y ella se marchó con mi dinero, diciéndome que estaba ya definitivamente mudada y a mis órdenes en el número 24 de la calle de Curtidores, para donde me invitaba a tomar chocolate a la siguiente tarde con ella.

Para no hacer a ustedes más largo el cuento, les diré que a otro día, al presentarme en la casa de Maning y Mackintosh con lienzo, factura y tarjeta, ni quisieron los dependien-

tes recibir la caja, ni ellos ni el principal, persona respetable y bondadosa, recordaron haber conocido, ni siquiera oído nombrar a Sir James W. Cook; que habiendo ocurrido, con el auxilio del conserje de la Academia de Bellas Artes, a la casa de Martínez, el antiguo catedrático de pintura, resultó que éste no era el admirador platónico de mi cuadro y que mi susodicho cuadro fué calificado por el verdadero Martínez, de verdadero mamarracho que no valía un comino; que en la calle de Curtidores no había número 24 ni quien diera razón de la viuda; que como escribí al cura de Atlixco pidiéndole noticias de su prima, me contestó que, a Dios gracias, no tenía ya pariente alguno, pues los que tuvo sólo le dieron asaltos y disgustos; por último, que no pudiendo devolver los ciento cincuenta pesos que me prestaron, mi esposa perdió su casita y sus justísimos reproches se mezclaron por mucho tiempo con las risas de los almonederos vecinos. Calificáronme éstos de infeliz, no sólo concebido en pecado, como la totalidad de los hombres, sino concebido también en necedad; lo que, de tejas abajo, es acaso todavía más grave y trascendental y en lo cual tuve que convenir a despecho mío.



V

EL HOMBRE DEL CABALLO RUCIO

A esta sazón el militar con visibles señales de espanto y con decir que despertó, se dijo que tomó la palabra, para no dejarla hasta que amaneciera.

—¡Maldito dormir, que de nada me ha servido sino de sudar frío y sentir más molidos los huesos! ¡Y malditos sueño e imaginación mía, que me convirtieron en actor en un lance, que no baja de treinta años que oí referir en una de mis expediciones y de que no me había vuelto a acordar! El tinglado bajo el cual dormía yo, o, más bien dicho, soñaba

que dormía, se columpiaba como a impulsos de un terremoto con las mecidas del hombre aquel. ¡Y luego, sus ojos, aquellos ojos de mirada satánica, fija en mí y que me penetraba hasta la medula de los huesos!

Pero, como ustedes creerán, piadosamente juzgando, que he perdido el juicio, voy a referirles del modo más conciso posible la tradición que a mí me contaron allá por el año de 1816; una vulgaridad que ni yo ni ustedes podemos creer; pero en que creen a pie juntillas las gentes de las rancherías en la zona que se extiende en todo el declive de la Mesa Central, hacia la costa de Veracruz.

Supongo que alguno de ustedes ha bajado, siquiera una vez, de Puebla o de Perote al puerto que acabo de nombrar, tomando la carretera que pasa por Las Vigas, La Hoya, San Miguel del Soldado y Jalapa, y que al salir de La Hoya y al descender por la terrible pendiente que conduce al penúltimo de los citados puntos, ha vuelto los ojos a su izquierda y contemplado uno de los más hermosos panoramas que yo he visto en mi vida. Dejando atrás, o sea al norte, un anfiteatro de cerros y montañas y mesas tajadas a pico, en cuyas planicies brillan a lo lejos los pueblos Naolinco, Tonayán, Pastepec y otros muchos y de uno de cuyos verdinegros cantiles surge, a semejanza de una asa de cristal de roca, la catarata de Naolinco; se extiende un valle inmenso esmaltado de arboledas, milpas, zarzas, musgo, caña de azúcar y lava volcánica, medio fundiéndose en la luz atmosférica los tonos más variados del verde, del rojo, del negro y del amarillo que predominan en el paisaje. Aquel inmenso valle se abre desde las vertientes orientales del Cofre de Perote hasta

el Atlántico que, como una cinta azul celeste muy bajo, forma en los días claros y serenos la última lontananza del cuadro. Por allí descendió en alguna de las erupciones volcánicas, de que no había ya ni noticia en tiempo de la conquista española, una de las grandes corrientes de lava, yendo hasta el mar, calcinando vegetación, terrenos y peñascos en una altitud de leguas, y haciendo desaparecer ríos que recorren larguísimas distancias bajo su manto petrificado, para salir de nuevo al aire y a la luz del sol. Sólo desde las cumbres de Acultzingo se domina, sin subir a las grandes alturas de la Mesa Central, un espacio mayor y más pintoresco; y para que nada falte a la magnificencia del paisaje a que me contraigo, las brisas suelen traer por aquella abra inmensa, al oído del viajero, los sordos bramidos del volcán de Tuxtla, a que reponden, a guisa de eco, los truenos apenas perceptibles del cerro de La Magdalena, hacia el norte; mientras a la derecha remedan la voz del océano los negros y gigantescos pinos de la falda del Cofre, contrastando con el ópalo de su cumbre, vestida de nieve casi siempre.

Ahora bien; penetrando por aquel magnífico valle hacia la costa, hubo a principios o mediados del siglo pasado una propiedad territorial considerable, cuyo centro era Rancho Nuevo y que, extendiéndose entre Actopan y La Pastoría, cerca de la Mesa del Rodeo y atravesando parte de los terrenos bajos de Naolinco, llegaba hasta el Alto de Tiza, entre San Antonio del Monte y el rancho de Zontzomotla. Dueño era de tal extensión territorial, poblada de numerosísimos ganados lanar, vacuno y caballar, un hidalgo que, o no me dijeron, o no recuerdo si era español, o criollo educado en Es-

paña y de allá venido con ciertas ínfulas de gran señor y con no pocas ideas de las que hoy llaman avanzadas y que él ponía en práctica, no sin disgusto y hasta escándalo de los rancheros comarcanos. Así, por ejemplo, cierta capilla existente en alguna de sus posesiones, permanecía cerrada, no obstante contar con los paramentos necesarios, sin que los capellanes de otras haciendas del rumbo fuesen jamás llamados a celebrar misa en ella. Los pobres de la comarca, si se aventuraban a pedirle limosna, sólo recogían sermones más o menos ásperos contra la holgazanería y la mendicidad. No había memoria de que hubiese entregado sus diezmos completos y sin lanzar alguna pulla contra obispos y curas, y parecía complacerse en hacer llevar sus reses al herradero los domingos y demás días de fiesta, lo cual quemaba la sangre a sus mayordomos y pastores, envidiosos del descanso a que la demás gente del campo se entregaba en tales días.

Tampoco supe o recuerdo el nombre del hidalgo, persona como de 48 años de edad; alta, fornida, de gesto agrio y enormes patillas negras y que llevaba, a la usanza del tiempo, recogido el largo cabello en una coleta cuidadosamente liada con listón verde, que se le mantenía tiesa, a manera de culebra semilevantada del suelo, o le azotaba la espalda al recio galopar de su caballo favorito. Era este rucio, según decían los rancheros, de anchos encuentros y de una ligereza tal, que en vano habían querido competir con él en la carrera los más aventajados potros de la tierra y aun de los venidos del interior. Nuestro hombre no montaba sino el rucio a pesar de tener muy bien provistas sus caballerizas; y los mejores campiranos, al verle con sus calzoneras de paño azul y boto-

nadura de plata y su ancho sombrero de palma con gruesa toquilla y mascando un enorme veguero de que recogía y despedía el humo en densas bocanadas; al verlo, digo, galopando o yendo al paso en su rucio, exclamaban en tono de la más sincera admiración: "No se puede negar que este hombre nació a caballo". Tal admiración neutralizaba hasta cierto punto las antipatías que le creaban su riqueza, su lujo, su brusquedad y sus irreligiosos procederes, si bien no eran bastantes a hacer olvidar a sus arrendatarios de tierras lo que respecto del hidalgo dijo una vez el cura de Actopan, al enjugar las lágrimas a una viuda que con ocho hijos de tierna edad acababa de ser lanzada de la miserable choza en que había nacido, por no pagar unas rentas vencidas. "Ese hombre no puede tener buen fin".

Y sucedió que, con todo y haberse reído del pronóstico del cura, nuestro hidalgo, cierto domingo en que sus vaqueros llevaban a herrar nuevas reses y él a cierta distancia los vigilaba, al atravesar unos terrenos planos de Zontzocomotla, aflojó las riendas y apretó las espuelas al rucio, dando en él una de aquellas carreras de relámpago en que nadie logró jamás sacarle ventaja. Muy plano era, como dije, el terreno, sin árboles ni arbustos y sólo entapizado de un zacatón de tercia o poco más de altura, que ignoro cómo pudo encubrir a los ojos del cabalgador y cabalgado un peñasco liso, azuloso y casi cuadrado que hasta la fecha debe de existir allí, o que, al menos, me enseñaron en una de mis expediciones. Lo cierto es que el caballo tropezó con el tal peñasco en lo más recio de su carrera, lanzando por encima de su cabeza al jinete, dejándole sembrado en el suelo y

huyendo en dirección transversal, azotado de los estribos, sin que en mucho tiempo reapareciera. Vieron los vaqueros caer al amo, lo cual les causó no poca sorpresa, aumentada hasta la estupefacción cuando, acercándose a examinarle, halláronle desnucado y muerto.

No hubo en toda la comarca quien no pensara y dijera que el fin tan desastrado era castigo del cielo, por el afectado quebrantamiento de la guarda de los días festivos y tras pasos, diligencias y trabajos para que enterraran al muerto en sagrado y tras recoger su herencia unos sobrinos que tomaron posesión de sus haciendas, nadie se acordó ya de la filosofía, ni de la persona del propietario.

Mas, pasado algún tiempo, sucedieron al olvido las preocupaciones y los temores y al silencio la charla, no de las comadres, sino de los campesinos más honrados y formales de aquel rumbo. Los vaqueros que conducían ganado a los potreros de Rancho Nuevo, protestaban, haciendo la señal de la cruz, que un hombre de ancho sombrero de palma con enorme toquilla de plata, vestido de calzoneras azules, con botonadura también de plata, y retorcida y tiesa por detrás la coleta; que el muerto, para no cansar a ustedes, el muerto en persona, montado en el rucio de marras, les había salido entre unos árboles llamados xícaros (tan corpulentos como los robles y parecidos a éstos en el tronco), espantándoles con tremendas carreras y estupendos y ronquísimos gritos el ganado que se desperdigó por el monte, como si hubiera visto al diablo. Agregaban que, habiendo congregado con muchísimo trabajo las reses dispersas, volvió a salirles el muerto con los mismos gritos y carreras, en un punto llama-

do "La Raya", causando el propio terror a los animales y azorando un poco más a los conductores.

Por de pronto el azoramiento de los vaqueros sólo se comunicó a las viejas y a los niños, participando de él los sobrinos del muerto, por aquello de que, si no lo estaba el tío, podía fallar la herencia. No pararon los tales sobrinos hasta escarbar el hoyo en que fué sepultado el ranchero y cerciorarse de que los gusanos le llevaban comida una buena parte; con lo cual les volvió el calor al cuerpo, y siguieron oyendo hablar del aparecido, como quien oye llover y no se moja. A todo esto, los muchachos más guapos y de mejores caballos de las rancherías inmediatas, habían correteado al del rucio, queriendo inútilmente alcanzarle y desesperándose al ver su destreza y la diabólica agilidad de su animal. Los ganados eran ya diariamente dispersados por la aparición y los gritos del "amo"; las reses se desbarrancaban y los vaqueros ajustaban sus cuentas y se despedían.

No podía esto durar así y el mayordomo o administrador de Rancho Nuevo, mallorquino que frisaba en los cuarenta, hombre de alma atravesada y tan buen jinete como el difunto, ofreció traer a éste de la coleta o quitarse el nombre, si para su expedición le daban el famoso caballo "Enaguas blancas", casi de tanta ley como el rucio. En pláticas sobre tal tema hallábanse sobrinos y mayordomo, cuando un amigo de los primeros, propietario de otro rancho cerca de Actopan y joven de reconocido y temerario valor, vino a terciar en el asunto, pidiendo como un favor que se le dejara a él mismo obrar libremente. Sabía que el muerto iba algunas noches a mecerse suspenso del portalillo o tinglado de una casita, a un

cuarto de legua de Actopan; de consiguiente, para cogerle no había necesidad de fatigar a un cuadrúpedo de la categoría de "Enaguas blancas" y él se comprometía a echar garra al "amo" en el expresado portalillo, exigiendo únicamente que no le espantaran la presa. Los sobrinos, no sin disgusto del mallorquino, convinieron en que la aventura fuese llevada a cabo por don Encarnación, que así se llamaba el joven ranchero.

Cuando éste llegó a la consabida casita, forrado el estómago con una gran copa de refino y recién amolado el machete, pardeaba ya la tarde de un hermoso día de junio y la luna aparecía en Oriente prometiendo noche clara y serena. Los habitantes de la casita la abandonaban con todo y trastos, desde que anochecía, para no ver ni oír al huésped, quien, por lo demás, prudente y medido como rara vez lo son los huéspedes, nunca pasaba del corredor, permaneciendo en él poco tiempo. De una viga madre que allí había atravesada, colgábase el "amo" dándose dos o tres columpiadas, a cuyo impulso se estremecía la casa y en seguida montaba a caballo y se iba con la música a otra parte. El tinglado y la casita toda eran de otates.

Don Encarnación tuvo a mengua admitir compañía, diciendo, y lo que es más, creyendo que él se bastaba para tan poco. Llegado a la casucha, ató su caballo en el exterior, a espaldas de ella; reconoció el filo de su machete, rebanándose la callosidad de una de sus manos; cantó, silbó, tosió, escuchó; contempló la luna que brillaba en árboles y arroyos y acabó por aburrirse cuando aún no era la media noche. Midió con la vista el corredor en que acostumbraba pasearse

el hombre de marras; formóse en una de las extremidades, con cuilotes secos, una especie de cama en que se acostó, sirviéndole de almohada el sombrero y dejando a un lado el machete, sin vaina, para que estuviese más listo y aun se hallaba a punto de dormirse, cuando una brisa fría, la altura de ciertas estrellas y el canto del gallo, le hicieron calcular que serían las dos de la mañana, hora en que acostumbraba llegar el del rucio a la casita.

Oyó a poco, efectivamente, el galope del caballo y un grito que, sin duda por lo ronco y destemplado, le heló la sangre en las venas, matándole casi todo el ánimo que sin esfuerzo había atesorado. Ojos se volvió, sin embargo, para ver desmontar al "amo", quien, atando al rucio del cabestro —no sin que la bestia de don Encarnación rompiera el suyo y echara a huír por el campo— penetró bajo el tinglado en el corredor, dándose en él dos o tres paseadas, sin que pareciese notar la presencia del joven.

—Luego que se vaya a mecer —dijo éste para sí— le meto el machete.

Como si hubiese querido el hidalgo facilitarle la ejecución de su idea, colgóse de la viga del tinglado y se dió un par de mecidas, haciendo crujir todo el techo, cual si reinara un terremoto. Un rayo de luna le daba en la coleta, más liada y tiesa que nunca. El joven empuñó el machete y se quiso levantar de la cama; pero no pudo.

—Cuando torne a pasearse y llegue cerca de mí —pensó en su interior—, le envaso.

El hidalgo soltó la viga y volvió a pasearse. Sonaban sus enormes espuelas de rodaja en el piso de tierra y piedra del

corredor. Al acercarse al joven, sentóse éste en la cama; pero dióle en las narices un tufo como de sepulcro acabado de abrir y que le causó cierto mareo y descoyuntamiento inexplicable. Avergonzado de sí mismo, se propuso formalmente acometer al hidalgo a la segunda vuelta; pero a la luz de la luna vió que sus mejillas estaban muy hundidas y hasta habría podido jurar que tenían tierra. Entretenido con estas observaciones, ni se levantó, ni hizo uso de sus manos; omisión gravísima y trascendental, pues desde la siguiente vuelta, el hidalgo clavó en él una mirada verdaderamente satánica, que le hizo sudar frío y cernerse en la cama de cuilotes, como si le fuera a entrar calentura. Tornó a verle el hidalgo cuantas veces se le aproximó en sus paseos; y cansado el joven de batallar con su propio miedo, entregóse a éste sin reserva, no pudiendo hacer la señal de la cruz, por tener engarabatados los dedos, ni rezar en voz alta la letanía, por habérsele secado las fauces.

Esto duró así hasta las primeras luces del alba, pues al verlas, el hidalgo dióse una nueva mecida que hizo crujir nuevamente la casa y juntar casi el techo con el piso; lanzó un segundo grito, montó, galopó y desapareció. Hasta entonces volvieron a cantar los gallos.

A eso de mediodía, el joven, enfermo de fiebre, fué llevado de la casita a su rancho, en un tapextle, y el campo quedó libre al mallorquino, quien se lamía los labios al figurarse que ya asía de la coleta al hidalgo. "Enaguas blancas" fué cuidadosamente bañado, cepillado y herrado de nuevo, acostumbrándosele, además, a bultos, sombras, gritos destemplados y cuanto pudiera espantarle.

El día designado para la nueva aventura, desde muy temprano, cuatro rancheros de los más osados, con quienes se había puesto de acuerdo el mayordomo, ocuparon las dos gargantas por donde únicamente se podía salir del valle, de cerca de una legua de extensión, en que acostumbraba aparecer el hidalgo. Tomadas las demás medidas de precaución que eran del caso, a eso de las nueve de la mañana despachóse una partida de ganado con sus respectivos vaqueros, yendo a la cola el mallorquino montado en el fogoso "Enaguas blancas" desnudo y pendiente de la muñeca por medio de una fuerte correa, el corvo, afilado y reluciente sable y terciada en el diestro brazo una escopeta vizcaína cargada con bala de catorce adarmes, amén de las postas.

Poco habían andado del valle, cuando de entre los consabidos xícaros, con el acostumbrado ardimiento salió el hombre del caballo rucio, echando éste sobre el ganado, que a sus ademanes y a sus gritos, instantáneamente dispersóse en todas direcciones, siguiendo su ejemplo los vaqueros, con más miedo que vergüenza.

Ver al hidalgo a unas cuantas varas, espolear a "Enaguas blancas" el mallorquino y echársele encima, fué todo uno, asestándole a la cabeza un tajo tal, que, a alcanzársela el sable, se la hendiera como si fuese mantequilla. Pero barrióse el hidalgo con todo y rucio y, a guisa de quien trata de evitar pendencia, cruzó como exhalación por el llano, sin volver siquiera el rostro a su contrario. Cuando apenas habría avanzado quince varas, paró éste el caballo, púsose al carrillo la escopeta, e hizo fuego. Tenía ojo y pulso muy certeros el mallorquino y fama de partir las balas en el filo

de un cuchillo; seguro quedó, además, de haber embutido al hidalgo la bala con su acompañamiento de postas, entre los dos hombros, pues hasta le vió humear la chaqueta; no obstante lo cual ni vaciló el perseguido, ni interrumpió un punto su carrera.

Prosiguió la suya el mayordomo, poniéndose casi a la línea de aquél y tratando de asir de las riendas al rucio; pero hubo de ver tan fea cara al hidalgo, que desaprovechó la ocasión, sin quererlo.

Llegados a una de las gargantas del valle, los dos rancheros en ella apostados a caballo, trataron de cerrar el paso al del rucio; pero a sus gritos, se espantaron las cabalgaduras de aquéllos, y tascando el freno, se los llevaron a gran distancia de allí.

Solamente "Enaguas blancas" y su jinete parecían curados del mal de espanto. Sin cejar un punto en la carrera, seguían incansables al hidalgo, quien les sacaba solamente uno o dos cuerpos de ventaja. Oía el mallorquino la fatigosa respiración del rucio, y por otra parte, aquella escena debía tener próximo desenlace. El llano terminaba al frente, en la falda de la montaña basada en estupendas masas de pedernal, y espesísimos bosques se extendían a derecha e izquierda. Rasgó el mallorquino de una espoleada los ijares a "Enaguas blancas", y, dando éste una salida más fuerte, asió aquél de la coleta al del rucio, lanzando una interjección hija de varios padres, pues debieron engendrarla a un tiempo mismo el júbilo, el miedo, la sorpresa y aun el terror.

Cualquiera de ustedes daría por cogido al hidalgo, sin figurarse que la presa del mallorquino se redujo a la coleta,

que se le quedó en la mano, desapareciéndose hidalgo y rucio entre los peñascos de la falda de la montaña, como si fueran sombras, o como si se los hubiera tragado la tierra.

Con un palmo de narices y dando al diablo la fiesta, quedó el hijo de las Baleares, en la actitud y circunstancias de aquel personaje de una comedia antigua, que exclamaba ante su soberano:

He aquí, señor, el turbante
del moro que cautivé;

y que, al preguntarle el rey por el moro agrega:

. . . ¡El moro se fué!

Y como llegaran en esto los rancheros, ya repuestos del susto, y el mallorquino, refiriéndoles lo acaecido, tratara de enseñarles la coleta, sintió que le quemaba los dedos y la arrojó al suelo. ¿Ven ustedes cómo se consume el tiro de este cigarro habano? Pues así y apestando a azufre, se carbonizó la consabida coleta, sin perder su forma y sin que en el lugar en que ardió volviera a nacer yerba.

Los rancheros se santiguaron admirados, y la comarca toda quedó más amedrentada que nunca; lo cual no impidió, sin embargo —vean ustedes lo que es el carácter nacional— que, algún tiempo después, nadie conociera al mallorquino, sino por el apodo de "El hombre del turbante".



VI

A DOS DEDOS DEL ABISMO

Sin aguardar señales de aprobación o desaprobación por parte de su auditorio, y apenas tomándose el tiempo necesario para escupir, prosiguió así el capitán:

—Horribles como son algunas de las peripecias de este cuento, han de saber ustedes que no hizo mayor impresión en el ánimo de una persona que ha figurado en México en altos puestos públicos, dotada de talento, instrucción y sensibilidad; persona que llamaba la atención por la irascibilidad de su carácter, por el fuego de su imaginación, por la

viveza con que gesticulaba al hablar, y también —preciso es que lo agregue— por cierta nobleza en sus ideas y acciones, de que se hallaban en los primeros tiempos de nuestra independencia no pocos tipos, que van ya desapareciendo casi por completo y que a la vuelta de quince o veinte años tendrían que sentar plaza de necios y que morirse de hambre.

El Marqués del Veneno —llámole por su nombre de batalla, que le había sido puesto por sus amigos a causa de la vanidad que fundaba en su prosapia, y de la facilidad con que se encolerizaba—; el Marqués del Veneno, digo, era hijo de un abogado de la Real Audiencia y había presenciado las últimas pompas y los primeros sinsabores formales del virreinato, pues justamente, aunque imberbe todavía, tomaba chocolate con Iturrigaray, hablándole de las reformas introducidas en los obradores de paño de Querétaro, cuando los comerciantes españoles, recelosos de la conducta de su paisano y gobernante, entraron a amarrarle con toda la urbanidad posible en tal lance. Educado nuestro joven en las oficinas de aquella época, nadie le igualaba en el corte de la casaca azul o verde con botones dorados, ni en la elegancia con que su lavandera almidonaba los puños y pechera de su camisa de batista. Limpia y aunque fuese de jamán, la habría querido en sus últimos años, en que le vi consumirse de miseria y desesperación, sin tener una compañera que endulzara sus cuidados, pues ¡cosa singular! las mujeres, que, por regla general, nunca se paran en las malas circunstancias de un hombre casable, no se resolvieron a sufrir las consecuencias del bilioso carácter del Marqués; y éste, que así arreglaba una partida de campo o de baile, como formulaba

un plan de hacienda o urdía una conspiración, jamás pudo hallar su mitad en el sexo femenino; lo cual —de paso sea dicho— no dejaba de redundar en honra de las doncellonas de mi tiempo, que no parecían avenirse tan mal a su estado como las de hoy.

Pero me difundo y desvío de mi asunto, costumbre que contraje desde que fuí ayudante del General Victoria quien, como ustedes sabrán, una vez que tomaba la palabra no la soltaba, ni por mal pensamiento procuró, jamás, ligar su última idea, no digo ya con la primera, ni con la penúltima de su discurso. Ahijado suyo de pila era el Marqués, no sé por qué circunstancia, aunque no heredó la incoherencia de la frase, ni las ideas políticas del padrino, a quien, por lo demás, profesaba sincero afecto, bien correspondiido del General, quien no se hallaba sin su *chaqueta,* apodo con que designaba al ahijado. Y era de ver a éste en Palacio, durante la presidencia de Victoria y cuando el General era nada menos que el jefe y el ídolo de los yorkinos, en disputa animadísima y casi constante con ellos y hasta con su patrón, acerca de si Lemaur llegó o no a comer ratones en Ulúa; de si España conservaba o había ya perdido el derecho que los tratados de Córdoba le reservaron de darnos un monarca a su gusto, y de si los distintivos y el traje del rito escocés, a que él pertenecía en cuerpo y alma, eran más vistosos o menos extravagantes que los que usaban los afiliados en las logias del rito de York, que acababan de ser fundadas por Poinsett y que constituían, como si dijéramos, la novedad del día. Exaltábase el ahijado en las disputas, poniéndosele amarillas las pupilas, que eran verdes en estado de reposo;

echando espuma por los labios y dando fuertes puñadas en las mesas, no sin amenazar con el triunfo de su propio partido y el exterminio de sus contrarios. Pero si alguno de éstos le sacaba de aquel terreno, trasplantando la disputa al campo de la ciencia o de las modas, y disertando sobre el número de patas de una mosca y el buen o mal gusto de los pantalones que empezaban a usarse en Francia con trabillas, todo el ardor y vehemencia empleados por el Marqués en sus altercados políticos, venían en auxilio suyo en la nueva cuestión. Poseía un excedente normal de bilis en el estómago y necesitaba de la controversia para darle salida, tal como el fuego subterráneo necesita abrirse respiraderos. Comprendiéndolo así los albañiles y dignidades del rito de York, no se daban por lastimados de sus injurias, limitándose a presentarle un vaso de agua, cuando el exceso de su exaltación podía orillarle a un caso de hidrofobia. Por otra parte, el ahijado era hombre franco y leal hasta el quijotismo; no mentía ni de chanza; tenía una palabra más firme que el Peñón de los Baños y no podía ver una necesidad sin tratar de remediarla; todo lo cual le hacía estimable a sus mismos contradictores.

Iba yo a decir —y por poco no llego a hacerlo— que, ahijado él y ayudante yo del Presidente Victoria quien tenía, después de todo, un excelente corazón, nos veíamos y juntábamos con frecuencia en Palacio y no sin mutua mortificación por ser ambos aficionadísimos al uso largo y exclusivo de la palabra, de lo cual resultaba, como dijo una vez don Andrés del Río, que no éramos elementos afines, sino opuestos. Pero sucedió que cierta noche en que, a conse-

cuencia de una disputa más acalorada todavía que de ordinario, mi hombre se vió amagado de una especie de epilepsia que le dejó sin alientos de hablar durante diez o doce minutos; aprovechando yo su forzado silencio y con motivo del rumor de una aparición nocturna que solía espantar al ayudante de guardia, le espeté de cabo a rabo la tradición del "Hombre del caballo rucio", que ustedes acaban de oír. No obstante la viveza de su imaginación y el interés que tomaba al hablar u oír hablar de sucesos y de cosas de mucha menor importancia, las columpiadas del muerto en la viga madre de la casa del rancho y el espontáneo incendio de su arrancada coleta, halláronle indiferente y frío. Esto no pudo menos que chocarme y manifestándole mi extrañeza, me dijo:

—Acabo de verme en un lance mucho más terrible que el del hombre que quiso atrapar al del caballo rucio. Los espantos de los vivos son mucho más serios y temibles que los de los muertos y aunque yo jamás he creído en estos últimos, todavía estoy azorado de resultas de aquéllos. Sepa usted, señor capitán, que acabo de verme a dos dedos del abismo... ¡Sepa que he estado a punto de casarme por compromiso!

—¿De casarse por compromiso? — le pregunté, no comprendiendo el sentido de la frase.

—De casarme por compromiso, ni más ni menos — volvió a decir y, limpiándose los labios que aún guardaban la espuma de su postrer cólera y desabrochándome la pechera del uniforme o desarreglándome el cinturón de cuero de la espada y dándome fuertes puñadas en el pecho, según lo requería el curso de su narración, refirióme, durante más de dos

horas lo que, compendiando o sintetizando, como decía un amigo mío que se preciaba de lógico, voy a contar a ustedes en unos cuantos minutos.

Lo sustancial de mi historia es que el Marqués del Veneno era un hombre casable, o casadero como hoy se dice; que los padres le creían buen partido para sus hijas y que él, en mi concepto, hizo mal en no tomar la esposa que entonces se le proporcionaba; pues mejor le habría estado casarse por compromiso que consumirse de solterón más tarde contra su voluntad por no haber hallado mujer que le quisiese. Sentado esto, entremos en materia.

Repito que era el Marqués un excelente partido, al menos en lo ostensible. Hijo de una familia muy decente, joven bien apersonado, elegante y de esmerada educación, abrigaba ideas religiosas y nobleza de alma, según he dicho. La irascibilidad de su carácter aún no era notada sino de las personas que le tratábamos muy de cerca y en la apreciación de la sociedad en general pasaba por viveza y fogosidad juveniles. Ni era de despreciarse la circunstancia de estar empleado con buen sueldo en un ministerio, no obstante ir ya de baja los escoceses; ni se ignoraba su parentesco espiritual con don Guadalupe, de quien todos creían que le haría seguir subiendo más que de prisa.

Concurría el Marqués casi todas las noches a la tertulia en que reunía en su casa a lo más florido de la capital la señora Rodríguez, tan famosa por su belleza como por su trato, y que parecía hallarse entonces en todo el brillo de su primera juventud, no obstante que a principios del siglo había recibido ya en sus aras el incienso de la adoración de

un ilustre sabio, el Barón de Humboldt quien, poniendo por algunos días en olvido las alturas barométricas de los Andes, sólo se acordó de los osos más estupendos de aquellas montañas, para imitarlos, con más o menos gracia, ante la beldad tan peregrina.

Era ésa la época de la bachillería en las mujeres, y si Molière hubiese vivido y venido entonces a México, habríase convencido de que gastó inútilmente tinta y tiempo en sus *Femmes savantes,* al menos por lo que respecta a las nuestras. Así se hablaba en el círculo femenil de la tertulia, de política y de historia natural, como de las últimas composiciones poéticas de Arriaza y de los discursos del doctor don Servando Teresa de Mier en el Congreso y no era raro oír a las más eruditas, tan pronto recitando el *Pater Noster* en inglés, como respondiendo con versos latinos a las galanterías de sus adoradores. De tales flaquezas se hallaba exenta, como mujer de buen gusto, la señora de la casa.

Distinguíase entre las concurrentes a la tertulia, una joven cuya belleza era proverbial y habíale conquistado el cetro de la moda en México. Vacía de seso, como el busto de la fábula, había seguido la corriente del gusto, dándose a cultivar lo que llamaba, sin duda por ironía, las bellas letras. Incapaz de raciocinar en prosa, según decía ella misma, hacíalo facilísimamente en verso, y sus labios eran una cornucopia de sonetos, madrigales y letrillas glosadas, muy en boga a la sazón. Leyendo un dístico que acababa de componer a un perrito suyo de Chihuahua, la conoció el Marqués y, aunque deslumbróle su belleza, la impresión poco favorable que le produjo su *intelecto,* influyó no poco en el curso de los

sucesos en que figuraron después entrambos como actores. Repito que la belleza de Loreto era extremada y ya ustedes se figurarán si sería o no numeroso el séquito de sus adoradores y si llevando ella, como llevaba, el cetro de la moda y teniendo que presentarse, como si dijéramos, a la altura de su posición, mi señor don Raymundo del Monte, antiguo catedrático de química, hombre respetable, aunque de escasa fortuna por no haber descubierto el secreto de la cristalización del diamante y padre de Loretito, tendría pocos o muchos calentamientos de cabeza para subvenir a los gastos del bien parecer de su retoño.

Bella y ligera la Loretito y joven no mal apersonado y de brillante porvenir el Marqués, la legión de solteras que, ya que no han podido casarse, se consuelan y distraen haciendo o desbaratando bodas, no tardó en advertir y comunicarse que estaban los dos apropiadísimos el uno para el otro. Era social y hasta galante el del Veneno y no podía decentemente eximirse de rendir el tributo de su natural cortesanía a la hermosa, objeto de las atenciones y los suspiros de toda la parte masculina de la tertulia. Presto se comenzó a decir en ella, por lo bajo, que el Marqués se inclinaba decididamente a la joven. Esta llegó a creerlo, en fuerza de oírlo, aunque ninguna de las brillantes flores que regaba a sus pies el empleado de Hacienda, ofreciera indicios de cuajar en la forma del más pequeño fruto y, lisonjeada de recibir entre tantos homenajes los de un mancebo del mérito de mi protagonista, dejóse decir, como luego dicen, y hasta por medio de ojeadas, sonrisas y golpes de abanico, dió a entender que no le era del todo indiferente el ahijado de su padrino, como

en tono joco-serio llamaba a don Guadalupe entre sus amigas.

Así las cosas, y siendo la señora de la casa mujer de mundo y enemiga de que surgiera el menor disgusto entre sus tertulianos, llamó cierto día al del Veneno y le habló en estos términos:

—Que usted se inclina a Loreto, cosa es que dicen cuantos concurren a mi casa. Que ella no pone a usted malos ojos, usted lo habrá notado primero que nadie. Sentados estos preliminares, yo me tomo la libertad de preguntar a usted, con el carácter de amiga suya y de la familia de esa joven, si realmente usted la ama...

Aquí el Marqués giró sobre sus talones, como si una víbora le hubiese mordido las corvas y, tirándole ya las pupilas de verdes a amarillas, exclamó, accionando vivamente con las manos:

—¡Cómo, señora! ¿Conociéndome usted, y sabiendo mis ideas acerca de su sexo, ha podido figurarse que yo me fijara seriamente en Loreto? Cierto que es muy hermosa; pero esto por sí solo no basta a la felicidad doméstica, que se debe basar en el mérito real de la mujer, en sus disposiciones hacendosas y, sobre todo, en la conformidad de caracteres y en la mutua simpatía, que aquí no existe ni puede existir, puesto que Loreto me es antipática.

—Así me lo figuraba yo y por ello he querido tener con usted esta conversación, a solas, para excitarle a no fomentar, ni siquiera indeliberada o involuntariamente, el chisme que se ha levantado. Ella es incapaz de enamorarse ni de usted, ni de nadie; pero su familia tampoco puede

sostenerle el lujo que gasta y se halla en el caso de darle a todo trance un marido que cargue con la petaca. Se le presentan ahora varios partidos ventajosos y acaso usted le espante la caza si da lugar a que las gentes sigan diciendo que la enamora. Por otra parte, habladurías de este género suelen comprometer a hombres pundonorosos y delicados como usted y a más de uno conozco que las llora tan gordas, por no haber sabido huir de un mal paso a tiempo.

El Marqués, midiendo con la viveza de su imaginación el abismo de que procuraba apartarle la señora, no pudo menos de abrazarla en señal de gratitud, lo cual no importaba, ciertamente, un sacrificio. A consecuencia de esta conversación, desde esa noche evitó hallarse en la tertulia en el círculo formado en torno de Loreto, para no tener que dirigir la vista, ni la palabra, a la reina de la moda.

Pero, como toda persona de más imaginación que juicio, tratando de evitar un escollo, fué a tropezar en otro, viniendo así a ahogarse en la propia agua. Esmeró su jovialidad y galanterías con otras jóvenes más o menos hermosas o feas y la malicia humana, representada en no escasa dosis en la tertulia, mirando el desvío del Marqués respecto de Loreto y sus asiduas atenciones hacia otras, dedujo que había habido un rompimiento o, por lo menos, alguna de aquellas tempestades de verano tan comunes en el vaso de agua de los amantes, y tras las cuales aparece más tierno que nunca el cariño, bajo el iris de la reconciliación. A procurarla cuanto antes se convirtieron los esfuerzos de todas las gentes caritativas de la tertulia, dividiéndose en comisiones diplomáticas la tarea y yendo a hablar las unas a Julieta y las otras

a Romeo. En vano aquélla manifestaba —no sin algún despecho, por lo desairado que ella misma estimaba su papel— que no había habido ni afección ni desvío por parte del Marqués. Perdió éste la calma al oír hablar del asunto y, viendo el color amarillo de sus pupilas los que trataban de inculcarle la conveniencia de hacer las paces, se dijeron, y dijeron a los demás, que debía haber sido grave la causa del rompimiento. Para no cansar a ustedes, el Marqués desertó de la tertulia, creyendo que éste sería el único modo de poner fin a la charla y la importunidad del prójimo.

No iba descaminado en tal creencia y a los quince o veinte días nadie hablaba, ni se acordaba de la pasión, ni del disgusto supuesto. El Marqués concurría a otras tertulias, o prestaba oído y paciencia algunas noches a la conversación de su padrino el Presidente y Loreto, más incensada y cortejada que nunca, empezaba a comprender, con aquel instinto que en las mujeres nunca falta de los veinte a los veinticinco años que de toda la turba de papamoscas que la seguía, no se sacaba un marido de buena madera; por cuya razón, sin duda, iba ya poniendo buena cara a un gallego abarrotero vecino suyo, bastante rico, que parecía hundir la tierra cuando andaba y que se volvía un almíbar al nombrar a *Luretito*...

Así las cosas, cierta noche de luna que el Marqués se paseaba por el atrio de Catedral, luciendo el frac azul y los guantes de cabritilla color de fuego y blandiendo ante las hermosas un finísimo junco, cual si quisiera azotarlas, vió venir a su encuentro a don Raimundo del Monte, anciano de venerable aspecto, según creo haber dicho; quien, poniéndole la mano en el hombro izquierdo, después de estrecharle

ambas suyas con cierta efusión de cariño y confianza no comunes en él, comenzó en el curso de la conversión a informarse, con el mayor interés, de la posición actual, de las esperanzas de mayor adelanto, de los gustos y costumbres domésticas del Marqués y del estado de su corazón, como provocando de parte suya una explicación cuyo giro tenía previsto. Díjole el joven, sin rodeos, que se hallaba exento de toda inclinación amorosa y resuelto a prolongar indefinidamente su alegre vida de soltero, disfrutando de las distracciones que a un nombre de su edad y circunstancias podía proporcionar la residencia de tres o cuatro años en Europa, a alguna de cuyas capitales contaba con ir, agregado a la legación mexicana respectiva. Moviendo don Raimundo la cabeza de izquierda a derecha y guiñándole misteriosamente ambos ojos, se despidió del Marqués, diciéndole que tenía que hablarle de materia muy importante para los dos y que a la noche siguiente se verían en un café que le designó, dándole cita formal para dicho lugar.

Algo inquieto con motivo de tal cita quedó el del Veneno, inclinándose a creer, después de muchas vueltas en la cama, que, habiendo llegado a oídos de don Raimundo el rumor de sus supuestas relaciones con Loreto, se propondría el anciano saber de sus mismos labios lo que pudiera haber habido de cierto en el particular. Partiendo de tal hipótesis, el Marqués, cuya conciencia estaba del todo tranquila, se proponía ser franco y leal con el anciano, exponiéndole toda su conducta en el caso y hasta procurando disipar el mal humor que natural era hubiesen causado a don Raimundo las habladurías de las gentes; habladurías a que el Marqués no creía ha-

ber dado el menor motivo. Así discurriendo, logró dormirse; y con el aire más tranquilo del mundo se dirigió, a otro día, a la hora convenida, al lugar de la cita, considerándose, como el Caballero Bayardo, sin miedo y sin tacha.

De poco, sin embargo, habríanle servido la limpieza y la espada de Bayardo, y aun la del mismo Bernardo del Carpio, en la aventura que le esperaba. Instalóse en una de las mesitas más apartadas del café, y a breve rato vió llegar a don Raimundo, que le saludó, y, sentándose a su lado, le habló en estos términos:

—Inútil es, amigo mío, el disimulo, tratándose de asuntos tan graves y trascendentales como el que usted y mi hija traen entre manos; sin que esto quiera decir que yo desapruebe la prudencia y reserva con que los dos se han conducido. Bien; es verdad que, así usted como Loreto han llevado el disimulo y el secreto a un extremo tal, que...

—Permítame usted que le interrumpa, señor don Raimundo, diciéndole que absolutamente no comprendo a qué asunto se refiere...

—Amigo mío, ustedes los jóvenes creen que con ponerse los dedos en los ojos tapan el sol para los demás. Pero, nosotros los viejos, todo lo vemos, descomponemos y analizamos. Además, ¿qué no descubren la vista y la penetración de un padre? Desde los primeros síntomas de la pasión de usted hacia Loreto...

—Pero, señor don Raimundo, si no ha habido...

—Nada indecoroso, ni siquiera inconveniente en las relaciones de ustedes, lo sé muy bien; ni podía ser de otra manera, tratándose de un cumplido caballero a quien la decencia y la

nobleza de carácter vienen por ambas líneas y de una joven que, aunque me esté mal proclamarlo, ha sido perfectamente educada, ha leído mucho y se sabe conducir en sociedad. Decía yo, amigo don Leodegario, que desde meses atrás no hubo necesidad de que nadie me soplara al oído: "Estos muchachos se quieren", por ser cosa patente y que no me pasó inadvertida. Acostumbrado yo, sin embargo, desde joven a la descomposición y el análisis, pregunté, a mi esposa: "¿Se quieren?" y ella me contestó: "Así lo entiendo". Volví a preguntarle: "¿Te ha dicho algo Loreto?" y me respondió: "Ni palabra". Pasan días, y la mutua pasión de ustedes...

—Deber mío es, señor don Raimundo, advertir a usted...

—Deber de usted es oírme sin interrumpirme. Pasan días y la mutua pasión de ustedes, llegada a su apogeo, entra al crisol de la prueba. Usted se aleja de Loreto y ella lo disimula. Las gentes insustanciales se dicen: "Han quebrado", y yo digo: "Se desvían como los carneros, para embestirse con mayor fuerza". Las gentes dicen: "El Marqués da señales de inconsecuencia y versatilidad", y yo digo: "Las da de ser más caballero y noble de lo que se cree". Amigo don Leodegario, ¿qué no descubren los ojos de un padre? ¿Qué hay en el mundo moral como en el físico, que resista a la descomposición y el análisis? A poco de aislar y examinar los elementos o sustancias componentes de tal negocio, la verdad se precipita y aparece en el fondo de la vasija. ¡Lo sé todo, lo veo todo, como si se tratara de una cristalización! Usted, delicado y pundonoroso hasta el quijotismo, sabiendo que el comerciante en abarrotes, Ledesma, pretende a Loreto y considerándose relativamente pobre, se ha dicho: "No sea

yo obstáculo al actual bienestar y aun al mejoramiento de posición de esta joven", y se ha repentinamente retirado del campo. Loreto, a su turno, ofendida de que usted la crea capaz de sacrificarle en aras del interés, se ha propuesto darle celos, fingiendo admitir los homenajes que Ledesma le rinde en forma de pasas, almendras, bacalao y cajas de vino. Todo ello, lo repito, es muy claro; mas constituye un juego que no se podría prolongar sin peligro y al cual ya he dado punto, por lo que respecta a mi hija. No faltaba sino que el porvenir de usted y el de ella estuvieran a merced de los impulsos del amor propio irritado; no, señor; que Ledesma se guarde sus pesos, o los tire festejando a alguna gallega paisana suya, y que la honrosa medianía, acompañada de un carácter noble y de la cortesanía y finura que a usted distinguen, se lleve la palma del triunfo. ¡Abajo Galicia, y viva México!

—La completa equivocación en que usted incurre...

—Amigo mío; quien, como yo, descompone y analiza, nunca o rara vez se equivoca. Anoche reuní a mi mujer y a mi hija, y a fin de averiguar la verdadera disposición de ánimo de la segunda, me valí de este ardid: "Loreto, le dije, don Leodegario me pide tu mano. ¿Qué debo contestarle?" Aquí fué el ponerse como amapolas madre e hija, abrazándose mutuamente, y respondiéndome Loreto: "Yo estoy dispuesta a lo que usted determine". "Pero, ¿le amas?", volví a preguntarle. "Sí, le amo", agregó ella, bajando la vista. Con que la incógnita, amigo mío, quedaba despejada y sólo faltaba hacer lo que hice esta mañana y lo que estoy haciendo ahora, a saber: intimar al señor Ledesma que de-

sista de sus pretensiones respecto de una joven que debe casarse con otro dentro de pocos días, y decir a usted que los padres de Loreto, apreciando debidamente la nobilísima conducta del pretendiente de su hija, ponen a ésta en sus manos, ahorrándole explicaciones y pasos que son molestísimos al amor propio y deseando a entrambos unidos, una vida más larga que la de Matusalén y una descendencia más numerosa que la de Jacob.

—Pero, señor don Raimundo...

—No hay peros ni aguacates que valgan. Usted es muy dueño de creerse indigno de Loreto y de rehusar la dicha porque anhela su corazón; pero yo también soy dueño de la suerte de mi hija, y quiero ligarla a la de usted y hacer a usted feliz por fuerza. ¡Vamos, amigo don Leodegario, que la cosa no tiene remedio! El doctor Román se ha comprometido a casar a ustedes en el Sagrario; he ordenado a mi esposa que dé aviso de la próxima boda de Loreto a sus amistades femeninas y yo estoy haciendo ya otro tanto con las masculinas. No hay quien no me dé las más cordiales enhorabuenas por la elección de yerno...

Las pupilas del Marqués habían ido sucesivamente pasando del verde-alfalfa al verde-mar y al verde-tierno, para teñirse al cabo en el amarillo legítimo de la yema de huevo; a cuyo tiempo, no se sabe si con motivo de la extrañísima conducta de don Raimundo que pretendía casarle a fuerza o más bien, por no haberle dejado el mismo don Raimundo meter baza en la conversación, se le llenaron de espuma blanca los labios y, lanzando un recio bufido, cayó al suelo estremeciéndose en rudas convulsiones. Acudieron los mozos y

cercáronle los demás concurrentes al café, echándole buchadas de agua en el rostro, y tratando de averiguar ellos la causa del accidente, díjoles el anciano, y así lo creía él, que había sido motivado por un exceso de júbilo repentino. El Marqués fué llevado en un coche del sitio a su casa, prodigándole su presunto suegro los cuidados más exquisitos y dejándole en manos de una señora grande que le asistía.

Cuando volvió en sí el del Veneno, se preguntó si estaba él loco, o si don Raimundo había perdido el juicio; o si se trataba de comprometerle indignamente a un paso que no entraba en su voluntad, ni en sus ideas, contando con su proverbial caballerosidad, o con que sus alcances intelectuales y su energía fuesen mucho más limitados que los de cualquier hombre de mundo. Pero, a poco que con más calma se puso a examinar estas diversas hipótesis, fuélas desechando una tras otra por absolutamente inadmisibles y, en efecto, el juicio y la probidad del anciano, la honorabilidad de su familia no obstante el pedantismo y las bachillerías de Loreto, y la reputación de hombre despejado y cabal de que disfrutaba el Marqués, alejaban naturalmente cualquier sospecha a tales respectos. Nuestro protagonista se vió, pues, en la necesidad de atribuir lo que le pasaba, primeramente a su galantería con las damas en general y con Loreto en particular; en seguida, a la necedad de ésta, que tomó por moneda contante las flores veraniegas que el sexo feo tributa a la belleza; después, a las habladurías de las gentes que, convirtiendo al mosquito en elefante, hicieron comulgar con éste al anciano; por último, a las combinadas bondades y sandez de don Raimundo que, dando por cierta e indudable

una inclinación que no existía, se adelantaba espontáneamente a coronarla, contra todos los usos y conveniencias sociales, creyéndose bienhechor y siendo, en realidad, verdugo del favorecido.

Al obtener en el curso de su raciocinio esta deducción lógica y natural, no pudiendo el Marqués, en rigor, indignarse contra alguien, se indignó contra su propia estrella; de lo que resultó que, durante seis u ocho días, los ataques nerviosos no le permitieron dejar la cama. En tal período de tiempo, no escasearon los amistosos recados de la esposa y de la hija de don Raimundo, ni las visitas de éste a informarse de la salud del presunto yerno. Y aunque el Marqués tomó y abrigó durante una semana la resolución de explicarse clara y rotundamente con el anciano, el sistema de éste, de cortarle la palabra, creyendo que iba aquél a abrumarle con demostraciones de gratitud y los paroxismos que la cólera causaba a don Leodegario, impidieron de pronto la aclaración, que el curso de los sucesos imposibilitó definitivamente, poco después.

Al salir a la calle el del Veneno, vióse materialmente asediado de todos sus conocimientos y relaciones y no pudo dar diez pasos seguidos, sin que alguien le detuviera preguntándole: "¿Conque se casa usted?" y en vano trataba de negar la partida, pues todos a una voz le decían que don Raimundo y su familia estaban dando aviso de la próxima boda a sus parientes y amigos.

Ni fué menos penosa para el joven su primera entrevista con la señora Rodríguez.

—¿Quién habría creído —díjole esta señora— que usted me engañaba cuando me aseguró que no tenía la menor afición a Loreto? ¡De todas maneras, mil parabienes por el próximo enlace y que ustedes sean felices!

Trabajos y sudores tuvo el Marqués para explicar, o, más bien dicho, referir lo que pasaba, confiando a la señora el secreto de su desesperación y encargándole el mayor silencio. Ella alzó las manos en señal de admiración, sin poder tampoco explicarse lo acaecido. Conviniendo, sin embargo, en que semejante casamiento no podía ni debía efectuarse, aconsejó al joven que procurara tranquilizarse y escoger con toda calma el medio más prudente de salir de tan horrible atolladero.

No es de omitirse en mi narración la entrevista casual del Marqués con el Presidente su padrino, ni el recurso que éste propuso al ahijado para conjurar el conflicto. Halláronse en una reunión habida en Palacio y como el General notara la palidez y las ojeras del joven, díjole sin más rodeos:

—¿Qué tienes tú? Esa cara de pan crudo y esos ojos de azoramiento, acusan tus vigilias en las malditas logias escocesas que frecuentas y que, sin duda, conspiran contra la paz pública. La regeneración política y social de México estriba en...

Sabiendo por experiencia el Marqués que esta frase sacramental, en boca de su padrino, era el introito obligado de una peroración poco menos que interminable, llevóle a un rincón de la sala y le confió sus cuitas, pidiéndole consejo:

—¡Hola, mi amigo! la cosa es grave y yo en tu lugar, apelaría lisa y llanamente a la fuga. El mayor inconveniente que yo pulso para estas bodas es la igualdad de razas de los contrayentes. Tú conoces mis ideas sobre tal punto y sabes que, según ellas, nosotros los de sangre española debemos unirnos con las aborígenes, para que de esas uniones vaya resultando una raza especial y capaz de llevar a efecto la regeneración social y política de la República... Sobre todo, recordarás mi proyecto de matrimonio con una princesa indígena de Guatemala, poyecto que dió margen a las burletas y habladurías de los chaquetas como tú; pero que si se hubiese realizado... En resumen y abriendo aquí un paréntesis, te diré que, si el inconveniente de las razas no es bastante para hacer desistir a ese caballero de su propósito de casarte con su hija, ancho es el mundo y sabio el consejo de un predicador amigo mío: "El que pueda escaparse, que se escape". Existe, y debo creer que sin moradores, la cueva en que yo permanecí oculto y fuera del alcance de las garras de la tiranía en los primeros tiempos de nuestra guerra de independencia. De igual género es la lucha que tú vas a emprender con don Raimundo y su familia. Vas a pelear por tu independencia y libertad propias... ¡Pues a la cueva contigo y que te saquen de ella, si pueden, para casarte! Por penosa que sea la vida del anacoreta, es peor la del casado contra su voluntad. Conque, si te resuelves, te daré una carta para Zenobio, a fin de que te ponga en posesión de la cueva. Estoy casi seguro de que, a los ocho o diez años de habitarla... Mas, para entonces, la regeneración social y política de la República será un hecho práctico y tú nada

tendrás qué temer de la tiranía de tu presunto suegro. Cierro el paréntesis y voy a enseñarte el mandil de cuero que me ha regalado Mr. Poinsett, etc., etc.

Renegando del padrino y de sus ocurrencias, el Marqués se dirigió a la tertulia de la señora Rodríguez, donde llevaba muchas noches de no pesentarse. A reserva de tomar una resolución que le salvara, sintióse un momento atraído por la reunión, como suele uno sentirse atraído por el abismo.

Las bujías de esperma, reproducidas en anchas lunas venecianas, derramaban una claridad verdaderamente diurna sobre el aterciopelado cutis de las señoras, quienes no se pintaban en aquel tiempo. Distinguió el Marqués a Loreto y quedó deslumbrado ante su belleza que era, en realidad, sobresaliente; dirigióse a saludarla y ella le acogió con la inefable sonrisa de la prometida. ¡Oh, si no hablara en latín y no hiciera versos! La aldeana más sencilla y ruda, con tal que posea las dotes rigurosamente femeniles de la mujer, la ternura y el pudor, tiene más atractivos, es más mujer a los ojos de los hombres, que la marisabidilla mejor recortada sobre el glorioso patrón de las Staël y Sevigné. ¿Qué varón no se enorgullecería de llamar suya a una joven tan hermosa como Loreto, animada realización de los tipos soñados por Fidias y Praxiteles en la edad de oro de las artes? Mas, por otra parte, ¿quién oye con calma a la mejor disputa en el hogar doméstico, entre la canasta de costura y la olla del puchero, el *Quosque tandem* de Cicerón, de labios de las esposas enmarañadas y con las medias caídas?

Todas éstas y muchas más ideas revolvió en un instante la vivísima imaginación del Marqués, a quien se apresuraron

a ceder su asiento los petimetres que daban conversación a Loreto. No hubo en la tertulia quien no los reputara moralmente casados y quien no, en motivo de ello, felicitara al uno en presencia del otro y cuando el del Veneno, después de haber acompañado hasta la casa a don Raimundo, a la novia y a la suegra, dando el brazo a esta última, como es de rigor, se retiraba cabizbajo y meditabundo para su hogar de hombre solo, díjose, entrando en cuentas consigo mismo, que verdaderamente la reputación y la felicidad de aquella familia y su propio buen nombre, dependían de la boda y que para eludirla no le quedaba otro recurso que el suicidio o la fuga.

Cristiano viejo, rechazó como malo el pensamiento de poner fin a su existencia y hombre de corazón, reflexionó que la fuga no podía serle honrosa; si bien vista más de cerca la boda, empezó a creer que la idea de don Guadalupe de apelar a la cueva y enterrarse en ella en vida, no era del todo extravagante ni desacertada. No hallando consuelo ni esperanza de salvación en lo humano, acudió a más alta esfera, no sólo encomendándose de todo corazón a Dios, sino dando a su devoción las más raras formas que suele revestir entre las gentes piadosas menos ilustradas. Viósele, por ejemplo, tomando en jueves agua bendita de ambas fuentes de la iglesia de Santo Domingo, a un tiempo mismo; poner boca abajo a una imagen de San Antonio, y hasta danzar al son de castañuelas en algún claustro, delante de un lienzo que representaba a San Gonzalo de Amarante. Pero la Providencia no parecía poner mano en el asunto; el tiempo transcurría; los propietarios ofrecían sus casas vacías al novio mediante buena fianza; los almonederos le proponían muebles y

los vendedores de objetos para donas le asediaban. Era preciso obrar.

A todo esto, ni una entrevista había tenido aún con Loreto acerca del proyectado matrimonio; la familia y los amigos lo sabían y se explicaban tal conducta por medio de esta frase de estampilla: "Rarezas del Marqués".

Este, en una de sus muchas noches de insomnio y de cavilaciones, trazó y se resolvió a poner en práctica el siguiente plan: Un caballero como él, no podía dejar comprometidas y burladas ante la sociedad a una joven del mérito de Loreto, a una familia tan respetable como la de don Raimundo; en consecuencia, aceleraría el matrimonio y, cuando lo hubiera efectuado, procuraría amoldar a su esposa a sus propios gustos e ideas o amoldarse él a los de ella: si ni lo uno ni lo otro era posible, realizaría sus pocos bienes, aseguraría con su producto los medios más indispensables de subsistencia a su mujer y tomaría soleta hacia cualquiera de las otras partes del mundo. En último caso, la cueva de su padrino debía estar desocupada, y le ofrecía seguro asilo. Al levantarse al día siguiente, hubo de sentirse más tranquilo, sin duda por efecto de la resolución adoptada y con la energía nerviosa del condenado a muerte, que dice "vamos", y comienza a subir los escalones del patíbulo, propúsose ir inmediatamente a casa de don Raimundo (a quien llevaba ocho días de no ver) para arreglar con él y con su familia —a la que tampoco había visto en todo ese tiempo— los indispensables preparativos del matrimonio.

Tomaba con tal objeto sombrero y guantes, cuando oyó ruido y altercado de voces en el corredor de su propia casa

y, abriéndose violentamente la puerta de su recámara, penetró en ésta don Raimundo, de montera, en pechos de camisa, con el rostro pálido, los ojos desencajados y una torta de pan en la mano. Penetró, repito, y sin decir al Marqués otras palabras que éstas: "Me persiguen", corrió a esconderse bajo la cama, trémulo y fuera de sí.

Ver esto el joven, tomar una espada que tenía a la mano en un rincón y salir de la recámara al encuentro de los perseguidores de don Raimundo, fué obra de un instante.

Hallóse en la pieza contigua con Fabián, el criado de don Raimundo, casi tan viejo como éste y que traía consigo a dos cargadores, sin más armas que sus cordeles. Preguntando el Marqués a Fabián qué significaba aquello, el fiel servidor llevóle aparte y le dijo:

—Se ha salido de casa el amo, contra las prevenciones del médico y vengo a llevármelo, pues la señora y la niña no quieren que ande solo en las calles.

Sin comprender todavía el del Veneno jota de tal enigma, dirigió nuevas preguntas a Fabián y al cabo supo que don Raimundo, después de algunos días de estar dando indicios de enajenación mental, había acabado por correr y contaba ya media semana de encierro en su casa.

Explicóse entonces el Marqués la conducta de su presunto suegro hacia él y vislumbró alguna esperanza de salvación. Pero, movido de profunda lástima y sin detenerse a pensar en sus propios negocios, fué a persuadir al anciano de la conveniencia de que se retirara, acompañado de Fabián, lo que a duras penas logró.

En seguida se dirigió a la casa de la señora Rodríguez, quien recibióle con semblante afable y alegre.

—Iba a mandar llamar a usted —le dijo— porque tengo cosas muy importantes que comunicarle. Ya sabrá usted que el infeliz don Raimundo está loco de remate. Pues bien, Loreto y su mamá, después de haberse devanado los sesos en vano para explicarse cómo era que usted no les había chistado una sola palabra acerca del casamiento, de que sólo don Raimundo les hablaba, tan luego como advirtieron que el anciano estaba trastornado, comprendieron todo lo demás y yo las he confirmado en sus deducciones. No hay que decir si lo acaecido les causa mortificación poca o mucha, pues ya usted lo calculará; únicamente, cumpliendo el encargo que me confiaron, declaro a usted que le juzgan libre de todo compromiso y que, además, le agradecen vivamente la prudencia y caballerosidad con que se ha manejado en tan espinoso y desagradable asunto.

—Es que yo no sería capaz —exclamó impetuosamente el Marqués— de dejar a una familia como ésta en una posición ridícula. No, señora mía; puede usted decir a Loreto, que decididamente y contra todo viento y marea, me caso con ella y que esto ha de ser a la mayor brevedad.

—¡Marqués, no tiente usted a Dios de paciencia! Ya que se le abre una puerta, sálgase por ella sin volver atrás el rostro y dése por bien librado. Por otra parte, aunque Loreto mastica el latín y hace dísticos, no es tan zurda como usted cree, en esto de saberse conducir. Ha comprendido perfectamente su posición y su conveniencia y una sola ojeada le ha

bastado para atraerse a sus pies al comerciante en abarrotes, más rendido y enamorado que nunca.

—¡Cómo, señora! ¿Sería posible que Loreto?...

—Loreto se casa con Ledesma antes de ocho días.

¿Quién descifra el caos del corazón humano? El Marqués, que hacía un momento sentíase dichoso ante la sola idea del desbaratado matrimonio y de su propia libertad, sintióse contrariado y humillado al saber que Loreto le daba con tanta presteza su reemplazo. Pusiéronsele amarillas las pupilas, volviéronle los ataques de nervios y esto, sin duda, impidió que se echara a rondar la calle a Loreto como verdadero enamorado y que desafiara a muerte a Ledesma.

Tuvo lugar la boda y la sociedad mexicana, que nunca llegó a saber lo que había pasado bastidores adentro, habló durante un mes de las terribles calabazas dadas por Loreto al del Veneno. Este, pasado algún tiempo más, se calmó y hasta llegó a comprender el beneficio que la Providencia le había dispensado; con cuyo motivo costeó un novenario solemnísimo a Santa Rita de Casia, por atribuir a su intercesión tal beneficio.

Ocho o diez años después de estos sucesos, volví a ver al Marqués y conocí a Loreto. Hallé al primero cano, calvo, arrugado y desesperado de la mala suerte con que tropezaban todas sus pretensiones matrimoniales. La segunda estaba hermosísima de figura y, aunque todavía con algunos resabios de pedantismo, muy torpe ya en el manejo del latín y sin conato alguno de versificar. Ledesma había llegado a ser inmensamente rico, gozaba de la reputación de íntegro y há-

bil en los negocios y habiendo, por pura casualidad, conseguido unas hormas regulares para su calzado, no parecían tan descomunales ni escandalosos sus pies. Media docena de chicos, a quienes la madre, por más esfuerzos que impendía, no lograba hacer pronunciar la o, alegraban el hogar de tan feliz pareja y Ledesma, al montarlos en sus piernas y besarles la frente, exclamaba enternecido: "¡Tuditus a su abuelu!"



VII

CONCLUSION

Cuando el antiguo ayudante del general Victoria acabó de hablar, rayaban las primeras luces del alba. Las personas que constituían el auditorio del último narrador, profundamente dormidas, sólo despertaron al cesar el monótono rumor de la voz del viejo. Convencidos todos de que no se les proporcionaría otro vehículo, emprendieron a pie y con la fresca el camino de Puebla, adonde llegaron, cansados y mohinos, en la tarde.

Quisieron, por medio del procurador y a instigación suya, demandar al dueño del coche por daños y perjuicios; pe-

ro, habiendo ofrecido el segundo mejores gajes al primero, cambió de blanco el látigo y fueron acusados, el militar de haber quemado los restos del carruaje y golpeado al cochero y el farmacéutico y el almonedero de no haber tratado de impedir tales desmanes; en cuya culpa de omisión no resultaba cómplice el procurador, por impedirle el espíritu de su profesión —decía el mismo— todo acto de fuerza no decretado en autos.

El militar y sus dos compañeros de acusación, viéndose mal parados, tuvieron a bien salirse furtivamente de la ciudad, y demandado a su turno el dueño del coche por el procurador, para el pago de honorarios, vióse en la necesidad de vender las mulas y de adjudicarle su producto, por vía de transacción amistosa y equitativa.

¡El licenciado Retortillo conocía bien a Rascón!


LANCHITAS



El título puesto a la presente narración, no es el diminutivo de *lanchas,* como a primera vista ha podido figurarse el lector, sino —por más que de pronto se le resista creerlo— el diminutivo del apellido "Lanzas", que a principios de este siglo llevaba en México un sacerdote, muy conocido en casi todos los círculos de nuestra sociedad. Nombrábasele con tal derivado, no sabemos si simplemente en señal de cariño y confianza, o si también en parte por lo pequeño de su estatura; mas sea que militaran entrambas causas juntas, o aislada alguna de ellas, casi seguro es que las dominaba la sencillez pueril del personaje, a quien, por su carácter, se aplicaba generalmente la frase vulgar de "no ha perdido la

gracia del bautismo". Y, como por algún defecto de la organización de su lengua, daba a la *t* y a la *c*, en ciertos casos, el sonido de la *ch*, convinieron sus amigos y conocidos en llamarle "Lanchitas", a ciencia y paciencia suya; exponiéndose de allí a poco los que quisieran designarle con su verdadero nombre, a malgastar tiempo y saliva.

¿Quién no ha oído alguno de tantos cuentos, más o menos salados, en que Lanchitas funge de protagonista y que la tradición oral va trasmitiendo a la nueva generación? Algunos me hicieron reír más de veinte años ha, cuando acaso aun vivía el personaje, sin que las preocupaciones y agitaciones de mi malhadada carrera de periodista me dejaran tiempo ni humor de procurar su conocimiento. Hoy que, por dicha, no tengo que ilustrar o rectificar o lisonjear la opinión pública y que por desdicha voy envejeciendo a grandes pasos, qué de veces al seguir en el humo de mi cigarro, en el silencio de mi alcoba, el curso de las ideas y de los sucesos que me visitaron en la juventud, se me ha presentado en la especie de linterna mágica de la imaginación, Lanchitas, tal como me le describieron sus coetáneos, limpio, manso y sencillo de corazón, envuelto en sus hábitos clericales, avanzando por esas calles de Dios con la cabeza siempre descubierta y los ojos en el suelo: no dejando asomar en sus pláticas y exhortaciones la erudición de Fenelón, ni la elocuencia de Bossuet; pero pronto a todas horas del día y de la noche a socorrer una necesidad, a prodigar los auxilios de su ministerio a los moribundos y a enjugar las lágrimas de la viuda y del huérfano: y en materia de humildad, sin término de

comparación, pues no le hay, ciertamente, para la humildad de Lanchitas.

Y, sin embargo, me dicen que no siempre fué así; que si no recibió del cielo un talento de primer orden, ni una voluntad firme y altiva, era hombre medianamente resuelto y despejado y por demás estudioso e investigador. En una época en que la fe y el culto católico no se hallaban a discusión en estas comarcas y en que el ejercicio del sacerdocio era relativamente fácil y tranquilo, bastaban la pureza de costumbres, la observancia de la disciplina eclesiástica, el ordinario conocimiento de las ciencias sagradas y morales y un juicio recto, para captarse el aprecio del clero y el respeto y la estimación de la sociedad. Pero Lanzas, ávido de saber, no se había dado por satisfecho con la instrucción seminarista y en los ratos que el desempeño de sus obligaciones de capellán le dejaba libres, profundizaba las investigaciones teológicas, y, con autorización de sus prelados, seguía curiosamente las controversias entabladas en Europa, entre adversarios y defensores del catolicismo; no siéndole extrañas ni las burla de Voltaire, ni la aberraciones de Rousseau, ni las abstracciones de Spinoza; ni las refutaciones victoriosas que provocaron en su tiempo. Quizá hasta se haya dedicado al estudio de las ciencias naturales, después de ejercitarse en el de las lenguas antiguas y modernas; todo en el límite que la escasez de maestros y de libros permitía aquí a principios del siglo. Y este hombre, superior en conocimientos a la mayor parte de los clérigos de su tiempo, consultado a veces por obispos y oidores, y considerado, acaso, como un pozo de ciencia por el vulgo, cierra o quema repentinamente

sus libros; responde a las consultas con la risa de la infancia o del idiotismo; no vuelve a cubrirse la cabeza ni a levantar del suelo sus ojos y se convierte en personaje de broma para los chicos y para los desocupados. Por rara y peregrina que haya sido la transformación, fué real y efectiva y he aquí cómo, del respetable Lanzas, resultó Lanchitas, el pobre clérigo que se me aparece entre las nubes de humo de mi cigarro.

No ha muchos meses, pedía yo noticias de él a una persona ilustrada y formal, que le trató con cierta intimidad; y, como acababa de figurar en nuestra conversación el tema del espiritismo, hoy en boga, mi interlocutor me tomó del brazo y, sacándome de la reunión de amigos en que estábamos, me refirió una anécdota más rara todavía que la transformación de Lanchitas y que acaso la explique. Para dejar consignada tal anécdota, trazo estas líneas, sin meterme a calificarla. Al cabo, si es absurda, vivimos bajo el pleno reinado de lo absurdo.

No recuerdo el día, el mes, ni el año del suceso, ni si mi interlocutor los señaló; sólo entiendo que se refería a la época de 1820 a 30; y en lo que no me cabe duda es en que se trataba del principio de una noche oscura, fría y lluviosa, como suelen serlo las de invierno. El Padre Lanzas tenía ajustada una partida de malilla o tresillo con algunos amigos suyos, por el rumbo de Santa Catalina Mártir; y, terminados sus quehaceres del día, iba del centro de la ciudad a reunírseles esa noche, cuando, a corta distancia de la casa en que tenía lugar la modesta tertulia, alcanzóle una mujer del

pueblo, ya entrada en años y miserablemente vestida, quien, besándole la mano, le dijo:

—¡Padrecito! ¡Una confesión! Por amor de Dios, véngase conmigo su merced, pues el caso no admite espera.

Trató de informarse el Padre si se había o no acudido previamente a la parroquia respectiva en solicitud de los auxilios espirituales que se le pedían; pero la mujer, con frase breve y enérgica, le contestó que el interesado pretendía que él precisamente le confesara, y que si se malograba el momento, pesaría sobre la conciencia del sacerdote; a lo cual éste no dió más respuesta que echar a andar detrás de la vieja.

Recorrieron en toda su longitud una calle de Poniente a Oriente, mal alumbrada y fangosa, yendo a salir cerca del Apartado y de allí tomaron hacia el Norte, hasta torcer a mano derecha y detenerse en una miserable accesoria del callejón del Padre Lecuona. La puerta del cuartucho estaba nada más entornada, y empujándola simplemente, la mujer penetró en la habitación llevando al padre Lanzas de una de las extremidades del manteo. En el rincón más amplio y sobre una estera sucia y medio desbaratada, estaba el paciente, cubierto con una frazada; a corta distancia, una vela de sebo puesta sobre un jarro boca abajo en el suelo, daba su escasa luz a toda la pieza, enteramente desamueblada y con las paredes llenas de telarañas. Por terrible que sea el cuadro más acabado de la indigencia, no daría idea del desmantelamiento, desaseo y lobreguez de tal habitación, en que la voz humana parecía apagarse antes de sonar, y cuyo piso

de tierra exhalaba el hedor especial de los sitios que carecen de la menor ventilación.

Cuando el Padre, tomando la vela, se acercó al paciente y levantó con suavidad la frazada que le ocultaba por completo, descubrióse una cabeza huesosa y enjuta, amarrada con un pañuelo amarillento y a trechos roto. Los ojos del hombre estaban cerrados y notablemente hundidos y la piel de su rostro y de sus manos, cruzadas sobre el pecho, aparentaba la sequedad y rigidez de la de las momias.

—¡Pero este hombre está muerto! — exclamó el Padre Lanzas dirigiéndose a la vieja.

—Se va a confesar, Padrecito — respondió la mujer, quitándole la vela, que fué a poner en el rincón más distante de la pieza, quedando casi a oscuras el resto de ella; y al mismo tiempo el hombre, como si quisiera demostrar la verdad de las palabras de la mujer, se incorporó en su petate y comenzó a recitar en voz cavernosa, pero suficientemente inteligible, el *Confiteor Deo.*

Tengo que abrir aquí un paréntesis a mi narración, pues el digno sacerdote jamás a alma nacida refirió la extraña y probablemente horrible confesión que aquella noche le hicieron. De algunas alusiones y medias palabras suyas se infiere que al comenzar su relato el penitente, se refería a fechas tan remotas, que el Padre, creyéndole difuso o divagado y comprendiendo que no había tiempo que perder, le excitó a concretarse a lo que importaba; que a poco entendió que aquél se daba por muerto de muchos años atrás, en circunstancias violentas que no le habían permitido descargar su conciencia como había acostumbrado pedirlo diariamente

a Dios, aun en el olvido casi total de sus deberes y en el seno de los vicios y quizá hasta del crimen; y que por permisión divina lo hacía en aquel momento, viniendo de la eternidad para volver a ella inmediatamente. Acostumbrado Lanzas, en el largo ejercicio de su ministerio, a los delirios y extravagancias de los febricitantes y de los locos, no hizo mayor aprecio de tales declaraciones, juzgándolas efecto del extravío anormal o inveterado de la razón del enfermo; contentándose con exhortarle al arrepentimiento y explicarle lo grave del trance a que estaba orillado y con absolverle bajo las condiciones necesarias, supuesta la perturbación mental de que le consideraba dominado. Al pronunciar las últimas palabras del rezo, notó que el hombre había vuelto a acostarse; que la vieja no estaba ya en el cuarto y que la vela, a punto de consumirse por completo, despedía sus últimas luces. Llegando él a la puerta, que permanecía entornada, quedó la pieza en profunda oscuridad; y, aunque al salir atrajo con suavidad la hoja entreabierta, cerróse ésta de firme, como si de adentro la hubieran empujado. El Padre, que contaba con hallar a la mujer de la parte de afuera y con recomendarle el cuidado del moribundo y que volviera a llamarle a él mismo, aun a deshora, si advertía que recobraba aquél la razón, desconcertóse al no verla; esperóla en vano durante algunos minutos; quiso volver a entrar en la accesoria, sin conseguirlo, por haber quedado cerrada, como de firme, la puerta; y, apretando en la calle la oscuridad y la lluvia, decidióse, al fin, a alejarse, proponiéndose efectuar, al siguiente día muy temprano, nueva visita.

Sus compañeros de malilla o tresillo le recibieron amistosa y cordialmente, aunque no sin reprocharle su tardanza. La hora de la cita había, en efecto, pasado ya con mucho y Lanzas, sabiéndolo o sospechándolo, había venido aprisa y estaba sudando. Echó mano al bolsillo en busca del pañuelo para limpiarse la frente, y no le halló. No se trataba de un pañuelo cualquiera, sino de la obra acabadísima de alguna de sus hijas espirituales más consideradas de él; finísima batista con las iniciales del Padre, primorosamente bordadas en blanco, entre laureles y trinitarias de gusto más o menos monjil. Prevalido de su confianza en la casa, llamó al criado, le dió las señas de la accesoria en que seguramente había dejado el pañuelo, y le despachó en su busca, satisfecho de que se le presentara así, ocasión de tener nuevas noticias del enfermo y de aplacar la inquietud en que él mismo había quedado a su respecto. Y con la fruición que produce en una noche fría y lluviosa, llegar de la calle a una pieza abrigada y bien alumbrada y hallarse en amistosa compañía cerca de una mesa espaciosa, a punto de comenzar el juego que por espacio de más de veinte años nos ha entretenido una o dos horas cada noche, repantigóse nuestro Lanzas en uno de esos sillones de vaqueta que se hallaban frecuentemente en las celdas de los monjes y que yo prefiero al más pulido asiento de brocatel o terciopelo y encendiendo un buen cigarro habano y arrojando bocanadas de humo aromático, al colocar sus cartas en la mano izquierda en forma de abanico y como si no hiciera más que continuar en voz alta el hilo de sus reflexiones relativas al penitente a quien acababa de oír, dijo a sus compañeros de tresillo:

—¿Han leído ustedes la comedia de don Pedro Calderón de la Barca, intitulada "La Devoción de la Cruz?'

Alguno de los comensales la conocía y recordó al vuelo las principales peripecias del galán noble y valiente, al par que corrompido, especie de Tenorio de su época, que, muerto a hierro, obtiene por efecto de su constante devoción a la sagrada insignia del cristiano, el raro privilegio de confesarse momentos u horas después de haber cesado de vivir. Recordando lo cual, Lanzas prosiguió diciendo, en tono entre grave y festivo:

—No se puede negar que el pensamiento del drama de Calderón es altamente religioso, no obstante que algunas de sus escenas causarían positivo escándalo hasta en los tristes días que alcanzamos. Mas, para que se vea que las obras de imaginación suelen causar daño efectivo aun con lo poco de bueno que contengan, les diré que acabo de confesar a un infeliz, que no pasó de artesano en sus buenos tiempos; que apenas sabía leer y que, indudablemente, había leído o visto "La Devoción de la Cruz", puesto que, en las divagaciones de su razón, creía reproducido en sí mismo el milagro del drama...

—¿Cómo, cómo? —exclamaron los comensales de Lanzas, mostrando repentino interés.

—Como ustedes lo oyen, amigos míos. Uno de los mayores obstáculos con que, en los tiempos de ilustración que corren, se tropieza en el confesonario, es el deplorable efecto de las lecturas, aun de aquellas que a primera vista no es posible calificar de nocivas. No pocas veces me he encontrado, bajo la piel de beatas compungidas y feas, con animosas Ca-

sandras y tiernas y remilgadas Atalas; algunos delincuentes honrados, a la manera del de Jovellanos, han recibido de mi mano la absolución y en el carácter de muchos hombres sesudos, he advertido fuertes conatos de imitación de las fechorías del "Periquillo", de Lizardi. Pero ninguno tan preocupado ni porfiado como mi último penitente; loco, loco de remate. ¡Lástima de alma, que a vueltas de un verdadero arrepentimiento, se está en sus trece de que hace quién sabe cuántos años dejó el mundo y que por altos juicios de Dios... ¡Vamos! ¡Lo del protagonista del drama consabido! Juego...

En estos momentos se presentó el criado de la casa, diciendo al Padre que en vano había llamado durante media hora en la puerta de la accesoria; habiéndose acercado, al fin, el sereno, a avisarle caritativamente que la tal pieza y las contiguas, llevaban mucho tiempo de estar vacías, lo cual le constaba perfectamente, por razón de su oficio y de vivir en la misma calle.

Con extrañeza oyó esto el Padre y los comensales que, según he dicho, habían ya tomado interés en su aventura, dirigiéronle nuevas preguntas, mirándose unos a otros. Daba la casualidad de hallarse entre ellos nada menos que el dueño de las accesorias, quien declaró que, efectivamente, así éstas como la casa toda a que pertenecían, llevaban cuatro años de vacías y cerradas, a consecuencia de estar pendiente en los tribunales un pleito en que se le disputaba la propiedad de la finca y no haber querido él, entretanto, hacer las reparaciones indispensables para arrendarlas. Indudablemente Lanzas se había equivocado respecto de la localidad por

él visitada y cuyas señas, sin embargo, correspondían con toda exactitud a la finca cerrada y en pleito; a menos que, a excusas del propietario, se hubiera cometido el abuso de abrir y ocupar la accesoria, defraudándole su renta. Interesados igualmente, aunque por motivos diversos, el dueño de la casa y el Padre en salir de dudas, convinieron esa noche en reunirse a otro día temprano, para ir juntos a reconocer la accesoria.

Aun no eran las ocho de la mañana siguiente, cuando llegaron a su puerta, no sólo bien cerrada, sino mostrando entre las hojas y el marco, y en el ojo de la llave, telarañas y polvo que daban la seguridad material de no haber sido abierta en algunos años. El propietario llamó sobre esto la atención del Padre, quien retrocedió hasta el principio del callejón, volviendo a recorrer cuidadosamente y guiándose por sus recuerdos de la noche anterior, la distancia que mediaba desde la esquina hasta el cuartucho, a cuya puerta se detuvo nuevamente, asegurando con toda formalidad ser la misma por donde había entrado a confesar al enfermo, a menos que, como éste, no hubiera perdido el juicio. A creerlo así se iba inclinando el propietario, al ver la inquietud y hasta la angustia con que Lanzas examinaba la puerta y la calle ratificándose en sus afirmaciones y suplicando hiciese abrir la accesoria a fin de registrarla por dentro.

Llevaron allí un manojo de llaves viejas, tomadas de orín, y probando algunas, después de haber sido necesario desembarazar de tierra y telarañas, por medio de clavo o estaca, el agujero de la cerradura, se abrió al fin la puerta, saliendo por ella el aire malsano y apestoso a humedad que Lanzas

había aspirado allí la noche anterior. Penetraron en el cuarto nuestro clérigo y el dueño de la finca y a pesar de su obscuridad, pudieron notar desde luego, que estaba enteramente deshabitado y sin mueble ni rastro alguno de inquilinos. Disponíase el dueño a salir, invitando a Lanzas a seguirle o precederle, cuando éste, renuente a convencerse de que había simplemente soñando lo de la confesión, se dirigió al ángulo del cuarto en que recordaba haber estado el enfermo y halló en el suelo y cerca del rincón, su pañuelo, que la escasísima luz de la pieza no le había dejado ver antes. Recogióle con profunda ansiedad y corrió hacia la puerta para examinarle a toda la claridad del día. Era el suyo y las marcas bordadas no le dejaban duda alguna. Inundados en sudor su semblante y sus manos, clavó en el propietario de la finca los ojos, que el terror parecía hacer salir de sus órbitas; se guardó el pañuelo en el bolsillo, descubrióse la cabeza y salió a la calle con el sombrero en la mano, delante del propietario, quien, después de haber cerrado la puerta y entregado a su dependiente el manojo de llaves, echó a andar al lado del Padre, preguntándole con cierta impaciencia:

—Pero, ¿y cómo se explica usted lo acaecido?

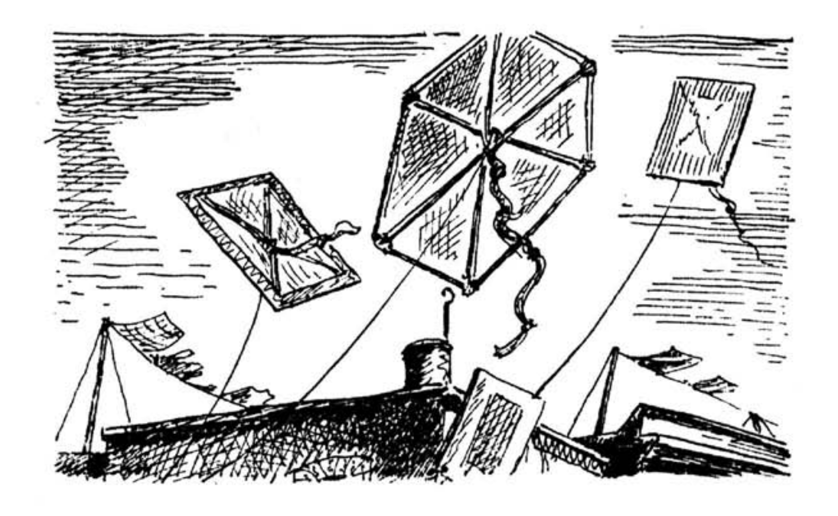
Lanzas le vió con señales de extrañeza, como si no hubiera comprendido la pregunta y siguió caminando con la cabeza descubierta a sombra y a sol, y no se la volvió a cubrir desde aquel punto. Cuando alguien le interrogaba sobre semejante rareza, contestaba con risa de idiota y llevándose la diestra al bolsillo, para cerciorarse de que tenía consigo el pañuelo. Con infatigable constancia siguió desempeñando las tareas más modestas del ministerio sacerdotal, dando seña-

lada preferencia a las que más en contacto le ponían con los pobres y los niños, a quienes mucho se asemejaba en sus conversaciones y en sus gustos. ¿Tenía, acaso, presente el pasaje de la Sagrada Escritura relativo a los párvulos? Jamás se le vió volver a dar el menor indicio de enojo o de impaciencia; y si en las calles era casual o intencionalmente atropellado o vejado, continuaba su camino con la vista en el suelo y moviendo sus labios como si orara. Así le suelo contemplar todavía en el silencio de mi alcoba, entre las nubes de humo de mi cigarro, y me pregunto si a los ojos de Dios no era Lanchitas más sabio que Lanzas y si los que nos reímos con la narración de sus excentricidades y simplezas, no estamos, en realidad, más trascordados que el pobre clérigo.

Diré, por vía de apéndice, que poco después de su muerte, al reconstruir alguna de las casas del callejón del Padre Lecuona, extrajeron del muro más grueso de una pieza, que ignoro si sería la consabida accesoria, el esqueleto de un hombre que parecía haber sido emparedado mucho tiempo antes y a cuyo esqueleto se dió sepultura con las debidas formalidades.

COMBATES EN EL AIRE

Narración de un viejo



I

Comienza octubre y está ya soplando el viento del norte. Cierra la ventana, manda calentar mis pantuflas y haz comprar más franela. ¡Maldito viento!

Y pensar que cuando yo era muchacho —cuánto ha llovido desde entonces— el norte me entonaba y robustecía y me sacaba de quicio en materia de alborozo. Con él soñaba, y cuando a media noche oía sus primeros resuellos y bufidos en los árboles de la huerta y en los techos de la casa, aquella música me mantenía despierto hasta el amanecer.

Pero no creas tú que aquel norte es como éste, que se llama tal por el rumbo de donde viene y por la frialdad que esparce, y que no es capaz de levantar un petate ni de alegrar

sino a reumas y boticarios. El norte aquél viene desde La Florida o El Labrador, barre el Golfo de México empujando hacia la sonda de Campeche los buques, o metiéndolos con olas y todo a las calles de Veracruz; e internándose en las pendientes de la zona entre la costa y la Mesa Central, ruge como toro irritado, dobla o troncha árboles, se lleva las tejas de los techos como si fueran hojas secas y echa al suelo a los hombres mal parados. Tal es el verdadero norte, que aquí no se conoce más que de oídas.

Al amanecer acudía yo al rincón favorito que ocupaba el papalote... ¿Por qué me miras con extrañeza? Papalote es entre nosotros, y no papelote, lo que los españoles llaman cometa, los franceses *cerf-volant* y *kite* los británicos y anglosajones: papalote es, por venir de la palabra azteca *papalotl,* que significa mariposa. Recogíale yo y examinaba sus varas, papel o lienzo, y frenillos, madeja de hilo, de cáñamo o de acarreto, y rabo o cola; y empuñando todo ello, me lanzaba a la calle o al patio o a la azotea, y por espacio de tres o cuatro horas me engolfaba en el sport papalotero, de cuyos goces y emociones no tienen idea sino quienes le han practicado en aquellos rumbos. Lo que yo hacía, hacían también todos los muchachos de mi edad, los jóvenes y hasta los hombres graves. De serlo se preciaban mi buen padre, mi maestro Martínez, el guardián de San Francisco y algunos otros vecinos; y, sin embargo, se juntaban en la calle desierta en que vivíamos y se entregaban a la diversión, sin curarse de cuanto no fuera ella.

Los preliminares de tal diversión trataban de la manufactura del papalote. Los más usados, o eran paralelogramos

o pandorgas de papel o lienzo, según su tamaño e importancia, con el marco o las varas que en su interior se cruzaban hechos de una caña consistente y flexible llamada otate, con rezumbas de tripa o pergamino o trapo en sus extremidades alta y baja, ligeramente combadas: o llevaban el nombre y la forma de cubos, con sólo tres varillas cruzadas y un fleco ancho del mismo papel o lienzo a derecha e izquierda. Unos y otros solían lucir los colores de nuestra bandera o figuras de moros y cristianos, aves y cuadrúpedos. Los rabos o colas eran larguísimos y formados de tiras de paño u otras telas, de mayor a menor, introducidas de través en la cuerda que remataba en borla; a la mitad de la cuerda solían ir las navajas, terribles en la lucha entre uno y otro papalote; eran dos navajas de gallo, afiladísimas, salientes de los flancos de un mango central de madera y con las cuales el poseedor cortaba el hilo del contrario, que abandonado así a su propia suerte en alas del viento iba dando vueltas y tumbos en el aire hasta caer a considerable distancia. La noche no ponía fin a tales ejercicios; y había correos o linternas de papel, pendientes de una rueda grande de cartón, por el centro agujereado de la cual se hacía pasar el hilo del papalote, y que, empujadas por el viento, iban a dar hasta el frenillo y se mecían en lo alto, conservando encendidas sus velas.

II

Tenía yo ocho o diez años y un temperamento poético que me asociaba a los grandes espectáculos de la Naturaleza y a todos los seres animados e inanimados, y que acaso me habría más tarde hecho célebre si el pensamiento y la música internos hallaran instrumento adecuado para expresarse. Por falta de instrumentos de tal especie escasean tanto los Homeros y Shakespeares. Sea de esto lo que fuere, la verdad es que yo me consideraba predestinado a grandes cosas. Entusiasmábanme la música y la pintura, y me sentía inclinado a la vida militar. Tenía soldados de plomo, piececitas de artillería, de bronce, y castillos de armar y desarmar, de madera. Cuando en los collados cercanos arremetía con palo o espada contra zarzas o matorrales, me soñaba conquistador. Cuando en mis soledades recitaba ante vacas y borregos trocitos aprendidos de los discursos cívicos de septiembre, me figuraba orador, y los bramidos y balidos de mi auditorio se me antojaban aplauso inteligente de un público ilustradísimo. La tempestad y el huracán excitaban mis nervios, y el menor charco tomaba para mí las proporciones del Ponto Euxino.

Con tales disposiciones, nada extraño es que en días de norte si no me entregaba yo mismo activamente al sport, pasara las horas muertas contemplando los centenares de papalotes que poblaban el aire, siguiendo con positivo interés sus evoluciones y combates, y experimentando simpatías y antipatías respecto de tales o cuales contendientes. Prestábales formas y pasiones humanas, y hasta convertíalos en determinados semejantes míos que solían preocuparme así en sueños como despierto.

Un vecino de ronca voz, duro ceño y fama de hombre de malas pulgas, estaba para mí representado en un gran papalote paralelogramo o pandorga de poderosamente bramadora rezumba, y que cada día de norte echaba, como si dijéramos a pique, ocho o diez malaventurados cubos, siendo el terror de todos los muchachos de mi barrio. Era de lienzo vuelto casi negro en fuerza de soles y lluvias; su extensa cola se retorcía y azotaba como una gran serpiente, y solía doblarse en su medianía al peso de grandes y brilladoras navajas. Sus roncos y continuados bramidos se oían de extremo a extremo de la ciudad, y eran para mí el lenguaje del perdonavidas.

Habría yo podido jurar que decía:

Soy todo ira; vengo del Norte;
Negra es mi sangre; duro mi porte:
Siembro el espanto doquiera voy.
Señor del aire, rival no tengo;
Exijo parias, agravios vengo:

Cual toro bravo rugiendo estoy.
Si de ponerse de mí delante
Algún imbécil tiene el desplante,
Le corto el rabo, lo dejo rengo
Para que entienda que el amo soy.

Hasta solía yo quitar de él la vista por el terror que me causaba.

¿Qué te parece que representó para mí un cubillo elegante, airoso y meneador que del lado de Oriente se pavoneaba con ínfulas de princesa? Pues habíale yo convertido nada menos que en cierta polla de frente a casa, bonita si las hay, altiva y desdeñosa de mi admiración e inclinación de párvulo, y verdadera desesperación de sus adoradores todos, según las palabras que yo pescaba de las conversaciones de la gente grande en las noches de invierno. Muy cierto es que el cubillo femenino, con el rumor de sus flecos de papel azotados del viento, se dejaba decir entre uno y otro meneo de su rabo:

Rayo en los quince, y mi vistoso arreo
Osos llama cual moscas a la miel:
Mi dueño no ha de ser pobre ni feo,
Y mi sumiso esclavo ha de ser él.
Rabiarán las comadres envidiosas
De marido y de trajes y beldad,
Y al verse ellas entecas y sarnosas
Cuando yo encorde y triunfe. ¿No es verdad?
Gatos nocturnos que arañáis mis rejas,
Hinchadas niñas y pintadas viejas,
¡Paso a la que triunfó! ¡Rabiad! ¡Rabiad!

Frío me quedaba yo al oír tales cosas, cuando de buena gana habría engrosado la hueste de los gatos, si de mi casa me dejaran salir de noche.

Pero aun más frío me dejaba el modo de discurrir de un cubo de agudas extremidades y de rapidísimo movimiento; de un cubo viejo y destartalado, de pocas barbas y de aspecto burlón, y que tenía pintado un mono por más señas. Veía yo en tal habitante del aire el recaudador de contribuciones, hombre escéptico y de lengua de víbora, a quien todos tenían más miedo que al cólera. El tal cubo parecía, con el murmullo de sus barbas, prorrumpir en el monólogo siguiente:

Yo de chirumen soy algo romo:
Me llaman Tuno; mi padre es Momo.
Valiente y polla me causan risa:
Alegre vivo si trufas como,
O si no tengo pan ni camisa.
Inquieto y móvil soy con exceso,
Porque a mi rabo le falta peso.
Ni fuego fatuo, ni sol que irradie,
Con alborozo ni asombro vi.
Nadie hace caso de mí,
Ni yo hago caso de nadie.

Mal se avenía con mis ilusiones poéticas este modo de pensar y de hablar. Bajaba yo la vista, y cómo la volvía a alzar a los papalotes, recibía tres golpes de gracia, en vez de uno, oyendo estos nuevos agasajos:

De la vecina desdeñosa:

No así la rienda sueltes al deseo:
Marido no tendré pobre ni feo.

Del viejo burlón:

Mozuelo botarate,
Correrás si te suenan un petate.

Del perdonavidas:

Logra llegar a ser un mozo listo
Y verás cómo rujo cual te embisto.
Hoy por desprecio y lástima te absuelvo;
Mas si doy sobre ti, polvo te vuelvo.

Oído todo lo cual, solía yo ir a encerrarme en mi cuarto, con la firme resolución de hacerme anacoreta.

III

Vino a levantar algo mi ánimo el resultado de un combate que formó época en los anales del sport, y de cuyos pormenores no te haré gracia, por serme todavía tan grato como terrible su recuerdo. No te duermas: óyeme.

Mi maestro Martínez, con ayuda de los demás de nuestro círculo, había construído un grande y elegante cubo de madapolán grueso, de un metro y medio de altura, con parches o fuerzas de paño negro en las extremidades y el centro de su armazón de varas, y una cola de orillas de paño de Segovia, larga y flexible. Carecía el cubo de las barbas o el fleco que usaban otros, lo cual se avenía con su estilo severo y le daba, en concepto mío, la apariencia de un personaje altivo y grave, recién afeitado. Cuando poníamos la última mano a la obra, cierta mañana en el corredor de la casa, las hojas de las plantas yacían inmóviles; el cielo estaba aborregado, y en el silencio reinante en las ciudades de provincia, oíamos ladridos lejanos y el ruido todavía más lejano de la diligencia que llegaba de México. "Va a hacer norte", dijo el guardián, arremangándose los hábitos, y un instante después, la primera ráfaga invadía jardín y corredores, sacudiendo ro-

sales y plantas, y levantando sobre sus argollas los cuadros colgados en la pared. Cogimos papalote, rabo y madeja de hilo; salimos a la calle, donde inmediatamente se nos reunieron muchachos y hombres: el más comedido o entusiasta llevó el cubo a cien pasos de distancia, y Martínez, que tenía el hilo, llamó con vigoroso movimiento de brazos, y el futuro habitante de las alturas, entre los bufidos del aquilón, ascendió recta y airosamente sobre techos y torres, arrancando a los aficionados un grito de admiración y de júbilo. Diéronmele a tener y no podía yo con él, pues su fuerza era capaz de llevarse a un hombre. Se le soltó más y más cuerda, y bajo el cielo despejado y azul, parecía la blanca vela de un bote en el mar, y el rey de todos los semejantes suyos que a mayor o menor distancia, le saludaban con el movimiento de sus rabos, en señal de respeto.

En esto oyóse un bramido como de toro, y, negro y amenazador, el consabido paralelogramo o pandorga perdonavidas, apareció en el aire, más soberbio que nunca, mirando con malísimos ojos al inesperado rival, y aprestándose a destriparle cuando menos. De una pieza nos quedamos los del círculo, porque con el ansia y la prisa de estrenar el cubo se nos había olvidado ponerle las navajas.

Bajarle ahora, armarle, tendría de pronto las apariencias de arriar bandera, a lo cual no se avino Martínez. Por el contrario, fiando en su propia pericia, se dispuso desde luego a la defensa con la intención de arrimar el hilo de nuestro cubo a la extremidad superior del rabo del enemigo, lo cual solía dar por resultado que papalote y cola formaran ángulo agudo

montados en la cuerda agresora, y el primero descendiera de cabeza hacia el suelo.

Las operaciones todas de ataque y defensa obedecían a una táctica especial, cuyo conocimiento y práctica no se adquirían como quiera. Fuertes eran en ellas los rectores en el presente caso, y así lo probaron.

El perdonavidas se corrió hacia el norte, para venir a caer casi perpendicularmente, al serle soltado más hilo, sobre el del cubo, y cortarle al ascender de nuevo con toda la fuerza posible.

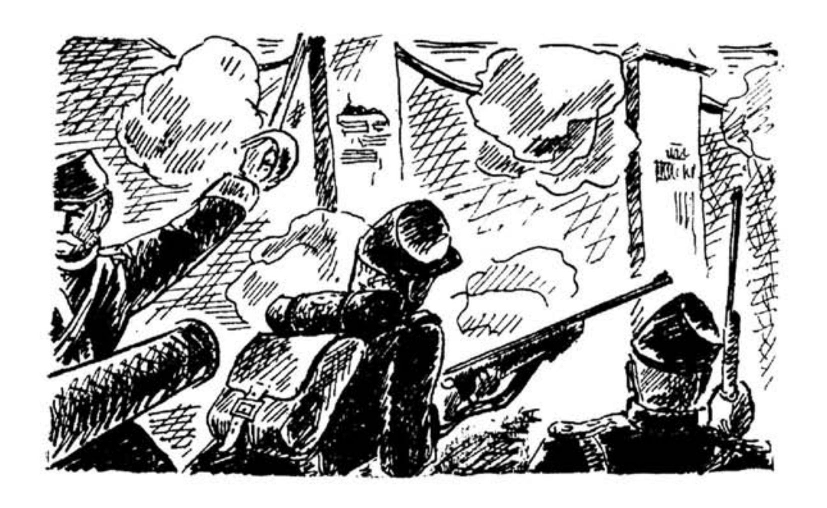
Una y dos y tres veces trató de hacerlo y fué burlado con soltar también nosotros hilo al cubo, en el momento decisivo. Pero subiendo y mugiendo, el contrario se aproximó mucho más, aprovechando alguna ráfaga favorable, y, a punto ya de cortarnos, fué preciso rifar el todo. Al rozar su rabo como un alfange damasquino nuestra cuerda, la atirantó Martínez y le imprimió súbito y recio movimiento, contra la cola misma del adversario, haciéndola doblar con papalote y todo. Este, al descender de cabeza, cortó al cubo que, suelto y azotándose en el vacío como una boa, fué a caer a más de un cuarto de legua. Pero el agresor debía caer también, e ignominiosamente por cierto. Acostado y doblado por la zancadilla del hilo de su víctima, no pudo recobrar su actitud ordinaria, y como la vara de un cohete muerto, cayó, casi verticalmente hasta el suelo, viniendo a dar al centro de nuestro corro, donde se le declaró buena presa.

¡A cuántos orgullosos he visto dar así en tierra en el curso de la vida real, desde el rincón a que me trajeron mis inclinaciones subsiguientes, y acaso también la timidez y co-

bardía que el cubo satírico me echaba en cara! Y, a propósito de éste y de los demás papalotes que hablaban, y de las personas a quienes me figuraba representadas en ellos, vas a ver lo que suelen ser las coincidencias, casualidades y extravagancias del mundo. Pocos días después del combate, al verdadero perdonavidas le hundían el sombrero; y la polla remilgada, convaleciente de viruelas malignas, se casaba con el recaudador de contribuciones, acabado de salir de unos ejercicios espirituales.

DISCURSO

Pronunciado en la sesión que en honor de don Manuel E. de Gorostiza celebró el Liceo Hidalgo, el 17 de enero de 1876



Señores:

Honrado por esta sociedad literaria con el encargo de hablarle de la vida y las obras de don Manuel Eduardo de Gorostiza en la presente reunión que consagra a glorificar su memoria, he debido aceptarle por simpatía y admiración a nuestro poeta dramático, no menos que para mostrarme agradecido a una distinción que me halaga. Y si me preocupa a ratos el temor de que mis ideas y apreciaciones puedan no ser compartidas de la generalidad de los concurrentes, en seguida me inspira confianza la reflexión de que al nombrarme el Liceo su orador, me adelantó en ello prenda segura de la benevolencia con que ha de oírme. Y aun me infunde más

ánimo la firme convicción de que toda discordancia ha de confundirse, y de que nuestro entusiasmo y nuestra voz han de ser unos al reconocer el mérito de Gorostiza y al saludarle entre los hijos más ilustres de México.

Si sobre él, como sobre casi todos sus compañeros, han pesado, más que la losa del sepulcro, la indiferencia y el olvido resultantes de nuestras agitaciones y angustias, la luz de su memoria empieza a surgir; la nueva generación literaria, ávida de enseñanza y modelos, al evocar a los más distinguidos de sus progenitores, solicita noticias y detalles del Bretón nacional; y el impulso que en realidad se está hoy dando aquí al teatro, hace oportuno y útil el estudio, siquiera sea rápido, de sus obras.

Creería yo, pues, haber cumplido con mi encargo, si en frase sobria, para no abusar de vuestra bondad, ni del tiempo, lograra referiros los rasgos más notables de la vida de Gorostiza, y daros idea de sus principales producciones dramáticas, deduciendo de sus calidades y del contraste entre la escuela que él siguió y la romántica posterior, algunas consideraciones que, a ser exactas y útiles, podrían cooperar al adelantamiento de nuestra literatura en el ramo a que me contraigo. Tal es mi intento, y voy a procurar realizarle, aunque con pocas esperanzas de conseguirlo.

MANUEL EDUARDO DE GOROSTIZA

I

Gorostiza nació en nuestro puerto de Veracruz el 13 de octubre de 1789, de una familia española distinguida, cuyo jefe, el general don Pedro de Gorostiza, vino a la Nueva España con el segundo Conde de Revillagigedo, de quien era pariente o amigo, a encargarse del mando civil y militar de aquella plaza. Su madre, doña María del Rosario Cepeda, contaba entre sus ascendientes a Santa Teresa de Jesús, y había heredado su ingenio y afición al estudio, de que dió buenas pruebas en Cádiz. Muerto don Pedro en 1794, la viuda regresó a Madrid con tres hijos, siendo nacidos en España don Francisco, en quien debía recaer el mayorazgo, y don Pedro Angel, después matemático notable y a quien como literato elogia don Eugenio de Ochoa en el "Tesoro del Teatro Español". El menor, nuestro don Manuel, habiendo recogido el primero los bienes patrimoniales y abrazado el segundo la carrera de las armas, fué destinado a la Iglesia y emprendió los estudios necesarios. Si aprovechólos, como después lo demostró, la vocación sacerdotal no le vino, y con ayuda de sus hermanos, pajes de la familia real a la sa-

zón, obtuvo plaza de cadete, presentándose a la madre el día menos pensado con uniforme militar en vez de hábitos.

La invasión francesa le halló listo a la defensa de la que entonces era su patria, como la invasión norteamericana le había de hallar muchos años después entre los más distinguidos defensores de su tierra natal. Era capitán de granaderos en 1808; batióse contra los franceses, derramando a ocasiones su propia sangre, y ya coronel, y cambiadas las circunstancias públicas, abandonó las armas en 1814 para entregarse a las letras. Ya en 1821 había escrito y hecho presentar en Madrid sus primeras comedias "Indulgencias para todos", "Tal para cual", "Las costumbres de antaño" y "Don Dieguito"; pero el torbellino de la política habíale envuelto en su tromba. El odio a los invasores no le preservó del virus de la revolución francesa, y la actitud y las leyes de las Cortes de Cádiz tuviéronle de admirador y partidario. Ni era fácil, supuestas las ideas dominantes, cuya filiación española databa del reinado de Carlos III, que un joven de su carácter e inclinaciones dejara de formar en el bando de los Martínez de la Rosa, Alcalá Galiano y Quintana, y a que en esfera menos activa pertenecían hasta hombres que, como Gómez Hermosilla y Moratín, aceptaron el gobierno efímero de José Bonaparte. Gorostiza llevó a la política la actividad y fogosidad de su carácter y de sus verdes años; y el príncipe que había asombrado al mundo con los rasgos de su deslealtad filial en Aranjuez, de su humillación y bajeza en Valencey, y de su versatilidad, falsedad y crueldad en el trono, al recobrar el poder absoluto y enviar a los presidios de Africa a los más ilustres ministros y consejeros de su período constitu-

cional, no podía haberse olvidado del fecundo y entusiasta orador liberal de la Fontana de Oro. Proscrito don Manuel Eduardo y confiscados sus bienes, salió de España, recorriendo diversas capitales europeas, y deteniéndose algún tiempo en Londres, donde residían otros muchos emigrados españoles.

Compartió con ellos las penalidades y escaseces del destierro, tanto más duro para él cuanto que tenía que atender a familia propia, pues se había casado en Madrid con doña Juana Castilla y Portugal. Las letras, que sólo por afición cultivó antes, fuéronle ahora recurso eficaz de subsistencia. Escribía en periódicos sobre materias varias, y especialmente contra el absolutismo dominante en España. En 1822 había publicado en París su "Teatro original", con las comedias que acabo de citar y que aparecieron dedicadas a Moratín; y tres años después, imprimió en Bruselas su "Teatro escogido", en que de la edición anterior sólo reprodujo "Indulgencia para todos" y "Don Dieguito", presentando como nuevas piezas "El jugador" y "El amigo íntimo" y poniendo al frente su retrato, que es el generalmente conocido y que no da idea de la vivacidad y animación de su gesto.

Entretanto, México había realizado su independencia, y siguiendo la propensión que en su adolescencia acompaña a los pueblos como a los individuos, de llamar la atención ajena y crearse relaciones de que se prometen grandes bienes, trataba de hacerse presentar dignamente en el exterior, y por medio de sus agentes invitó a Gorostiza a encargarse de importantes comisiones diplomáticas. A consecuencia de ello, nuestro representante en Londres, don José Mariano de Mi-

chelena, en julio de 1824 dirigió al Gobierno un ocurso de Gorostiza ofreciendo sus servicios a México; y antes de terminar el año, se le encargó una misión confidencial en Holanda. Su familia, que había quedado en Madrid, se le reunió después en Bruselas, de donde en 1829 pasó don Manuel de Encargado de Negocios a Londres. De esta última corte, y siendo ya Ministro Plenipotenciario, después de la caída de Carlos X, fué dos veces a París con el carácter de Enviado Extraordinario, logrando ajustar nuestro primer tratado de amistad y comercio con Francia. Tuvo, además, misión confidencial de la administración de Bustamante para arreglar el reconocimiento de nuestra independencia por España, de que se desistió en virtud de sus informes; había estado, asimismo, con carácter diplomático en Berlín, y para apreciar el resultado general de sus gestiones, bastará recordar que él negoció casi todos nuestros primeros tratados con potencias extranjeras. Por entonces escribió e imprimió en Londres su obra dramática más notable a mi juicio, "Contigo pan y cebolla"; refundió "Las costumbres de antaño", y dió a luz una "Cartilla política", que acaso aun más que sus servicios diplomáticos le ganaría la voluntad de nuestros hombres de 1833.

Vino en ese año con su familia a México, hallando desde Veracruz cordial y entusiasta recibimiento; y supuesto su positivo mérito y lo avanzado de sus ideas liberales, nada extraño fué verle aquí nombrado bibliotecario nacional y síndico del Ayuntamiento, ni que la administración de Gómez Farías le hiciera miembro de la Dirección General de Instrucción Pública, en que figuraban Rodríguez Puebla, Quintana

Roo y algunos otros personajes, y que, como es sabido, llegó a ser una especie de consejo privado en que se discutieron y resolvieron las más graves cuestiones políticas de la época. El historiador Mora, Ercilla de esta nueva Araucana, habla de la aquiescencia de Gorostiza respecto de las medidas dictadas en materias eclesiásticas, y de la parte activa que tomó en el plan de secularización de la enseñanza y en la formación de la biblioteca; pero de su animado e instructivo relato de aquellos días terribles en que se proscribían en masa los partidos, nada se deduce en menoscabo de los humanos sentimientos del autor de "Indulgencia para todos", ajeno a los odios y a las persecuciones personales que anublaban el horizonte; y en cuanto a sus ideas y tendencias políticas, si las ensalzara perdería yo todo derecho a vuestro aprecio.

Cambiaron los tiempos; pero, puestas ya en relieve las altas dotes de nuestro don Manuel Eduardo, siguió desempeñando a intervalos papel notable en la administración pública, ya como consejero, ya como ministro de Relaciones o de Hacienda, cuyas secretarías tuvo diversas veces a su cargo; ya, en fin, como plenipotenciario en el arreglo de las cuestiones que en 1838 provocaron la guerra con Francia. Infatigable en su actividad, la consagraba ora a la instrucción general y a la de los niños de la Casa de Corrección, cuyo establecimiento fué objeto particular de sus desvelos; ora al teatro, cuyo afición jamás le faltó, y a que dió impulso por todos los medios posibles, haciendo venir, en mucha parte a su costa, la primera compañía de ópera, y constituyéndose empresario del Principal, para cuyo fomento refundió y tra-

dujo multitud de piezas extranjeras, entre ellas la "Emilia Galotti", obra de bastante mérito, del dramaturgo alemán Lessing. Aun debía figurar, sin embargo, en escenario más importante y noble, y sus últimos años nos ofrecen hechos merecedores de eterna recordación y que vinieron a coronar dignamente una vida empleada casi toda en el servicio de su patria. Refiérome a su misión diplomática en los Estados Unidos y a la parte que tomó en 1847 en la defensa del territorio nacional.

La política norteamericana, después de preparar y fomentar la rebelión de Tejas, aspiraba no sólo a la absorción de nuestro Estado, sino a la sanción de este último acto de parte de la nación despojada. Importaba aclarar lo misterioso de sus procedimientos, exigir la reparación posible, y gestionar, sobre todo, la observancia de los tratados y de las leyes internacionales, y a tal fin pasó Gorostiza a Washington de Enviado Extraordinario, a tiempo que el ejército nacional invadía a Tejas. El sistema de negociaciones y evasivas empleado al principio por nuestros vecinos, fué desapareciendo ante nuestros reveses militares para dar lugar a dudas y suposiciones y asertos aventuradísimos respecto de límites territoriales y de las cláusulas mismas de los tratados existentes. Cuanto el exacto conocimiento de éstos y de los hechos históricos en que se fundaban; cuanto la razón, la buena fe y la energía pueden inspirar en defensa de una causa justa, otro tanto resalta en las notas de Gorostiza al Departamento de Estado. Pero su noble empeño se estrelló ante miras y resoluciones irrevocablemente adoptadas de antemano, cuya práctica se fué desarrollando en seguida a costa nuestra, y

cuyo juicio tiene ya pronunciado la Historia. En medio de una paz, al menos aparente entre ambos pueblos, la violación del territorio mexicano con la ocupación de Nacogdoches so pretexto de impedir las incursiones de los bárbaros, hizo a nuestro enviado pedir su pasaporte y regresar a México, dando por terminada su misión. Años después, la agresión ganó en tamaño y en franqueza. Tras las batallas de Palo Alto y La Resaca, la toma de Monterrey, la jornada gloriosa aunque estéril de La Angostura, la ocupación de Tampico, la rendición de la humeante y heroica Veracruz y el tremendo desastre de Cerro Gordo, el cañón norteamericano tronó en el valle mismo de México, y un pueblo vencido ya en cien combates, pero conservando el ánimo sereno que heredó de sus dos razas progenitoras, se agrupó en torno de sus banderas destrozadas a defender la capital de la República. El diplomático ilustre que había sostenido en Washington la causa de la justicia, la causa nacional, quiso pelear por ella como soldado, aspirando a sellar con su propia sangre sus palabras y sus escritos. Levantó y organizó un batallón de artesanos, denominado de "Bravos", y cuando los restos del brillante cuerpo de ejército debelado en Padierna retirábase en confusión ante las bayonetas del vencedor, el anciano de cerca de sesenta años, fuerte y valeroso y resuelto como en días de su juventud, se apostaba a la cabeza de sus guardias nacionales en el convento de Churubusco, deteniendo el paso al enemigo hasta quemar el último cartucho y recibirle impávido con los brazos descansando sobre las armas. Si la gloria humana no es sueño, Gorostiza alcanzóla ese día, re-

cibiendo sus palmas en el respeto y la admiración de sus adversarios.

Tal fué el último rasgo de su vida pública, y en la privada comenzó desde entonces a gustar el cáliz de amargura que tarde o temprano llevamos todos a los labios en el huerto del mundo. La muerte de una hija suya, las quiebras mercantiles que acabaron con su modesta fortuna, la ingratitud de los gobiernos; todas esas nieblas frías que traen consigo sobre la frente del hombre los vientos de la adversidad al doblarle como frágil caña hacia la tierra que ha de recibir sus despojos, quebrantaron su ánimo, debilitaron su físico y recibido en un ataque cerebral el golpe de gracia, rindió el alma al Creador el 23 de octubre de 1851, en Tacubaya.

Dos meses después tuvo lugar su apoteosis en nuestro Teatro Nacional, colocándose su busto en el antepecho de uno de los palcos inmediatos al escenario; y de los poetas que recitaron allí composiciones en honor suyo, sólo dos viven. En Madrid, donde la fama literaria de Gorostiza iba unida a la de Moratín, hubo demostraciones de sentimiento por su muerte; posteriormente acá y allá, indiferencia y olvido. Aún no tenemos una edición mexicana de sus obras completas, casi del todo desconocidas para la generación actual. Pero, repito, la luz de su memoria vuelve a surgir en nuestro horizonte; se acaba de fundar aquí con su nombre una sociedad dramática, y la reunión a que asistimos atestigua el aprecio que le conservan los amigos de las letras. Parte no poco importante de este homenaje tiene que ser la breve reseña de sus principales obras.

NOTICIAS PERSONALES Y DOMESTICAS

II

En los apuntes biográficos acerca de don Manuel Eduardo de Gorostiza, publicados en época anterior, se nota desacuerdo respecto del mes y año de su nacimiento. El compilador del "Tesoro del teatro español" y don Miguel Lerdo de Tejada en sus "Apuntes históricos de la ciudad de Veracruz" le fijan el 13 de noviembre de 1790; mientras el mismo Gorostiza, en su ocurso al Gobierno mexicano, asienta haber nacido el 13 de octubre de 1789, cuya fecha siguió don Florencio María del Castillo en su artículo necrológico. Aunque el aserto del interesado bastaba por sí solo a resolver toda duda, acudí a los registros parroquiales de Veracruz y obtuve la siguiente copia de su partida de bautismo:

"Vicaría foránea de Veracruz.—A fojas 50 vuelta.—Partida.—Manuel María del Pilar Eduardo Gorostiza.—En la ciudad de la Nueva Veracruz en trece días del mes de octubre de mil setecientos ochenta y nueve: Yo, el Dr. José María Laso de la Vega, cura propio por S. M. en esta Iglesia Parroquial, título la Asunción de Nuestra Señora, Vicario foráneo y Juez eclesiástico.—Certifico que con mi anuencia

el señor Dr. D. Juan Gregorio Monge, Vicario Castrense y Examinador sinodal de este Obispado, bautizó solemnemente a Manuel María del Pilar Eduardo, niño del mismo día nacido, hijo legítimo del señor Brigadier D. Pedro Fernández de Gorostiza, Inspector general de las tropas del Reino de Nueva España y Gobernador actual de esta plaza; y de la señora Doña María del Rosario Cepeda, Regidora honoraria de la ciudad de Cádiz; españoles.—Fué su padrino D. Félix de Cepeda, Alférez de navío de la Real Armada, a quien advertí el parentesco espiritual y la obligación de enseñar la doctrina cristiana a su ahijado. Y lo firmé.—Dr. José María Laso de la Vega".

El anterior documento consigna la alta posición del padre de Gorostiza; mas para formarse idea de la importancia de su cargo, hay que recordar que en la época colonial el puerto de Veracruz era reputado llave única de la Nueva España, y que el nombramiento de los gobernadores de dicha plaza y de la fortaleza de Ulúa —subordinado el segundo al primero— se hacía directamente por el rey, recayendo siempre en personas ameritadas y de absoluta confianza. Las facultades del de Veracruz, restringidas anteriormente al mando de las tropas de la plaza y del castillo en lo militar, y en lo civil a las que tuvieron los corregidores; desde 1787, al establecerse las intendencias de provincia, se hicieron extensivas a la provincia toda, ejerciéndose, además, en los ramos de hacienda, policía y buen gobierno.

Desempeñaba tal cargo el Mariscal de Campo don Bernardo Troncoso, cuando en junio de 1789 llegó la noticia de haber sido nombrado don Pedro Fernández de Gorostiza pa-

ra sucederle y encargarse de la subinspección del ejército de Nueva España; recibiendo al mismo tiempo Troncoso el nombramiento de Presidente de la Real Audiencia de Guatemala. El 8 de agosto siguiente llegó en el navío de guerra "San Ramón" el nuevo Virrey don Juan Vicente Güemes y Horcasitas, Conde de Revillagigedo, viniendo en compañía suya el nuevo Gobernador de Veracruz, Gorostiza, ligado con aquél por relaciones de amistad y aun por parentesco. Bajaron a tierra a las cinco de la tarde del 9, saliendo a recibirlos el Gobernador interino, don Miguel del Corral, quien hizo entrega de las llaves de la ciudad al virrey. No dejarían de aumentar en favor del nuevo Gobernador la consideración y el respeto de sus subordinados, así la intimidad con que le trataba el virrey, como el rasgo de severidad de éste, que, al presentársele alguno de los jefes de la guarnición llevando el bastón bajo el brazo, se le hizo tomar en la mano. Gorostiza recibió el despacho de Mariscal de Campo en enero de 1790, y bajo su administración tuvo lugar la solemne proclamación de Carlos IV, se establecieron buques guardacostas para perseguir a los contrabandistas y piratas en el Golfo de México, y se dió principio a la obra de introducción de las aguas del río de Jamapa a Veracruz.

La esposa de don Pedro y madre de don Manuel Eduardo, se llamaba doña María del Rosario Cepeda, como se ha visto en la fe de bautismo del hijo, y se daba por descendiente de Santa Teresa de Jesús (que llevaba el mismo apellido), comprobándolo con los papeles de su casa. "Fué, dice el compilador del 'Tesoro del teatro español', señora de extraordinario mérito, y tanto, que a la temprana edad de doce años

la concedió la ciudad de Cádiz, su patria, honores de regidora perpetua, de resultas de unos exámenes públicos en que se distinguió singularmente. Hemos hecho mención de esta circunstancia que nos ha sido comunicada juntamente con estos ligeros apuntes por don Pedro Angel Gorostiza, hermano del poeta don Manuel Eduardo, y poeta también muy apreciable, como una prueba más sobre las muchas que ofrece nuestra historia literaria de que hay familias privilegiadas en que el talento es hereditario".

Hasta aquí lo que acerca de tal señora sabíamos en México; pero el erudito don Joaquín García Icazbalceta me ha proporcionado la obra intitulada "Memorias para la Biografía y Bibliografía de la isla de Cádiz", escrita en 1829 por don Nicolás María de Cambiaso; y en la página 79 del tomo I hallo los siguientes curiosísimos detalles:

"María del Rosario Cepeda, hija de un regidor perpetuo de Cádiz y del Orden de Calatrava, llamado D. Francisco y Dª Isabel Ruiz, que la dió á luz en 10 de Enero de 1756. En 768 sostuvo unos actos literarios en público, en los que peroró en griego, latín, italiano, francés y castellano, dando exacta razón de sus respectivas gramáticas, y respondiendo á más de trescientas preguntas que se le hicieron de diferentes épocas de la historia. Recitó una oda de Anacreonte, tradujo una fábula de Esopo, y prosiguió en otro día explicando los elementos de Euclides en que se acreditó su claro entendimiento y singular ingenio, siendo sólo de edad de doce años y medio. Fué muy aplaudido su lucimiento. Diez y ocho distinguidos sujetos escribieron sobre este asunto, loando á esta señorita, de cuyos papeles se formó un volumen que se im-

primió en Cádiz, en el mismo año de 1768: alguna adulación se nota en ellos. El ayuntamiento de su patria la nombró por su regidora honoraria con gages. Se desposó con el General Gorostiza. En desempeño de la confianza que mereció la Sociedad Económica de Madrid al Rey, para que eligiese algunas señoras que por sus circunstancias fueran acreedoras á ser admitidas en ella, la nombró este cuerpo tan benemérito entre las catorce primeras en 1787. Falleció en Madrid en 16 de Octubre de 1816 á los setenta y un años. Escribió una 'Memoria' sobre las 'casas de expósitos' que tiene mérito. En el catálogo de la librería de Sancha se publica una 'Oración' que pronunció en la citada Sociedad en junta pública de 15 de Enero de 1797 'en elogio de la Reina'. Y en las Guías de forasteros de Madrid desde 1797 á 1808 se la ve de censora, vicesecretaria y secretaria de la junta de damas unidas á la Sociedad Matritense".

Es de creerse que fuera hermano o, por lo menos, pariente de la señora el don Félix de Cepeda, alférez de navío que tuvo en la fuente bautismal a don Manuel Eduardo, de quien equivocadamente asentó don Miguel Lerdo de Tejada que había sido padrino el Conde de Revillagigedo.

Para terminar las noticias relativas a los padres de Gorostiza, inserto aquí las siguientes, tomadas del "Diario curioso de México, de 14 de agosto de 1776 a 26 de junio de 1798, por don José Gómez, cabo de alabarderos", contenido en el tomo séptimo de la primera serie de "Documentos para la Historia de México", impreso en 1854, y las cuales me ha señalado el señor García Icazbalceta:

"El día primero de marzo de 1790 entró en esta ciudad el señor inspector don Pedro Gorostiza, gobernador que era de Veracruz".

"El día 19 de septiembre de 1790, pasó revista de inspector en la plazuela de San Juan al regimiento urbano del comercio, el señor inspector don Pedro Gorostiza".

"El día 28 de este mes y 29 (marzo de 1793, jueves y viernes santo) se puso en la catedral la jaula, o sea cuatro celosías en que asistían a las funciones las señoras virreinas, para que la ocupase la esposa del señor inspector don Pedro Gorostiza".

"El 5 de este mes (octubre de 1793) festividad del Santísimo Rosario y cumpleaños de la inspectora, se dió un banquete en palacio, y en el coliseo se representó la comedia intitulada 'Mudanzas de la fortuna y finezas del amor' ".

"El día 8 de noviembre de 1794 murió en Veracruz el señor gobernador, intendente e inspector don Pedro Gorostiza".

La vida de Gorostiza, hijo, hasta los días en que abrazó la ciudadanía mexicana, está resumida por él mismo en el siguiente ocurso que dirigió a nuestro Gobierno:

"Serenísimo Señor: Nací en Veracruz el 13 de octubre de 1789, donde mi padre se hallaba a la sazón de Gobernador, y donde yace enterrado. Vine a España de edad de cuatro años, y apenas alcancé la prevenida por la Ordenanza, entré a servir como cadete. Capitán ya de granaderos cuando la invasión francesa, hice en seguida una gran parte de la guerra de la Independencia, y creo que con alguna distinción. Tuve, sin embargo, que retirarme al cabo; porque ni heridas ni la

endeblez de mi constitución física, me permitieron continuar un ejercicio tan activo. Desde entonces ni he tenido otro carácter público, ni lo he solicitado. Sin embargo, he sido bastante dichoso para haber podido, desde mi rincón, servir la causa de la libertad europea, ya como mero ciudadano, ya como escritor. Debo también a entrambas circunstancias la honra de que se me haya proscrito en mi patria adoptiva, y de que se me haya confiscado cuanto tenía. Creo, señor, que V. A. habrá adivinado desde luego el por qué me he creído obligado a importunar su atención con unas menudencias tan insignificantes como lo son, en efecto, cuantas tengan relación conmigo. Ausente treinta y un años hace de mi verdadera patria, y sin contar en ella ni un pariente, ni un amigo, ni una pulgada de arraigo, ¿podía yo ser tan neciamente vano que me figurara bastar sólo el que yo me firmase en esta exposición para que V. A. supiese quién se la dirigía? No, señor; no creo que vale tanto mi obscuro nombre, y por eso, y únicamente por eso, me he atrevido a entrar en aquellos detalles. Mexicano, pues, y rotos hoy los vínculos que me ligaban a la que fué cuna de mis padres, mi deber y mis principios juntamente me impelen a ofrecer a la República, por medio de V. A. mi homenaje y mis estériles votos, aunque ardentísimos, por su futura prosperidad. Dígnese V. A. admitirlos. Nada pido, porque, no habiendo podido hasta ahora emplearme en nada en servicio de mi patria, a nada tengo derecho. Pero si ella cree que mis débiles talentos pueden serla de alguna utilidad, disponga de ellos y de mi vida como guste. No me ha quedado ya otra cosa que ofrecer en sus aras. Tampoco puedo hacer menos. Nuestro Señor guarde a V. A. mu-

chos años. Londres, 10 de julio de 1824.—Serenísimo Señor. Firmado.—Manuel Eduardo de Gorostiza".

La nota con que envió el anterior ocurso nuestro representante en Londres, dice:

"Legación Mexicana cerca de S. M. B.—Número 33.—Excmo. Señor.—Tengo el honor de incluir a V. E., una solicitud de don Manuel Eduardo de Gorostiza dirigida a nuestro Supremo Gobierno. El es una persona bastante conocida de V. E. y, aunque, siendo mexicano, sólo se ha considerado hasta aquí como español, cuya patria adoptó desde su infancia, y en consecuencia no ha sido útil en nada a la América, como él mismo confiesa francamente en su manifestación, sus conocidos talentos y literatura creo que serían muy útiles a México si se le proporcionase, como desea, ocasiones de acreditarle su adhesión; mucho más, desvanecidos todos los principios que pudieran inclinarle al país en que pasó hasta aquí los primeros días de su vida. Dígnese V. E. dar cuenta al Gobierno con este negocio para la resolución que estime justa y conveniente al bien de la nación.—Dios y Libertad. Londres, 25 de julio de 1824.—Excmo. Sr. Firmado.—José Mariano de Michelena.—Excmo. Señor Secretario de Estado y del Despacho de Relaciones Exteriores de la República Mexicana".

Aunque de los anteriores documentos parece resultar que Gorostiza solicitó entrar al servicio de México, también se cree que había sido previamente invitado a ello, por nuestros agentes diplomáticos en Europa y que su ocurso fué una simple fórmula que había necesidad de llenar tratándose de la apertura de relaciones entre un particular y un gobierno.

Alguna de las frases de la comunicación de Michelena a nuestro Ministro de Relaciones ("El es una persona bastante conocida de V. E.") parece venir en apoyo de tal versión.

Gorostiza, que llegó al país en 1833, desembarcando en Veracruz el 25 de julio, se había casado en Madrid con doña Juana Castilla y Portugal, de familia española distinguida; acérrima carlista, y cuyo jefe fué casado seis veces y tuvo cuarenta y dos hijos, siendo la menor de ellos doña Juana. Del matrimonio de don Manuel nacieron doña Luisa, la mayor de sus hijos, en Caen (Francia), don Eduardo en Cahors (Francia), doña Rosario en Madrid, y don Vicente, el menor, en Bruselas. Unas relaciones de doña Luisa con cierto joven español de buena cuna y brillantes cualidades, pero emigrado y sin recursos para establecerse, inspiraron a Gorostiza su comedia "Contigo pan y cebolla" con que hizo desistir a su hija de un casamiento que él no aprobaba. La expresada doña Luisa falleció en México en los días de la invasión norteamericana; la viuda de don Manuel falleció hace cuatro o cinco años en Tacubaya; don Eduardo, doña Rosario y don Vicente viven aún. Debo estos y algunos otros detalles a don Eduardo, que ha seguido la carrera diplomática, habiéndola comenzado en Londres al lado de su padre: estuvo empleado en nuestras legaciones en casi todas las cortes europeas, y fué encargado de negocios en Madrid de 1846 a 1853 en que regresó a la República. Sus propios méritos, aun sin tener en cuenta los de su padre, deberían hacer que fuesen hoy utilizados sus servicios.

Aunque feo y sumamente cargado de espaldas, era Gorostiza de afable y simpático aspecto, y oigo decir que en su

juventud se daba algún aire a Martínez de la Rosa. Los únicos retratos suyos conservados aquí, son el grabado puesto al frente de la edición de una parte de sus obras dramáticas en Bruselas, y el busto en yeso colocado en el Teatro Nacional desde la función de su apoteosis. Del grabado hicieron copiar unos comerciantes de Londres el retrato que vino en mascadas antes de la llegada de don Manuel Eduardo a México. En Madrid vaciaron otro busto que envió aquí el hijo don Eduardo, y que llegó enteramente roto. En cuanto a su carácter, era recto y noble por confesión de sus mismos adversarios; de un levantado y sereno valor dejó brillantes pruebas; era padre del chiste en sus conversaciones, lo mismo que en sus escritos; trataba con paternal bondad y especial cariño a los jóvenes que se dedicaban a las letras: desprendidísimo respecto de intereses, partió los suyos con la oficialidad de su batallón, prisionero después de la acción de Churubusco, y de la caridad que ardía en su pecho da idea el establecimiento de la Casa de Corrección, de que hablaré más detenidamente en otro capítulo.

SERVICIOS DIPLOMATICOS

III

La primera misión que desempeñó Gorostiza, fué la de agente privado cerca del Gobierno de Holanda o los Países Bajos, y le fué encargada por nuestro Ministro en Londres, señor Michelena, a quien el Gobierno mexicano había contestado la nota inserta en mi anterior capítulo, admitiendo los servicios de don Manuel Eduardo y mandando que se le proveyese de lo necesario para los gastos de transporte: dicha misión le fué confiada en septiembre de 1824 y consistía en observar el país, y según sus disposiciones respecto de México, abrir o no relaciones con él. No sólo desempeñó fielmente su cometido, sino que con aquel carácter desde luego y posteriormente en puesto más alto, entró en comunicaciones con los demás Estados continentales e hizo viajes a ellos, obteniendo sus pasos la celebración del tratado con los Países Bajos y el nombramiento de agentes comerciales de Prusia y de Hamburgo. El mismo señor Michelena le nombró en 18 de mayo de 1825 Cónsul General interino en Holanda, cuyo cargo sirvió sin perjuicio de las demás comisiones que le estaban confiadas. En 12 de febrero de 1826 se le nombró En-

cargado de Negocios de la República cerca del Rey de los Países Bajos, siendo aprobado por el Senado tal nombramiento el 2 de marzo, y remitiéndosele el diploma por conducto del señor Rocafuerte, el 12 de mayo del mismo año. Desde septiembre siguiente unió por nombramiento del Gobierno las funciones de Cónsul General a las de Encargado de Negocios en los mismos Países Bajos. Por último, el 24 de septiembre de 1829 fué recibido en Londres con el carácter de Encargado de Negocios cerca de S. M. B.

Si en este último puesto prestó sus más importantes servicios abriendo y formalizando las relaciones de México con otras de las principales potencias europeas, ya desde sus primeras misiones había dado patentes pruebas de eficacia, tacto y desinterés. Hablando del buen resultado de sus pasos en Holanda, con cuyo Gobierno se había entrado ya en relaciones, decía Michelena en comunicación de 27 de octubre de 1824: "Parte del buen éxito de la negociación se debe a la habilidad del Agente que es don Manuel E. de Gorostiza, nativo de Veracruz, sujeto muy conocido por sus principios liberales, muy acreditado por su honrosa conducta y muy distinguido en el mundo literario por sus obras dramáticas. Víctima de la facción antisocial de Fernando que oprime a la triste España, fugó de la Península y buscó un asilo en Inglaterra. A mi llegada a Londres se me presentó como un mexicano descarriado que deseaba regresar al regazo de su patria; me entregó una representación para el Supremo Poder Ejecutivo que dirigí a V. E. con fecha 25 de julio en oficio número 63. Por su tenor se puede conocer la pureza de sus intenciones. Se presenta ante el tribunal de su patria con

todo el candor de una alma generosa; reconoce que hasta ahora no ha hecho nada en favor de la causa de la independencia americana, aunque siempre ha sido en Europa un ilustre campeón de la libertad. Esta noble confesión que sólo sabe hacer un hombre de honor y de ilustración, es una garantía para sus futuros servicios, que pueden ser de suma importancia a la República. Conociendo, pues, su mérito personal y su ardiente deseo de acreditar su celo a nuestro Gobierno, resolví confiarle el delicado encargo de ir a Holanda con el objeto de observar el país y según su disposición, abrir nuestras relaciones". Y en nota de 6 de marzo de 1825, agregaba: "No debo omitir recomendar a V. E. de nuevo el mérito que ha contraído D. Manuel E. de Gorostiza en cuantos encargos le he conferido, especialmente en éste. El ha sabido conducirlo al cabo según mis instrucciones, se ha procurado en Holanda muchos y buenos amigos que han contribuído notablemente a lo mismo, y también lo aprecian en lo personal por sus talentos y su conducta. He dicho a V. E. que pensaba dejarlo allí para que no se adormiesen las comunicaciones y para que estuviese pronto a cualquier comisión como la que ha desempeñado en Prusia y Hamburgo". Respecto de su desinterés, decía el mismo señor Michelena: "En las dificultades pecuniarias en que me hallo y de que he dado parte a V. E. en todos los oficios en que hablo del señor Migoni, no he podido asignar al señor Gorostiza sino la pequeña suma de cien pesos mensuales, con los cuales es casi imposible vivir en un país tan caro como lo es Holanda"; y en carta número 133, de 6 de mayo de 1825, volvía a hablar de la negociación con Holanda, encareciendo el buen resultado de la misión de

Gorostiza y el mérito que había contraído en cuantos negocios le fueron confiados y avisando que le había aumentado cincuenta pesos de sueldo; a lo que el Gobierno contestó en 13 de julio siguiente, que aprobaba lo hecho; que se dieran a Gorostiza las gracias por sus buenos servicios y que ya se discutiría lo relativo a los sueldos que debería ganar. A principios de 1826 se recibieron aquí informes de que Gorostiza, atenido a un sueldo de ciento cincuenta pesos mensuales, con numerosa familia, y lleno de compromisos y angustias no desmayaba un punto en sus tareas; habiendo prestado en el período de los dos últimos años muy interesantes servicios que dieron a poco por resultado los tratados de comercio y amistad con los Países Bajos y Dinamarca, así como la iniciación de relaciones con Prusia; en virtud de todo lo cual se le señaló el sueldo de cuatro mil pesos anuales desde 19 de agosto de 1826.

Entrando en algunos detalles acerca de su misión en los Países Bajos, diré que no habiendo recibido el diploma ni la carta que debía presentar a aquel Gobierno para acreditar su encargo, se dirigió a la residencia real en La Haya el 14 de agosto (1826) y exhibió simplemente su nombramiento, no habiendo sido reconocido de un modo oficial sino el 7 de mayo de 1827. El primer tratado de amistad, navegación y comercio entre México y aquella nación se firmó en Londres el 15 de junio del mismo año por los Plenipotenciarios respectivos, siendo aprobado por nuestro Congreso el 21 de diciembre, ratificado por el Gobierno el 24 del mismo mes y publicado aquí el 16 de junio de 1828. En el período de fines de 1824, o sea el principio de su carrera diplomática, a 1829,

había logrado Gorostiza la celebración de dicho tratado, y dejar entabladas las relaciones con Dinamarca e iniciadas las de Prusia.

En 4 de junio de este último año, fué nombrado Encargado de Negocios cerca de S. M. B. a quien se presentó el 4 de septiembre siguiente, según ya dije. El 25 de agosto de 1830 se le nombró Ministro Plenipotenciario en la misma corte de Londres, y se le facultó para que con tal carácter arreglara con las naciones de Europa los tratados de amistad, navegación y comercio que creyera conveniente. A consecuencia de esta autorización negoció y firmó en Londres nuestros tratados de amistad y comercio con el Rey de Prusia el 16 de febrero de 1831; con el Rey de Sajonia el 4 de octubre del mismo año, y con las Ciudades Anseáticas de Lubeck, Bremen y Hamburgo, el 7 de abril de 1832; aunque el último no fué ratificado por el Gobierno mexicano hasta 30 de abril de 1841. Se le debieron, además, las convenciones celebradas en 1832 con la Baviera y el Wurtemberg. El tratado negociado en París por el mismo Gorostiza con el reino de Francia en 1832 y que llegó a firmarse el 15 de octubre de dicho año, no fué ratificado por simples cuestiones de forma, pues cada parte reclamaba la precedencia de estilo en el texto respectivo del tratado, y parece que el Gobierno francés la negaba al mexicano, si se ha de tomar al pie de la letra lo expuesto en las declaraciones de nuestro Congreso fecha 23 de mayo de 1835. Las negociaciones diplomáticas entre ambos países databan desde 1825 y no llegaron a producir un tratado formal sino en 1840, después de la guerra; siendo el mismo Gorostiza, Ministro de Relaciones Exterio-

res, quien, en unión del general don Guadalupe Victoria, celebró y firmó en Veracruz el 9 de febrero del expresado año la convención y el tratado de paz con Francia, ratificados en México el 27 del mismo febrero de 1840.

Respecto de la comisión reservada que se encargó a Gorostiza relativamente al reconocimiento de nuestra independencia por España, las pocas noticias que tengo son tomadas de la "Defensa" de don Lucas Alamán, Ministro de Relaciones en la administración de Bustamante de 1830 a 32. El pasaje que voy a copiar de las páginas 91 a 93 de la expresada publicación hecha en 1834, no sólo da idea del asunto a que me contraigo, sino también de la pluralidad e importancia de las gestiones encomendadas a don Manuel Eduardo en aquella época, y de la buena opinión que de su rectitud de carácter abrigaban sus mismos adversarios en ideas políticas, como lo era indudablemente Alamán. Dice, pues, este señor:

"Después de los pasos infructuosos que se dieron con la mediación de Inglaterra, algunas personas particulares interesadas por el bien de estos países no menos que por el de España, hicieron entender que el Gobierno de esta última no estaría tan opuesto al reconocimiento de la independencia, y que sería más fácil llegar a este resultado tratando directamente, para lo cual se debería nombrar sujeto a quien confiar el encargo; se recomendó éste al señor Gorostiza, Ministro de la República en Londres, para que de la manera confidencial en que todo se había hasta entonces manejado, se impusiese de lo que se podría adelantar antes de dar al negocio otra solemnidad; al efecto, pasó a aquella capital el conde de

Puñonrostro; y como contemporáneamente se trasladó también a ella el general don José de la Cruz, ambos con diversos pretextos, puede presumirse que el segundo, aunque no se manifestó para nada, era no obstante quien todo lo dirigía por mano del conde de Puñonrostro. Mas desde la primera conferencia se echó de ver que el objeto del rey Fernando no era otro que desembarazarse de sus hermanos de cualquiera manera, y proporcionarse algunos fondos para asegurar con ellos la corona a la Infanta su hija. Nada se adelantó, pues, y las cosas quedaron en tal estado, habiendo instruído el señor Gorostiza del éxito de la negociación. Todos los antecedentes de este asunto, las instrucciones que se dieron fundadas en la ley existente sobre la materia y las contestaciones que mediaron, se hallan en un expediente instruído que dejé en la Secretaría y servirá de prueba de cuanto llevo expuesto. En la misma oficina pueden verse todas las instrucciones dadas por mí con diversos motivos a los enviados de la República en varias potencias y en ellas se hallará que siempre me dirigió el mejor celo por el bien, no sólo de esta nación, sino de todas las nuevamente formadas en América, siendo el objeto de mis esfuerzos reunirlas en una comunidad de intereses que sirviendo de mutua seguridad entre todas, pudiera hacerlas más respetables. Si alguna vez se publicara en nuestro país, como en los Estados Unidos del Norte, una colección de 'Papeles de Estado' en la que deberán figurar todos esos documentos, no dudo que ellos me hagan entonces tanto honor cuanta es la injusticia con que ahora se me trata. Mas ya que no puedo apelar a ese testimonio público de la justificación de mi manejo, ape-

laré a otro que no será menos atendible; éste será el del mismo señor Gorostiza, que no debe ser sospechoso y quien, según un artículo inserto con su firma en el número 71 del periódico oficial titulado 'Telégrafo', de 19 de noviembre de 1833, está muy dispuesto a dar todos los informes que se le pidan. Pregúntesele, pues, y para que pueda contestar con más amplitud, yo le autorizo a hacer uso de mi correspondencia privada, en la cual se habla siempre con toda la confianza que inspira la amistad, la cual no hay en la oficial; y 'como todo cuanto se hizo por el Gobierno del señor Bustamante en materia de negociaciones diplomáticas y pecuniarias de la República fué por su conducto o con su conocimiento,' nadie mejor que él puede dar razón de esas tramas ocultas de que él mismo debía ser el ejecutor, de esas negociaciones lucrativas que se pretende hice en el juego de los fondos públicos de esta nación; en suma, de todo cuanto fué objeto de mis operaciones en aquella época. Dicho señor podrá ser de opinión diversa de la mía en algunas materias; pero no dudo sea exacto en la exposición de los hechos: así es que hablando en su citado artículo de 'las instrucciones que se le dieron para celebrar varios tratados en 1831', dice tuvo por contraria a la ley y al decoro e intereses de la nación la reserva que se le encargó hiciese para poder aventajar a la España en materias de comercio cuando reconociese la independencia: yo no me acuerdo que se negase a ello, y menos que fundase en esos términos su negativa; pero si bien se equivocase juzgando tal prevención opuesta a la ley, lo que ciertamente no es, pudo no obstante, formar aquel concepto de una reserva que en el mío era prudente, pues

siempre lo será tener las armas a la mano para poder luchar en su caso con más ventaja. No puedo, pues, presentar testigo ni más idóneo ni menos sospechoso".

He oído decir que durante sus misiones diplomáticas en Bruselas y Londres, Gorostiza en sus notas, además de dar siempre razón exacta de los negocios especialmente encomendados a su gestión, comunicaba noticias y observaciones más o menos curiosas y apreciables respecto de los adelantos administrativos y artísticos y en el ramo de instrucción pública en los países de él recorridos o habitados. Las expresadas notas, enteramente inéditas, deben obrar en el archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Los servicios diplomáticos de Gorostiza en Europa terminaron a principios de 1833, en cuyo año regresó a México.

En cuanto a la misión extraordinaria de Gorostiza en los Estados Unidos, su historia se halla en la colección de "Contestaciones habidas entre la Legación extraordinaria de México y el Departamento de Estado de los Estados Unidos", publicada en 1837 por el Gobierno mexicano, a la cual precede una introducción del mismo Gorostiza, y a que siguen las notas cambiadas en esta capital con el ministro norteamericano Powhatan Ellis poco antes y en los momentos de pedir éste sus pasaportes. Nada puede hacer formar idea más exacta de la capacidad, cultura, cortesanía y energía de carácter de Gorostiza que esas notas que honran a México y que transmiten a la historia y a la posteridad la razón y la justicia de los vencidos, y la deslealtad y el mal disfrazado abuso de fuerza de la nación vencedora. Simpatizando abiertamente

nuestros vecinos con la rebelión de Tejas y decididos desde el principio a favorecerla, so pretexto de que los indios de dicho Estado, azuzados por autoridades o agentes de México, podían cometer depredaciones en nuestro mismo territorio y en el de la Unión Norteamericana; depredaciones que uno y otro país estaban por el tratado vigente comprometidos a impedir, el gobierno de Jackson autorizó primeramente al general Gaines para avanzar con sus fuerzas en caso necesario hasta Nacogdoches, población mexicana fuera de toda cuestión limítrofe, y en seguida le dió orden terminante de hacerlo así y de ocupar dicho punto o cualquiera otro aun más avanzado de nuestro territorio, siempre con objeto de impedir las expresadas depredaciones. Cuando para ello se alegaba el interés de México, nuestro diplomático, no pudiendo prescindir por completo de la verba cáustica y chispeante del autor dramático, manifestó al Departamento de Estado que nuestro país agradecía el favor, pero no lo aceptaba. Traídas a este terreno las cosas, Jackson y sus ministros alegaron el derecho y el deber de los Estados Unidos de evitar el mal que a ellos mismos amenazaba, ocupando para ello parte del territorio mexicano, puesto que nuestro Gobierno, estando Tejas rebelado contra su autoridad, no podía por medio de sus tropas impedir los movimientos hostiles de los indios contra los ciudadanos norteamericanos y sus propiedades. Entonces Gorostiza puso en claro lo absurdo del principio invocado, que daría al traste con la inviolabilidad territorial de las naciones; y sin apartarse un punto de la gravedad y cortesanía diplomáticas, trazó con mano firme el cuadro completo de los em-

bustes y perfidias que servían de base al plan de la absorción de Tejas; acabando por pedir sus pasaportes tan luego como obtuvo del Departamento de Estado la declaración de que Gaines y sus fuerzas habían ocupado ya Nacogdoches.

Las notas de Gorostiza a que me refiero, llamaron la atención en Europa, donde son conocidas: y don Eugenio de Ochoa hace mención honorífica de ellas en los apuntes biográficos de don Manuel Eduardo, que publicó en el "Tesoro del teatro español".

IDEAS Y FUNCIONES POLITICAS

IV

Dicho queda cómo Gorostiza desde su más temprana juventud se afilió en el partido liberal en España; y que durante su residencia en Londres, escribió e imprimió una "Cartilla política", obra que no conoce el autor de estos apuntamientos.

Lo que he asentado acerca de las funciones políticas de Gorostiza bajo la administración de Farías en 1833, se funda en los pasajes de la "Revista política", del doctor Mora, que en seguida copio o extracto:

"El Vicepresidente, a virtud de facultades delegadas por el Congreso, había nombrado una comisión que se encargase del arreglo de la educación pública, compuesta de los señores Quintana Roo, Espinosa de los Monteros, Rodríguez Puebla, Gorostiza, Couto y Mora. Esta comisión, que después se transformó en la Dirección General de Instrucción Pública y que con muchísima frecuencia era presidida por el señor Farías, fué en lo sucesivo una especie de Consejo Privado del Gobierno, al cual se llevaban y en el cual se discutían y arreglaban como por incidencia todos los proyectos de reformas

relativos a las cosas: en cuanto al ejercicio odioso aunque necesario de las medidas de policía concernientes a las personas, éste era negocio de don... y otros que como él, tienen gusto por estas cosas, y para el caso admirables disposiciones. En las diversas veces que las materias expresadas se dicutían, había por lo común alguno de los diputados y senadores más influentes, y en todas ellas Mora era uno de los que con más empeño procuraban convencer la indeclinable necesidad en que las circunstancias ponían a la administración de arrancar de raíz el poder a esos cuerpos privilegiados rivales de la autoridad pública y sus declarados enemigos".

"...Desde el triunfo de Guanajuato, el negocio (la ocupación de bienes eclesiásticos) se llevó a la Dirección de Instrucción Pública, donde se empezó a tratar de él; y los señores Espinosa de los Monteros, Couto y Mora, lo tomaron especialmente a su cargo".

En sesión habida el 14 de noviembre de 1833, se examinó a fondo la cuestión de ocupación de bienes eclesiásticos y de su aplicación al crédito público. "...Asistieron los señores Farías como presidente, Espinosa de los Monteros como vicepresidente, y en calidad de vocales los señores Quintana Roo, Couto y Mora. El señor Rodríguez Puebla, en razón de una grave enfermedad, no había aún entrado en la Dirección para que estaba nombrado; y el señor Gorostiza, sin que nos sea posible recordar la causa, no hizo más que entrar y salir, declarando que todo le parecía bien".

No se llegó a expedir la ley sobre las bases acordadas en la Dirección de Instrucción Pública, y su proyecto se discutía en las Cámaras al sobrevenir la revolución.

D I S C U R S O

Aparte de los cargos públicos y comisiones de menor categoría que desempeñó Gorostiza, desde su venida a México, fué Ministro de Hacienda en virtud de nombramiento fechado el 19 de febrero de 1838, y en 22 de diciembre del mismo año entró a fungir de Ministro de Relaciones, asumiendo de nuevo este último cargo el 14 de marzo de 1839.

SOBRE INSTRUCCION PUBLICA

V

Habiendo sido Gorostiza uno de los miembros más activos de la Dirección General de este ramo bajo la administración de 1833, conviene extractar aquí lo que acerca de los trabajos de tal junta dijo otro miembro de ella, el doctor Mora, en su obra ya citada.

"Instalada la 'Comisión del plan de estudios' con las mismas personas que más adelante formaron la 'Dirección General de Instrucción Pública', se ocupó ante todas cosas de examinar el estado de los establecimientos existentes destinados al objeto. La Universidad se declaró inútil, irreformable y perniciosa, y se concluyó con que era necesario suprimirla. El Colegio de Santos, que por su institución debía ser una especie de foco en que debieran reunirse las capacidades científicas y literarias para después tomarlas de allí y emplearlas en el servicio público, no podía ya desempeñar este loable objeto, por la sencillísima razón de que las capacidades del país no podían ya caber ni tampoco querían ya reunirse en él. Las instituciones de los demás colegios fueron consideradas bajo tres aspectos: la 'educación', la 'enseñan-

za' y los 'métodos', y todo se creyó defectuoso en sus bases mismas. La Comisión partió de esta exigencia social que hoy nadie pone en cuestión, y se fijó en tres principios: Primero, destruir cuanto era inútil o perjudicial a la educación y enseñanza: segundo, establecer ésta en conformidad con las necesidades determinadas por el nuevo estado social; y tercero, difundir entre las masas los medios más precisos e indispensables de aprender. El Gobierno comenzó por pedir al Congreso la autorización necesaria para el arreglo de la instrucción pública, y, una vez obtenida por el decreto de 19 de octubre de 1833, se procedió a abolir la Universidad y el Colegio de Santos; se declararon también abolidos los estatutos y suprimidas las cátedras de enseñanza de los antiguos colegios por las razones que lo fué la Universidad: se declaró que la educación y la enseñanza era una profesión libre como todas las demás, y que los particulares podían ejercerla sin necesidad de permiso previo, bajo la condición de dar aviso a la autoridad local y de someter sus pensionados o escuelas a los reglamentos generales de moralidad y policía.

"Las bases orgánicas del plan adoptado para la enseñanza expensada de los fondos públicos y sistemada por el Gobierno, eran: una Dirección General de donde partían todas las medidas relativas a la conservación, fomento y difusión de la educación y enseñanza: un fondo público formado de los antiguos y nuevamente consignados al objeto, administrado, conservado e invertido bajo la autoridad de la expresada Dirección: un colegio, escuela o establecimiento para cada uno de los ramos principales de la educación científica y literaria y para los preparatorios: una inspección general para las es-

cuelas de primeras letras normales de adultos, niños de ambos sexos, de las cuales debía haber una por lo menos en cada parroquia: un establecimiento o escuela de bellas artes: un museo nacional, y una biblioteca pública.

"Se formaron seis escuelas: la primera de estudios preparatorios; la segunda de estudios ideológicos y humanidades; la tercera de estudios físicos y matemáticos; la cuarta de estudios médicos; la quinta de estudios de jurisprudencia, y la sexta de estudios sagrados. En la primera se llevó la idea de reunir todos los medios de aprendizaje: el estudio de las lenguas sabias antiguas y modernas, el del idioma patrio y los más notables de las antiguas naciones indianas. En la segunda, cuanto contribuye al buen uso y ejercicio de la razón natural o al desarrollo de las facultades mentales y es conocido bajo el nombre de ideología; así es que se reunieron en esta escuela los estudios metafísicos, morales, económicos, literarios e históricos. En la tercera, todos los estudios científicos, y fué dotada con cátedras de matemáticas puras, física, historia natural, química, cosmografía, astronomía y geografía, geología y mineralogía; considerándosele anexo al establecimiento de Santo Tomás con sus cátedras de botánica y agricultura práctica, y sirviendo de base a dicha tercera escuela el antiguo Colegio de Minería. La cuarta fué de ciencias médicas, y se establecieron en ella cátedras de anatomía general descriptiva y patológica, de fisiología e higiene, de patología interna y externa, de materia médica, de clínica interna y externa, de operaciones (cirugía) y obstetricia, de medicina legal y de farmacia. En la quinta, destinada a estudios jurídicos, se establecieron cátedras de derecho natural, de gen-

tes y marítimo, de derecho político constitucional, de derecho romano, de derecho patrio y de elocuencia forense. La sexta abrazaba los principales ramos de estudios sagrados: historia sagrada del Antiguo y Nuevo Testamento, fundamentos teológicos de la Religión, exposición de la Biblia, estudios de concilios, padres y escritores eclesiásticos y de teología práctica o moral cristiana, fué lo que se acordó enseñar en esta última escuela.

"Para la Biblioteca Nacional se había destinado el edificio del Colegio de Santos, y de pronto debía formarse de los libros de la extinguida Universidad. Como en ambas colecciones faltaban los libros que excluía de ellas la influencia del clero, se destinaron tres mil pesos anuales para irlos adquiriendo. La obra material de la Biblioteca estaba concluída, y se había gastado mucho en abrir salones y fabricar armarios, al efectuarse el cambio político que acabó con todo el proyecto".

CASA DE CORRECCION

VI

No debían limitarse a la esfera especulativa las tareas de Gorostiza en favor de la instrucción pública: su actividad y sus sentimientos humanitarios debían traerle más adelante al terreno de los hechos, induciéndole a aplicar por sí mismo sus ideas sobre tan importante ramo, despojadas de su parte más brillante y fantástica, y acomodadas a las más urgentes necesidades de nuestras clases desvalidas.

Según las noticias recientemente publicadas por el señor don Manuel Gutiérrez, Gorostiza no fué el fundador de la actual Casa de Corrección, como generalmente se cree; pero sí de la primera casa de este género, establecida en México en un departamento del Hospicio de Pobres, bajo el nombre de "Casa de corrección para jóvenes delincuentes", por los años de 1841 a 42, y que desapareció a consecuencia, sin duda, de la invasión norteamericana. Acometió la empresa con sólo sus recursos personales al principio, sin solicitar ni obtener del Gobierno y demás autoridades sino el local, y de la Compañía Lancasteriana la escuela de primeras letras que hubo en la misma casa. Le ayudaron después pecuniariamente unos

cuantos amigos suyos y algunos comerciantes y propietarios, y dirigían especialmente la enseñanza el expresado don Manuel Gutiérrez y don José Ramón de Ibarrola. Los talleres montados fueron de hojalatería, sastrería, zapatería, carpintería e imprenta. De las noticias publicadas a que acabo de referirme, tomo los siguientes pasajes:

"Cuando los suscritores fueron faltando y los corrigendos ya generalmente no necesitaban destinar muchas horas a adquirir la instrucción en las primeras letras, porque tenían la suficiente, Gorostiza, que era director de la renta estancada del tabaco, discurrió con mucho acierto emplear a los corrigendos en los labrados y pagarles lo que ganasen, aplicándolo a los gastos de la casa. Con esta disposición, y sin perjuicio de la enseñanza literaria y profesional, se logró cubrir con desahogo los gastos, al grado que dejaron de colectarse las cuotas de los suscritores. Otra circunstancia recuerdo muy interesante y que, ya que se me ofrece la ocasión, quiero consignar en honra de las personas que intervinieron. Concluído el primer año de existencia de la Casa de Corrección, se verificaron los exámenes públicos y distribución de premios, concurriendo a estos actos el señor Arzobispo y una comisión del Ayuntamiento. Los modestos agasajos a los corrigendos aprovechados los dió el señor Gorostiza de su peculio; pero la concurrrencia quedó tan complacida y satisfecha al palpar los adelantos alcanzados, realmente extraordinarios, que los tres regidores, y entiendo que también el señor Arzobispo, se repartieron una cantidad de cuatrocientos pesos que ofrecieron al director para que la distribuyera proporcionalmente y a su arbitrio entre los agraciados. Con esta suma se com-

praron dos tornos para hilar seda, a fin de introducir una nueva industria en la casa. Esta quedó reconociendo a réditos el capital de su costo, para ir dando a cada agraciado la parte proporcional (que desde luego se les asignó a todos) cuando saliese de la casa por haber cumplido el tiempo de su corrección; y quedó acordado hacerse la entrega, parte en dinero y parte en los útiles del oficio en que más se hubiese instruído el joven dueño".

A testigo presencial de los exámenes a que en las anteriores líneas se alude, he oído hacer memoria del espíritu de caridad de las palabras que en dicho acto dirigió el señor Gorostiza a los concurrentes, derramando nobles lágrimas de júbilo al presenciar el aprovechamiento de los niños y jóvenes a quienes servía de padre y a quienes trataba con afecto verdaderamente paternal.

CHURUBUSCO

VII

La invasión norteamericana se aproximaba al centro del país. Cambiados después de la batalla de La Angostura el plan y la base de operaciones del enemigo, había éste bombardeado y ocupado a Veracruz; derrotado en Cerro Gordo, cerca de Jalapa, el cuerpo de ejército con que marchó el general Santa Anna a su encuentro, y extendídose por las vías de Jalapa y Orizaba hasta el Estado de Puebla. No era ya dudoso que a los cuerpos de Guardia Nacional, "Hidalgo", "Victoria", "Independencia" y "Bravos", levantados en México, estaba reservado un papel activo e importantísimo en la defensa de la capital.

El batallón de "Bravos", compuesto de artesanos, empleados y jóvenes de buena o regular posición social, había sido de antemano organizado por Gorostiza, su coronel, quien, militar antiguo y aguerrido, se mostraba severo en la disciplina e infatigable en la instrucción de oficiales y soldados. Tuvo que luchar desde luego con la falta de armamento y el mal estado del poco que había, desigual en calibre y con carencia casi total de bayonetas. Gastando, o, por lo menos, supliendo

de su bolsillo lo necesario cuando la caja del cuerpo no tenía fondos, hizo reparar poco a poco los fusiles y cambiar los existentes del calibre común que eran los menos, por otros de quince adarmes, de que, al fin, quedó enteramente provisto, adquiriendo al mismo tiempo cuantas bayonetas se le proporcionaban. De vestuario y demás equipo, se preocupaba poco, diciendo a sus oficiales que, en rigor, habría lo necesario con un cordel de qué colgar la bayoneta y una cartuchera en qué guardar los cartuchos. En sus conversaciones familiares supo infundir y acrecentar en sus subordinados el pundonor, el patriotismo y el deseo de la gloria; y era tan celoso de las reglas y prácticas militares, que le disgustó la elección de mayor del cuerpo recaída en su amigo y protegido don José Hidalgo y Esnaurrízar, por no contar más que veintiún años, no obstante sus buenas prendas y el reconocido valor de que a poco dió pruebas en la campaña. Acuartelado el cuerpo en el convento de San Fernando, los cánticos y gritos de los soldados provocaron algún paso imprudente del prelado, a quien explicó el jefe la imposibilidad de hacer compartir a la tropa el silencio y la compostura monacales; mandando, por otra parte, formar el cuerpo sin armas, reprendiéndole severamente y asegurándole que siempre acusa indignidad y cobardía la falta de consideración a los débiles y de respeto a los sacerdotes.

Había sido fortificada la capital hacia el Nordeste, creyéndose que tal rumbo traería el enemigo. Al retumbar el 9 de agosto de 1847 el cañonazo de alarma, halló reunidos en su cuartel de San Fernando a jefes, oficiales y soldados del "Bravos", con excepción de Gorostiza, enfermo de disen-

tería, y cuya salida a campaña no se creía posible por tal causa. Pero cuando el cuerpo se preparaba para ponerse en movimiento, el centinela de la puerta anunció la presencia del coronel, que se aparecía en la plazuela, de pantalón y chaqueta de paño azul y sombrero bajo, amarillo, de vicuña, con galoncito de oro; montando un buen caballo bayo del que se apeó dificultosamente a causa de su enfermedad, para arengar a oficiales y soldados que se adelantaban a recibirle al son de "vivas" y alegres dianas. Acompañábanle dos individuos del Resguardo del Tabaco apellidados Alfaro, que le ayudaban a montar y desmontar, y que anduvieron con él durante la campaña. Arengó breve y elocuentemente a la tropa, acrecentando su decisión y entusiasmo, y llevóla a formar en unión de los otros batallones de Guardia Nacional "Hidalgo", "Victoria" e "Independencia", la brigada de vanguardia puesta al mando del general don Pedro María Anaya, y que fué el día 10 a situarse en el Peñón Viejo, donde la brigada del general León estaba acampada desde la víspera.

Gorostiza siguió allí enfermo, pero con la energía y el brío de un joven bueno y sano. Se desvelaba y madrugaba al par de todos, vigilando el servicio de su batallón, visitando por sí mismo sus destacamentos avanzados cualquiera que fuese la distancia, y no desaprovechando momento de instruir a sus oficiales en la táctica, en la jurisprudencia militar y en las leyes de la guerra. El punto de reunión era casi siempre en las noches la barraca del jefe, donde al calor de su instructiva conversación y afable trato, se olvidaban privaciones y padecimientos, y era visto con serenos ojos el peligro por los bisoños defensores de México, en vísperas de

medir sus escasas fuerzas con un enemigo poderoso y, hasta allí, siempre triunfante. En una de esas veladas supieron de boca del mismo Gorostiza sus oficiales, que la inclinación de su cuerpo hacia adelante y su corcova no eran defectos naturales, sino resultado de un balazo recibido en el pecho durante la invasión francesa en España. Cuando la reunión se prolongaba demasiado y él podía dar algunas horas al sueño, despedía con estas palabras a sus oficiales: "Ea, señores, descansemos un poco, y no se olvide que el militar ni pide ni rehusa".

Las principales fuerzas que iban a defender la capital consistían, además de la Guardia Nacional, en los Cuerpos de Ejército del Norte y de Oriente, restos ambos del antiguo Ejército del Norte que lidió en La Angostura, y en la división de caballería al mando del general Alvarez. Creíase que el Peñón sería el primer punto embestido, y que le defenderían las dos brigadas en él situadas, en tanto que Valencia con el Ejército del Norte, viniendo de Texcoco y Guadalupe, caía sobre la espalda o el flanco derecho del enemigo. Este se movió de Puebla del 7 al 10 de agosto, avanzando sucesivamente las divisiones de Twiggs, Quitman, Worth y Pillow, y acercándose del lado de Oriente; pero el 17, después de varias falsas alarmas, no cupo ya duda de que variaba de rumbo, corriéndose al Sureste de la capital, y a consecuencia de ello, el Ejército del Norte se transladó a San Angel y sus inmediaciones, y la brigada Anaya salió del Peñón el 18 para acamparse en Churubusco. Al atravesar la capital quedó acuartelada en Palacio durante dos horas, y no se permitió a los guardias nacionales salir a ver a sus familias,

lo cual les causó no poco disgusto, que Gorostiza aplacó en su gente recordándole que al consagrarse todos a la patria habían renunciado a sus afectos domésticos, y que la subordinación y la obediencia pasiva constituyen la primera virtud del soldado. En la misma tarde quedó en Churubusco la brigada, y el 19 los batallones "Victoria" e "Hidalgo" fueron destacados a la hacienda de San Antonio.

Como dije, el Ejército del Norte se había transladado a San Angel, el 17, y su general en jefe, Valencia, sabedor de que el enemigo había entrado en Tlalpan y avanzaba del lado de Peña Pobre, escogió para campo de batalla el rancho de Padierna y sus inmediaciones. De días atrás no iban acordes en sus planes el expresado jefe y el general Presidente Santa Anna, mostrándose el primero deseoso de librar acción, y el segundo inclinado a un sistema puramente defensivo; y al dar aquél aviso de sus proyectadas operaciones en Padierna, éste desaprobó sus medidas mandándole retirarse a Coyoacán y Churubusco, lo cual no tuvo cumplimiento, pues Valencia avanzó de San Angal con sus fuerzas en la mañana del 19, y los norteamericanos, saliendo de Peña Pobre, empeñaron entre dos y tres de la tarde el combate, y tomaron el punto de Padierna. Siguen lidiando los nuestros, y la brigada del general Pérez, perteneciente a las fuerzas al inmediato mando de Santa Anna, se avista en las lomas del Toro, y con sólo su presencia, debilita el arrojo del enemigo. Al anochecer es recobrado Padierna, y Valencia, aunque circundado, conserva sus posiciones; pero la brigada Pérez y demás fuerzas auxiliares se retiran a San Angel, y en la madrugada del día 20, recibe aquel jefe orden

de retirarse él mismo clavando la artillería y destruyendo el parque; resístese a obedecer, y al amanecer es atacado por los norteamericanos en tres columnas que le envuelven y destrozan por completo.

La vanguardia de las fuerzas de Santa Anna salió de San Angel al alba para situarse nuevamente en las lomas del Toro; mas al encontrarse con los fugitivos de Padierna, el Presidente ordenó que dicha vanguardia y las demás fuerzas que cubrían toda la primera línea de defensa, se concentraran sobre la segunda en las garitas de la capital. La brigada Pérez se retiró por Coyoacán al puente de Churubusco. En el convento de este nombre y puntos anexos se había encargado del mando el general don Manuel Rincón desde el 18, teniendo de segundo al general Anaya. Dije ya que los batallones "Hidalgo" y "Victoria" avanzaron el 19 a la hacienda de San Antonio; quedaron, pues, guarneciendo el convento, "Independencia" y "Bravos" y unas compañías de "San Patricio", compuestas de irlandeses desertados al invasor. En la madrugada del 20 les llegó una pieza de a 4 y fué colocada enfilando el camino de Coyoacán; más tarde les llegaron otras seis piezas de varios calibres, puestas inmediatamente en batería sobre el mismo camino de Coyoacán, y en las troneras del centro, y el rediente que dominaba el camino de San Antonio. Muy temprano fueron destacados ciento cincuenta hombres de "Independencia" para que desde la iglesia de Coyoacán observaran al enemigo. En la tarde anterior se había estado oyendo el fuego del combate, y Gorostiza, impacientísimo de saber su resultado, envió al segundo ayudante de su cuerpo a Coyoacán a que adquiriera

del general Pérez las noticias con que regresó y que fueron de lo más satisfactorias. El fuego oído en las primeras horas de la mañana del 20, inquietó mucho a nuestro don Manuel, pues echando menos las detonaciones de la artillería, estimóle precursor de un asalto sin defensa. Entretanto, las tropas del convento de Churubusco habían sido municionadas y ocupado sus posiciones. Al acabar de pasar por allí la brigada Pérez con dirección a la hacienda Portales, el enemigo que venía persiguiéndola, protegido por los árboles, milpas y casitas de adobe, avanzó sobre la línea. El destacamento de "Independencia" al mando de Peñúñuri, se había ya retirado de Coyoacán incorporándose al grueso de las fuerzas en el convento, después de sufrir algunas pérdidas. El general Rincón mandó avisar al Presidente Santa Anna que los norteamericanos cargaban con toda su gente, y recibió con el ayudante don José Martínez orden de defenderse. El enemigo que triunfante del Ejército del Norte en Padierna no pudo ser contenido en su avance por el ejército auxiliar, iba a ser desafiado y detenido por un débil grupo de gente bisoña que midió en aquel punto con ojos serenos el tamaño del peligro y del sacrificio, y los arrostró sin vacilación como los espartanos de Leónidas.

El batallón de "Independencia" cubrió las alturas del convento, la derecha hacia el puente, toda la parte no fortificada y dos casitas de adobe avanzadas en que se abrieron troneras; y el batallón de "Bravos" y las compañías de "San Patricio" cubrieron los redientes y cortinas del frente y de la izquierda, fortificadas a barbeta. El enemigo, en número de más de seis mil hombres y con artillería, se presentó a las

órdenes de Worth, Smith y Twiggs, y la columna suya que cargó sobre la izquierda fué rechazada una, dos y tres veces; una parte de nuestro parque de cañón se incendió durante la defensa, inutilizando a un capitán y dos o tres artilleros y abrasando el rostro al general Anaya; pero se compensó esta desgracia con la llegada de un refuerzo compuesto de piquetes de Tlapa, Chilpancingo y Galeana, inmediatamente colocados en el lado occidental descubierto. Como el reducto del puente de Churubusco sobre el camino de San Antonio y cuya defensa no estaba a cargo del general Rincón, fué tomado por los norteamericanos, pudieron éstos en seguida envolver libremente la posición del convento del lado sur; y aunque la defensa se prolongó más de tres horas, la vivacidad del fuego había inutilizado la mayor parte del armamento de nuestra infantería y tres de los cañones, y consumido en su totalidad el parque de fusil, quedando muertos o heridos los mejores artilleros. Apagados casi nuestros fuegos, cargó reciamente el enemigo, y aun salió a combatir con él a bayonetazos una parte de la fuerza; pero al fin tuvo toda ella que replegarse ordenada y serenamente al interior del convento, sin faltar de sus puestos los jefes y oficiales, tomada ya la resolución de no capitular. El primero en ocupar el punto fué el capitán Smith, del tercero de línea de la primera brigada, quien mandó cesar el fuego de su tropa y fijó un pañuelo blanco en el parapeto; las demás fuerzas enemigas llegaron con Twiggs y otros jefes, e hicieron prisioneros a los defensores, tratándolos urbanamente y dejando a los jefes y oficiales sus espadas. Ciento cuarenta y un

muertos y ochenta y tres heridos entre oficiales y soldados, yacían al lado de aquellos valientes.

Entro aquí en algunos detalles relativos a Gorostiza. Luego que comprendió que iba a ser atacado el punto, recorrió la parte fortificada que cubrían sus soldados, animándolos y recomendándoles que economizaran el parque y no hicieran alta la puntería. A los tres cuartos para las once de la mañana se dispararon los primeros tiros; Gorostiza vió en su reloj la hora, sacó de su purera un habano, pidió lumbre a su ayudante, y advirtiendo que temblaba a éste la mano al alargarle el cerillo encendido, díjole algún chiste adecuado al caso. A poco se había generalizado el combate, siendo el fuego tan vivo, que no se oían a veces los toques de órdenes ni las dianas de las bandas. Habíase colocado el coronel frente a una tronera sin cañón, y como su ayudante le suplicara que arrendara un poco el caballo hacia un lado para quedar menos descubierto, contestóle: "Hijo mío, me quedo en mi puesto, porque en todas partes está la muerte". Cuando observó que empezaba a escasear el parque, daba incesantes órdenes de que no se malgastara, y repetía su recomendación de que fuera siempre baja la puntería. A las tres de la tarde, la cartuchería de quince adarmes que era el calibre de los fusiles de su batallón, se habían consumido y la mayor parte de ellos quedaba inutilizada, sosteniendo ya únicamente el fuego los soldados de "San Patricio" y algunos otros piquetes armados de fusiles de 16 adarmes de que era el solo parque existente. La exasperación de Gorostiza llegó a su colmo al ver caer heridos por la espalda a dos o tres de sus soldados al disparo de las piezas del puente de Churubusco,

comprendió que este punto estaba ya en poder del enemigo, y dijo con amargura: "Todo lo que aquí pasa es incalificable; la victoria nos abandona. ¡Cómo ha de ser!". Circuló allí de pronto la noticia de que iba a darse una carga a la bayoneta por los soldados del "Independencia" al mando de su mayor Peñúñuri y del capitán Martínez de Castro; electrízase al oírla el mayor del "Bravos" don José Hidalgo y pide permiso también para acudir con los suyos; pero Gorostiza le contesta: "No se hará tal; no tenemos ni cargados los fusiles, y la sangre que de nuestros soldados se derramará al intentar semejante temeridad, caería sobre mí". Y como vió que su resistencia causaba disgusto, con mirada amenazadora dijo a su ayudante: "Pronto, a los capitanes, que tengan a sus compañías organizadas y descansando sobre las armas, bajo su más estrecha responsabilidad". A las tres y media de la tarde todo había acabado, y Peñúñuri y Martínez de Castro habían sido muerto el primero y gravemente herido el segundo al dar la carga. Un cuarto de hora después fué asaltado el punto. Luego que Gorostiza tuvo libres sus movimientos, púsose a averiguar cuántos y quiénes eran los muertos y heridos de su batallón y dónde estaban; se le dijo que los heridos habían sido llevados a la iglesia y fué a verlos apoyado en el brazo de Hidalgo y seguido de su ayudante. Detúvose en la iglesia ante el cadáver de Peñúñuri, dió la mano a Martínez de Castro, sin poder contener las lágrimas, que enjugó en el acto con su pañuelo, dijo a sus compañeros: "¡Vámonos! ¡Estos pidieron!", aludiendo a una de sus frases favoritas en la barraca del Peñón.

Los jefes y oficiales del "Bravos" pasaron aquella noche en un cuartito que los padres del convento destinaban sin duda a guardar medicinas, pues olía a ellas y había allí algunos trastos con unturas; acomodóse cada cual como pudo, y al siguiente día a las once, los prisioneros todos fueron llevados entre filas a San Angel, no sin una breve detención en la plaza de Coyoacán. Habiendo hecho alto en la del Carmen de San Angel, el general Twiggs declaró que los prisioneros de sargento abajo, quedarían custodiados en el convento, y que los jefes y oficiales tendrían por cárcel el pueblo, si respondía de ellos el general en jefe. Suscitada allí alguna dificultad en cuanto a esta responsiva, Gorostiza que estaba a caballo, hizo que su ayudante le condujera cerca de Twiggs; habló a éste en inglés, y se vió que a las primeras palabras el jefe norteamericano se descubría con respeto y saludaba cortésmente a su interlocutor; súpose a poco que Gorostiza había manifestado que en su calidad de coronel del "Bravos", respondía por los oficiales de su cuerpo; preguntóle Twiggs su nombre, y al oírle, gorra en mano, se inclinó ante el antiguo diplomático convertido en guerrero, diciéndole que se enorgullecía de ofrecerle sus respetos y que desde luego admitía la responsabilidad de tan bizarro coronel. Habiendo ofrecido el general Anaya la suya por el resto de jefes y oficiales, salieron todos ellos de filas en busca de alimentos que llevaban más de veinticuatro horas de no tomar. Acercáronseles los señores Iturralde, Rodríguez de San Miguel, Garibay y Paul repartiéndoles pan, chocolate y cigarros que en canastas conducían criados suyos. Dificultábanse los alojamientos en razón de los temores consiguientes, y a Gorostiza, que es-

taba enfermo y necesitado de asistencia, le hospedó y atendió don Luis Urquiaga. En orden del 22 al 23, previno Twiggs a su brigada que hiciera a los jefes y oficiales prisioneros los mismos honores que a los suyos; declaró en términos honoríficos que podían y debían llevar aquéllos divisas y espada para ser reconocidos; y que las casas en que se alojaran quedarían exentas de hospedar a los norteamericanos. Gorostiza pidió copia de esta orden, la tradujo, reunió en su alojamiento a sus oficiales y dióles a conocer tal documento encargándoles que observaran irreprensible conducta para no desdecir del favorable concepto que habían sabido granjearse. Mandó formar una nómina de los mismos oficiales con su haber diario, e hizo que el señor Drusina, su banquero, residente a la sazón en Chimalistac, le fuese proporcionando diariamente el importe, con algo más para la tropa, todo de los fondos particulares del coronel; sin que sea posible agregar aquí si estos gastos más adelante le fueron o no reembolsados.

Obtuvo Gorostiza licencia para venir a México a curarse y a saludar a su familia, y en los días de su permanencia aquí tuvo una entrevista con el Presidente Santa Anna, de la que no salió satisfecho a causa de las apreciaciones del general respecto de la defensa de Churubusco. Con todo, el Gobierno, con fecha 27 de agosto, contestó al general Rincón el parte relativo en los términos más honoríficos para jefes, oficiales y tropa, mandándole dar individualmente las gracias a los que más se distinguieron, y ofreciendo recompensas y pensiones. El general en jefe norteamericano Scott, en orden de 22 de septiembre, fechada en México, declaró exento de toda obligación de prisionero, sin canje ni palabra, al general

Anaya, segundo en jefe en Churubusco, en atención a su carácter de ex Presidente de la República y de miembro del Congreso. A principios de noviembre siguiente, el señor Lafragua presentó a dicho cuerpo en Querétaro, en unión de don Mariano Talavera y don José Agustín Escudero, un proyecto de ley para premiar a los defensores de Churubusco; pero, interrumpidas las sesiones, no llegó a ser discutido. En 23 de diciembre (1847) el Ejecutivo expidió en la misma Querétaro un decreto declarando que merecieron bien de la patria los defensores del convento y puente de Churubusco, así como los que se batieron en Chapultepec y sus inmediaciones el 8 de septiembre, y los que se distinguieron en las demás acciones desde el 12 de agosto hasta el 13 de septiembre, y otorgándoles cruces y distintivos. En 29 de enero de 1856 la administración de Comonfort, para perpetuar la memoria de las jornadas de 20 de agosto y 8 de septiembre de 1847, decretó la erección de dos monumentos fúnebres, uno en el campo de Churubusco, en que se depositarían los restos de Peñúñuri y Martínez de Castro, y otro en Molino del Rey, que contendría los de León y Balderas. La ejecución del decreto fué confiada al Gobernador del Distrito asociado con los señores general don José María González Mendoza, licenciado don José María Revilla y Pedreguera, don Antonio Balderas y don Antonio Escalante. Ambos monumentos existen, y en cada aniversario se hace en torno de ellos conmemoración solemne de jornadas en que la gloria quedó del lado de los vencidos; concurriendo a tales actos muchos de los lidiadores que sobrevivieron al exterminio, y que deben

abrigar la más viva y noble de las satisfacciones: la de haberse batido por la patria.

Vuelto Gorostiza a San Angel y aliviado ya de sus males, visitaba a los demás prisioneros o confinados; hacía ejercicio a pie en los alrededores del pueblo, y a todas horas recibía testimonios de consideración y respeto de parte de jefes, oficiales y soldados del enemigo. En los días 8 y 13 de septiembre en que tuvieron lugar las batallas de Molino del Rey y Chapultepec, su ansiedad era hondísima: desde las bóvedas del convento del Carmen las observaba con un magnífico anteojo, y han debido visitar su ardiente y viva imaginación las visiones bélicas que describe Manzoni en su oda "El cinco de mayo". Durante la primera de esas batallas, al ver llegar a los dispersos norteamericanos a la plaza misma del Carmen; al ver cargar a toda prisa los carros y enganchar los tiros de mulas, y al advertir el desaliento y la confusión en las fuerzas allí situadas, creyó triunfante a México y rayó en delirio su gozo. Pero nuestros combatientes del 8 y 13 de septiembre no debían ser más afortunados que los de Padierna y Churubusco; y en la mente y el corazón del espectador a las dulces ilusiones de la victoria siguieron los horrores y amarguras de la derrota. Ocupada la capital por el invasor, los prisioneros regresaron a ella y al seno de sus familias en los últimos días del citado septiembre, quedando todos a poco en absoluta libertad, y yéndose Gorostiza a Morelia a reorganizar la Renta del Tabaco, de que era director.

OBRAS DRAMATICAS

VIII

NOTICIAS BIBLIOGRAFICAS

Las ediciones de obras dramáticas de Gorostiza que conozco son las siguientes:

"Teatro original de Manuel Eduardo de Gorostiza", un tomo en actavo de 496 páginas, edición de Rosa, París, 1822; con dedicatoria a Moratín, y conteniendo: "Indulgencia para todos", "Tal para cual", "Las costumbres de antaño" y "Don Dieguito"; piezas todas en verso, representadas en este orden en los teatros de Madrid. "Indulgencia para todos" consta de cinco actos, en versos octosílabos y de seis, asonantados, con algunos pasajes en redondillas y décimas, lo cual fué una novedad en su tiempo. "Tal para cual" es en un acto, y aparece dedicada al Marqués de Camarasa, en Madrid, el 1º de diciembre de 1819. "Las costumbres de antaño" consta de un acto y "Don Dieguito" de cinco.

"Teatro escogido de don Manuel Eduardo de Gorostiza", dos tomos en dieciseisavo de más de 400 páginas cada uno, edición de Tarlier, Bruselas, 1825, conteniendo: "Indulgen-

cia para todos", "El jugador", "Don Dieguito", "El amigo íntimo" y "Las costumbres de antaño". De las dos piezas nuevas que hay aquí, "El jugador" es en cinco actos y en verso, y tiene una dedicatoria del autor fechada en Bruselas el 1º de julio de 1825, a la Condesa de Regla, mexicana: "El amigo íntimo" tiene tres actos en prosa, fué dedicado a don Vicente Rocafuerte, en Bruselas, en la misma fecha expresada, y lleva la siguiente nota: "Un 'vaudeville' francés intit. 'Mr. Sansgene ou l'Ami de College', dió la primera idea de esta comedia. Los que conozcan aquella bagatela calificarán el grado de originalidad a que puede pretender el autor del 'Amigo íntimo'." Aunque el ejemplar de esta edición de Bruselas que yo he tenido, carece del retrato de Gorostiza, sé que en ella apareció el que existe grabado por un artista de nombradía en su época, y del que fueron copiados el que litografió don Hipólito Salazar y el que reprodujo en fotografía don José T. de Cuéllar.

"Contigo pan y cebolla", comedia en cuatro actos y en prosa; un tomo en octavo, de 130 páginas, edición de Cunnigham y Salmon, Londres, 1833.

"Las costumbres de antaño o la pesadilla", comedia en un acto, en verso, refundida por el autor para el Teatro Principal de México, y dedicada a don José María de Bocanegra; un tomo en dieciseisavo de 48 páginas, impreso por Miguel González, México, 1833. Esta pieza no difiere de la primitiva, sino en la supresión o el cambio de algunas escenas y frases en que se halagaba al trono y a Fernando VII, con motivo de cuya fiesta de boda fué escrita y representada por primera vez. Ganó, en mi concepto, en la refundición, y ésta

no fué hecha en México, sino en Londres, no obstante lo que se dice en la portada.

"Apéndice al Teatro escogido de Manuel Eduardo de Gorostiza"; dos tomos en dieciseisavo, imprenta de Rosa y Cía., París, 1826. Contiene la refundición de las comedias "Bien vengas, mal, si vienes solo" de Calderón de la Barca y "Lo que son mujeres", de Rojas; cambiado el título de la primera en el de "También hay secreto en mujer". Precede a las piezas un prólogo de Gorostiza en que expresa algunas de sus ideas respecto del teatro antiguo español.

En casi todas estas ediciones hay que lamentar la falta de corrección, que es más notable en el "Teatro original" y en el "Teatro escogido". Defectos ortográficos, substitución de palabras y versos largos o cortos se hallan frecuentemente en las expresadas obras, impresas en países en que no es el castellano la lengua nacional y cuyas pruebas indudablemente no fueron revisadas por el autor.

Existe manuscrita en poder de don Eduardo de Gorostiza la pieza en cinco actos en prosa, intitulada "Emilia Galotti", respecto de cuya originalidad hubo fuertes disputas en la época de su representación en el Teatro Principal de México. Don Manuel la envió a Madrid a su hijo don Eduardo para que la hiciera representar también en aquella corte, lo cual no tuvo efecto. Es, indudablemente, simple refundición del drama alemán de Lessing que lleva igual título, y cuyo desenlace, eminentemente trágico, es más moral aunque de mucho menor efecto en la pieza de Gorostiza.

En la Imprenta Universitaria, bajo la dirección de Francisco Monterde, fué impreso este libro que ilustró Julio Prieto.